



# **Daniel Chavarría**

## **El rojo en la pluma del loro**

Alberto Ríos decide esconderse en La Habana —bajo la impostura de un técnico extranjero—, donde gozará de una completa libertad y a ninguno de sus enemigos se le ocurrirá buscarlo. Lo acompaña un pasado infausto que debe ocultar a toda costa. Aquí conoce a Bini, exitosa jinetera quien, a su vez, es la amante de Aldo Bianchi, argentino radicado en Roma que comenzara una relación con ella, inicialmente, para obtener cierta información sobre aquel siniestro personaje, al que debe su espeluznante historia.

Contada con una gran dosis de humor, al estilo de un thriller cinematográfico, esta novela se desarrolla en Cuba durante los años noventa y abarca toda una realidad muy diversa de personajes execrables, geniales, exóticos, pero, eso sí, todos convincentes y definitorios de nuestros tiempos.



Daniel Chavarría

# **El rojo en la pluma del loro**

**ePub r1.0**  
**elcuban** 07.02.14

Título original: *El rojo en la pluma del loro*  
Daniel Chavarría, 2001

Editor digital: elcuban  
ePub base r1.0

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

A Hilda, piloto y contramaestre de este barco.

## ***Nota del autor***

En Cuba, nunca acusé ni fui acusado legalmente. Nunca asistí a un juicio. En materia de leyes y procedimientos, conozco lo indispensable, que me enseñaron dos amigos abogados; pero sobre las relaciones entre la policía, el fiscal y los tribunales, seguramente he cometido algunos errores que disienten de la práctica habitual entre juristas y delincuentes, más familiarizados con la ley. A todos ellos mis disculpas anticipadas.

**I**

## 1. TIMÓN Y PULGAR

¿Dónde habría aprendido a moverse así? De verdá que pa ser extranjero, bailaba muy bien. Y con cincuenticinco años se veía fuerte, y más joven. Era guapísimo. Pero sobre todo, muy buena gente, cariñoso.

Ya llevaban juntos tres días deliciosos. Bini se sentía tratada como una novia y no como una tipa a la que le pagan. Y para su edad, no era mal palo, Aldo. Y repetidor... Vaya; ni que tuviera treinta años.

Otra cosa linda de Aldo, era esa elegancia con que soltaba los billetes. Gastaba sin miseria. Y sin hacerse notar. Por complacerla a ella, pagaba el apartamento de Juanita; pero sin deshacerse de su habitación en el Hotel Nacional, que casi no usaba. Tremenda elegancia. Y desde que se encontraran en la calle O, ya no se apartaron ni un minuto.

Pero lo que Bini más le agradecía era la paciencia que mostraba para enseñarle a manejar; y hasta cuando ella hacía paragüerías con el carro, en vez de asustarse como el pendejo de François o de regañarla como Rafael, Aldo se divertía...

Bueno..., tampoco podía olvidarse todo lo que ella adelantara en el choferismo con Alberto... Ya casi que lo hacía todo bien.

La verdá que le encantaba manejar. Con un carro d'ella, se pasaría el día p'arriba y p'abajo, na más por el gusto de estar en movimiento.

Sí, chico, lo que a ella más le gustaba era el movimiento; y hablando de eso mismo, ya la aburría la discoteca. ¿Por qué no se iban pa'l cabaret del Teatro Nacional? Esa noche tocaba César López con el Habana Ensemble.

Sí, un saxo amigo de ella, buenísimo. Ay sí, papi lindo, y besuqueándolo en el cuello, mordiéndole una oreja a su pelotico ploplop, haciéndolo reír, anda, mi amor, llévame.



Lo que ella quería era bailar hasta la madrugada.

Y él que no, que ya no más.

Aldo, que empezara a beber desde temprano, sabía que si tomaba dos copas más, caería fundido. Y en esas condiciones no iba a manejar...

Y Bini ofreciéndose como chofer.

Y él que no.

Y ella enfurruñada.

Y él que de noche ni hablar.

Y ella amenazante, que si no la dejaba choferear, mañana no le iba a dar su tetayuno.

Y él, entre risas, prometiendo llevarla mañana a la playa y allí sí la iba a dejar manejar todo lo que quisiera, y ella besuqueándolo, y anda, mi amor, sólo un ratico, y finalmente, dándose por vencido, consintiendo en dejarla manejar un poco, pero no todo el trayecto hasta la casa, porque cerca de la Quinta Avenida los coches iban muy rápido, y hasta que ella no tuviese más práctica era muy peligroso manejar de noche.

De la discoteca del Hotel Comodoro salió manejando Aldo. Y cuando llegaron a la calle 60 de Miramar, dobló a su izquierda. En la esquina de Primera y 60, frente al Acuario, le dio el timón.

Ella lo apretó con lujuria. Aquella rueda entre sus manos la convertía a sus propios ojos en un personaje de ficción. La vida se le antojaba una película.

Bini manejó por Primera hasta la calle 10.

Manejó bien, serena, segura, a una velocidad adecuada.

Aldo la elogió. Dijo que con muy poquito más, ya podría pasar un examen.

Bini dobló en la calle 10 hacia Quinta Avenida.

En el semáforo, Aldo intentó recuperar el timón, pero ella le imploró que la dejara atravesar la Quinta Avenida. A esa hora nadie transitaba por allí, ni siquiera la policía.

Aldo se dejó convencer.

Y también se dejó convencer en el cruce de la calle 10 y Avenida Séptima.

—Ay, papi, no seas malo.

Y Papi no fue malo.

Le permitió también, ya lo último último ultimito, atravesar el Puente de Hierro. Y acto seguido, otro caprichito más, que era subir hasta la calle 17; y por fin seguir hacia el Vedado.

Total, que Bini manejó hasta la esquina de 21 y N.

—Ay, chico, un último antojito, chiquitico así, mira.

Y él consintió en que introdujera el coche en el garaje colectivo del edificio.

Ella lo estacionó sin dificultad.

—¿Viste Papi que no iba a pasar nada?

Y Papi vio. En realidad asintió, distraído.

Estaba casi seguro de que Tresó se escondía en La Habana bajo el nombre de Alberto Ríos. Desde su arribo, tres días antes, Papi pensaba y repensaba su plan para matarlo. Esta vez no lo dejaría escapar.

Esa noche, él cayó dormido.

Ella se metió en el baño para una ducha rápida. De la repisa del lavabo cogió un cepillo de dientes, lo embadurnó de jabón de manos, y se puso a frotarse el pulgar de la mano izquierda. Lo frotó con especial cuidado sobre la uña. Luego, por todas partes hasta la articulación con la palma. Restregaba con una prisa maniática. A los cinco minutos, lavó el cepillito, lo puso en su sitio, y regresó a la alcoba.

Cogió una revista italiana y se puso a hojearla, sentada en la cama, junto a Aldo. Mientras leía, comenzó a chuparse con fruición el pulgar recién lavado.

Él, que comenzara a roncar, soltaba un ronroneo muy suave y fruncía un poco la boca, como para un beso de piquito. Hasta en eso era elegante.

La fascinaba la boca de Aldo. Le recordaba la de Pepito, de dientes parejos y labios muy rojos... A lo mejor, por eso mismo le caía tan bien. Sí, de entrada. Además, a ella la privaba oírlo hablar con el cantadito argentino.

Le gustaba también que nunca tuviera peste en la boca. Al contrario, siempre exhalaba un aliento perfumado.

Lo que más la jodía a ella, cuando salía por ahí con tipos, era que la besaran.

Pero besar a Aldo era una gloria. Con sólo cerrar los ojos, era como besar a Pepito.

Sí. Se sentía bien con Aldo. Ojalá todos fueran como él.

¿Cuánto le duraría?

Cuando pasaba un tiempo, Bini se aburría de todos los tipos. Y entonces los rechazaba, aunque la trataran como a una reina.

## 2. NI AL PANTEÓN NI AL COLISEO

A los cincuenticinco, Aldo podía decir que tenía treinta y ocho. Y si declaraba treinticinco, también se los creían.

Aurelia lo había conocido dos años antes en Roma.

—¿Tú estás seguro, Gonzalo, que esa es su edad?

—Por favor, Aurelia: Aldo y yo nos criamos juntos...

¡Qué proeza de conservación! Era casi una ofensa. Esa piel, esa firmeza de rasgos... ¿Ocultaría alguna cirugía?

—Lo que pasa es que él se cuida... —refunfuñó por fin Aurelia.

—Sí, y yo también me voy a cuidar..., en un futuro. Cuando regresemos a Cuba, me pongo a dieta. Pero ahora estoy de viaje y quiero disfrutar... No me amargues la existencia, amor mío.

Muy pronto, Aurelia se avergonzaría al recordar su primera impresión negativa de Aldo. Y no sólo le envidió su prolongada juventud. Le molestaron sus éxitos. Al principio, le parecían sospechosos. Algo en él le sonaba falso: su manera de mirar, su exagerada cortesía con Pia, con ella misma. Durante las primeras semanas, Aurelia se mantuvo en guardia.

Aldo los había invitado. Pagó los pasajes de ambos y consiguió con sus amistades varias conferencias, para que Gonzalo se ganara algún dinero en universidades y centros culturales italianos. Y hasta aquella generosa acogida, a ella le inspiraba desconfianza.

Hombre carismático, apuesto, estrella de las relaciones públicas, Aldo se había casado en el 82 con Giuditta, beldad romana, hija del dueño de una inmobiliaria.

Tres años después, tras salvar al suegro de la ruina, terminaría a cargo de sus negocios. En el 90, no se sabía cómo, le compró la inmobiliaria al suegro.

A poco, se amplió y se fusionó con una empresa más poderosa, de la que en el '96, se convirtió en director y accionista principal. Acumuló una rápida fortuna. Una vez le confesó a Gonzalo que lo había ayudado el padre de Pia, su segundo suegro italiano, pero cuando todavía no lo era.

Aldo siempre se coló fácil en la alta sociedad. En Buenos Aires, siendo un don nadie, logró que lo aceptaran como socio del Jockey Club.

—Caía bien en todas partes —recordó Gonzalo—. Inspiraba confianza.

En Fiumicino, los recibió con expresivas muestras de alegría.

—Pia está loca por conocerte —le anunció a Aurelia—. Y disculpála por no venir al aeropuerto, pero tenía compromisos... Vos sabés cómo es eso...

Ella lo tomó como una deferencia a Gonzalo. En general, la apabullaban los derroches de cordialidad.

Ya en el vestíbulo, tras aligerarla de su bolso de mano, la cogió por un brazo; y al abrirle la puerta del carro, le ofreció el asiento del copiloto. A Gonzalo le indicó el de atrás.

A ningún cubano se le ocurriría sentar a su lado a la desconocida cónyuge de un viejo amigo.

Y sin embargo, Aurelia no bajó la guardia.

Al conocer detalles sobre los éxitos de Aldo, ella comentó con Gonzalo que no creía demasiado en la probidad de los hombres muy apuestos y muy simpáticos, con suegros muy ricos.

—¿Tan apuesto te parece?

—Demasiado.

Sin duda lo era: uno ochenticuatro, pelo negro ondeado, ojos azules, mandíbula viril, pecho amplio, vientre liso, dentadura perfecta, y una voz que ya envidiaría cualquier locutor profesional.

—Le viene de pedigree.

Y Gonzalo le contó que su mamá, nacida en el norte de Italia pero criada en Buenos Aires, era una beldad.

—Un poeta borrachón que paraba en el boliche de la esquina, le decía la Boticelli, y le escribía poemas. Todos se metían con ella, le decían piropos.

—¿Y ella?

—Una mujer seria, de su casa, pero muy pizpireta. Recuerdo que una vez

regresó a la casa muerta de risa, porque uno de los vagos de la esquina le dijo «muñequita de loza del Bazar Colón». Y de verdad que tenía una piel de adolescente. También ella escondía los años. Fijáte como sería, que ya con más de cincuenta, cuando se arreglaba un poco y se colgaba del brazo de cualquiera de los hijos, parecía la novia... Y el viejo Bianchi también, aunque mayor que ella, un veterano pintón, bien conservado. Por eso te digo: Aldo tiene un pedigree de campeonato.

—Pero se cuida —insistía Aurelia.

Indeclinable en su lucha contra la obesidad y alcoholismo del marido, Aurelia no transigía con fatalismos genéticos.

En cuanto a los éxitos de Aldo, que de inmigrante raso se convirtiera en un industrial millonario, Gonzalo lo exoneraba a priori de toda sospecha.

—Ya de muchacho, era decentísimo, muy católico, por cierto...

—¿No eran comunistas en la familia?

—El padre y los hermanos, sí; pero él salió a la madre, en todo...

—Pero se cuida.

Podía ser muy matraquillosa Aurelia.

En Roma, Aldo los instaló en la planta alta de su palazzo. Desde la terraza, contigua al dormitorio que ocuparan, ellos veían el parque interior y la piscina. Allí, entre árboles añosos, Aldo había mandado despejar una serpentina de 300 metros, que le servía de pista. Todos los días corría cuatro kilómetros; y de inmediato nadaba treinta piscinas de veinticinco metros.

Gonzalo y Aurelia fueron testigos de su disciplina. Durante el mes en que se hospedaron con él y Pia, Aldo no falló un sólo día.

A las ocho de la mañana bajaba a correr. Sus huéspedes lo observaban trotar, mientras desayunaban en la terraza.

—¿Ves? —martillaba Aurelia.

—Sí, veo —decía Gonzalo y, despechado, le ponía más mantequilla a su tostada.

Aldo, en cambio, desayunaba de pie, al salir del baño: un jugo de frutas y un café y a las 09:30 salía hacia el trabajo.

Para los días lluviosos, o los más crudos del invierno, Aldo contaba con un gimnasio interior, muy bien equipado. Por supuesto mantenía la presión y

el colesterol normales.

—Y también la bilirrubina, los triglicéridos y hasta la conciencia —comentó Gonzalo—. Pero eso es por el vino tinto. ¿Sabías que prolonga la vida?

A principios del 99, Aldo se divorció de Pia. Era su segunda esposa romana.

Triunfador en toda la línea, inteligente, buen mozo, rico y casadero, Aldo se convirtió de pronto en un buen partido, hasta para mujeres jóvenes y ricas. En los clubes y salones de la sociedad cosmopolita que frecuentaba, se hacían conjeturas.

Ya divorciado, exhibió varias acompañantes, a cual más bella y distinguida, pero seguía soltero.

Hasta que un día se enamoró y anunció que se casaría.

Se enamoró en La Habana.

Se enamoró de Bini, una putita de veintiocho años.

—Una mulata zonza, ignorante —comentaría Gonzalo al conocerla.

Más que como bella individualidad, Bini llamaba la atención por su tipo de criolla agreste, ante cuya buena fachada y desparpajo en el andar, nadie seguía de largo sin volverse para una inspección ocular de la retaguardia. Alta, tiposa, felina; pero que Aurelia y Gonzalo habrían descalificado como señuelo para el mundano y refinado Aldo Bianchi.

—Una belleza muy cuestionable... Y al lado de Pia, un desastre —sentenciaría Aurelia al conocerla.

Como psiquiatra, Aurelia hizo varias suposiciones, pero le faltaban datos para componer un diagnóstico.

Como cincuentona, se sintió defraudada por Aldo.

—¡Qué comemierda!

Y como cubana, no pudo evitar un sentimiento de vergüenza; como si su país tuviera la culpa.

—Mire que venir a enredarse con esa guaricandilla...

Gonzalo y Aurelia habían quedado muy agradecidos con Pia. Durante su estancia en Roma, se portó como hermana. Les destinó una semana completa

de sus vacaciones veraniegas, para conducirlos en su carro a Firenze, Bologna, Venezia.

Pia trabajaba en un museo y les resultó una guía inmejorable, muy versada en arte e historia. Y era un ser humano precioso, de límpida mirada, solidaria sin ninguna afectación. Sus gestos cálidos transmitían sencillez y bondad. Y como esposa, se llevaba en buenos términos con Aldo.

La psiquiatra Aurelia sabía que nadie puede guiarse por las apariencias; que todo matrimonio es una caja de sorpresas...; pero coño, le resultaba doloroso e inesperado que Aldo hubiese abandonado a su mujer de 34 años, una beldad clásica, elegante, graciosa, culta, decente; y que acabase enredado con semejante chusmita.

Por supuesto, ni Aurelia ni Gonzalo suponían que Aldo fuera un angelito monógamo. Pero tampoco un putaño a granel. Casado o soltero, siempre arrastró una legión de mujeres atrás, y ambos lo suponían promiscuo. Discreta y selectivamente promiscuo. Nunca con mujeres tontas ni orilleras.

En mayo del 99, Aldo les anunció su primer viaje a Cuba. Volaría el jueves 6. Gonzalo le anticipó que no podía ir a esperarlo, porque a esa hora presidiría una mesa de exámenes. (Enseñaba literatura en la Universidad de La Habana). Pero le anunció que Aurelia se encargaría.

Aldo rehusó: iría a su hotel en un taxi, descansaría un poco, y al rato los llamaría para cenar juntos.

Pero no los llamó esa tarde. Llamó al mediodía siguiente, para excusarse y decir que acababa de conocer a alguien, en fin, un romance fantástico...

No adelantó detalles. Se le notaba con prisa. Les pidió que no se preocuparan por él. Se sentía muy bien y con deseos de verlos. Si no los llamaba esa misma noche, los llamaría sin falta al día siguiente.

Pero tampoco llamó.

A Gonzalo lo vio el último día, cuando sólo le quedaban diez horas en Cuba. Conversaron de prisa en un bar del Vedado.

Aurelia se alegró de no poder acudir. Mejor así.

—¿Qué cosa es esa, chico? ¿A ti te parece muy bien que se olvide de los amigos para andar con putas?



Decidido a cambiar de tema, Gonzalo le refirió que entre otras cosas, Aldo pretendía hablar con ellos sobre los intereses de su inmobiliaria, especializada en condominios. Complejos arquitectónicos, decía él. Y en los últimos tiempos habían construido hoteles. Por eso, él se proponía sondear el terreno en Cuba. Según él, la industria hotelera prometía mucho aquí. El bloqueo americano no sería eterno. Confiaba en su buen olfato, que nunca lo engañara, y tal vez su empresa pudiese abrir una nueva línea de inversiones.

Ese era el motivo principal de su viaje. Tuvo la idea repentina y resolvió tomarse cinco días de vacaciones. De paso conocería La Habana y visitaría a sus amigos.

Pero al entreverarse con la muchacha ya no hizo nada.

—O a lo mejor, hizo el mejor negocio de su vida.

—Por Dios, Gonzalo ¿cómo se te ocurre? —protestó Aurelia.

—Fue él que lo dijo, no yo —se defendió Gonzalo—. Y lo vieras cómo hablaba de ella, sin parar, con el entusiasmo de un pibe. Qué sé yo cuántos adjetivos le puso... Esta metidísimo con ella y dice que la cosa va en serio. Hasta habla de casarse...

—¿Y cómo es ella?

Por la descripción de Aldo, Gonzalo se imaginó una mulata oriental.

—¿Y cómo se empataron?

—La descubrió cerca del Hotel Nacional, la invitó a una cerveza, y de ahí salieron directo para el apartamento de una amiga de ella.

—¿Acabado de conocerla? ¿Sin saber quién era? Pero está loco...

—Dice que nunca en su vida sintió tanta urgencia sexual... Y hasta me confesó que desde hacía varios años lo aquejaban problemas de impotencia; que en la cama, en toda una noche, rara vez pasaba de uno. Y a menudo ni eso. En sus mejores performances, tomando VIAGRA y con mujeres muy deseadas, a veces lograba dos orgasmos en una noche. Pero con Bini fueron cinco en cuatro horas.

Aurelia soltó una carcajada despectiva.

—Y cuando me lo dijo reforzó la cifra con la mano abierta, así; y se quedó mirándome, muy serio, a ver si yo le creía.

—¿Y tú? ¿No te le reíste en la cara?

—Imposible. El hablaba en serio. Y yo, ahí, aguantando la lípori.

(La lípori era invento de una colega de Aurelia, para suplir la inexistencia en lenguas modernas, de vocablos que describan nuestra vergüenza ante el ridículo ajeno).

—Dijo que era el récord de toda su vida. Ni con veinte años alcanzaba esas marcas.

Y cuanto más cifras enunciaba Aldo en su relato, más arreciaba la lípori de Gonzalo.

—Y esa primera noche, después del quinto polvo, se fue con ella por ahí de farra. ¿Te imaginás?

—Estaría contando los palos de ella...

—No no: habló en serio de cinco orgasmos suyos.

—¡Qué ridículo! Vaya, que se me cayó...

—Y varias veces me repitió que eso no le había sucedido ni con veinte años..., y que qué noche, y que cómo se había divertido, y por eso se había olvidado de llamarnos. Ah, y me dijo que al otro día vibraba de energía, como nunca...

—Claro, y se golpeaba el pecho como Tarzán...

—... y que cuando ella se despertó, él ya la estaba acechando como un semental en primavera: tres veces por la mañana, dos por la tarde y una de noche.

—No jodas, Gonzalo, estás bromeando.

—Por mi madre, Aurelia, ¿y sabés cuál fue el total de los cuatro días?

Ella sacudió la cabeza en silencio.

—¡Veintiuno! Y calculaba que en el último clinch, antes de marcharse, acumularía veintitrés o veinticuatro...

Aurelia seguía boquiabierta.

—Esa misma cara que ponés vos —comentó Gonzalo—, debe haber sido la que le puse yo a él. «¿No me creés?», me preguntó, muy serio.

—¿Y tú?

—Qué sé yo, imagináte... En aquel plusmarquista, yo no reconocía a Aldo. Aunque no mintiese, me entristecía oírlo. Creo que algo le pasa... Esa cifra no es posible...

—¿Veinticinco en cuatro días? Sí, hay bestias que pueden... Y a lo mejor, Aldo dice la verdad... Pero, vaya, ¡qué ardentía! Ni con la tota galvanizada se aguanta eso.

Puesta en plan de psiquiatra, diagnosticó un complejo de Pigmalión. No lo aseguraba, pero era posible.

—Para asegurártelo tendría que verlos juntos, conocer a la muchacha, observar cómo actúa él en público; pero es una de las explicaciones posibles.

Gonzalo conocía el mito y sabía que tipificaba una patología psiquiátrica, pero sin mayores detalles.

Aurelia le esclareció que se trataba de un trastorno del comportamiento afectivo, asociado a los naturales conflictos de la vejez. Solía presentarse pasados los 50. A veces, un hombre se siente atraído por una joven que puede ser su hija o nieta. El primer paso en la génesis del complejo, es la artimaña psíquica con que el vejancón se exonera de toda autocrítica. Para ello, enmascara su verdadero interés. Se confiesa seducido por el original sentido del humor que exhibe la joven. O por su desaprovechada inteligencia natural. O por un temperamento sensible. O por un talento artístico que merecería cultivarse.

—¿No dices tú, que te alabó las aptitudes de narradora?

—Sí, dice que además canta y baila, y es original en todo lo que hace y dice... Está como loco con ella.

—Así es como funciona el complejo; porque para justificar una pareja tan desigual, el viejo se declara consagrado a educarla. Se vale del disfraz del magisterio. Y se busca un pretexto altruista: la talentosa muchacha merece ayuda. Está llamada a convertirse en una gran mujer. Por supuesto, digna del viejo y de su medio. Así satisface el deseo de hacerla su amante.

—¿Y borra el sentido del ridículo?

—Claro: ante otra pareja tan desigual en edad, él se burlaría. Ejercería una crítica despiadada. Pero la patología radica en el truco de que se vale el viejo, para evadir su propia autocrítica. Todo lo hace para convencerse de que la suya es una relación válida; y por ese mecanismo de autoengaño, necesita exagerar o inventar virtudes de la jovencita: está seguro de que el diamante en bruto, una vez convertido en joya, lo va a amar siempre, le va a ser fiel, y

le va estar agradecida aunque él envejezca. ¿Comprendes?

Gonzalo dudaba de todo absolutismo en el diagnóstico psiquiátrico; pero juzgaba el de Aldo, un posible acierto de Aurelia. Era lo único que explicaba un poco su absurda elección.

Aldo comentó también que sus cuatro días en La Habana fueron de una relampagueante actividad, y no solo sexual. Pasearon mucho, visitaron restaurantes, discotecas, cabarets, el show de Tropicana, e incluso asistieron a un bembé.

Un vendaval, la Bini. Lo llevó a conocer a su padrino, un babalao de Regla. Se lo presentó una tarde, en que el padrino presidía un toque de muertos. A la propia Bini, hija de Yemayá, le bajó ese día un difunto. Bailó desaforada al son de los cajones y tambores. Se revolcó entre espaventosas convulsiones sobre un piso de tierra, junto con otras personas en trance; y en varias ocasiones caminó descalza sobre las brasas donde cocinaran la caldosa, sin que se hiciera ni una llaguita en las plantas. Aldo bebió mucho ron, se emborrachó, y cuando por fin empezó la rumba, bailó hasta la madrugada. Entre tanto bailoteo, perdió su billetera con casi 800 dólares y sus tarjetas de crédito. Pero uno de los presentes la halló y se la entregó al babalao. Y al otro día, cuando Aldo se despertó en el cuarto que le cedieran junto a Bini, el viejo le devolvió todo.

El babalao le tiró el écuele, y todo lo que le dijo de su pasado, era exacto. Según comentara con Gonzalo, Aldo consideraba imposible que le hubieran gastado algún truco. Lo que el babalao le dijo, él no lo había comentado con nadie en Cuba.

—No con nosotros, ni con Bini —dijo Gonzalo.

Aldo quedó muy impresionado con el negro viejo; con el vigor de la ceremonia, y con la excelencia de los tambores que oyera la víspera. Hablaba maravillas sobre la cordialidad de aquella gente ruda y al mismo tiempo infantil. Terminó por regalarle como 500 dólares al babalao y prometió regresar a amasarles unas empanadas argentinas, cosa que hizo con ayuda de varias mujeres allí presentes. Asistió la familia del babalao y unos veinte ahijados. Al final, hubo rumba y ron, y Aldo se entregó a la fiesta. Elogió también la dignidad y hombría del viejo babalao, que en su esquema muy

primario, profesaba a rajatabla una ética envidiable: un hombre que sea hombre, debe ser buen hijo, buen padre y buen amigo.

—Cómo código ético, no está mal —comentó Gonzalo.

—Sí; y da la libertad de ser ladrón, asesino o garrotero, como mi tío Eduardo.

Gonzalo y Aurelia comprendieron el deslumbramiento de Aldo con el babalao y su ambiente. No ignoraban que el embrujo de los tambores y cánticos afrocubanos, más el ron, el contagio eufórico, al lado de una hembra salvaje y bella, pueden liberar pasiones reprimidas.

Gonzalo recordó que Aldo manifestaba, ya de muchacho, una marcada propensión por lo mágico.

En Buenos Aires, Gonzalo era en realidad amigo del Pepe Bianchi, hermano mayor de Aldo y coetáneo suyo. Juntos cursaron la primaria y años después, se reencontraron en la militancia del PC argentino.

Cuando se apartó de la Iglesia, Aldo se metió en la teosofía, la yoga, el orientalismo, que para Gonzalo y el Pepe, marxistas-leninistas, no eran más que boludeces esotéricas, evasiones de la realidad. El Pepe, sobre todo, se burlaba de Aldito sin clemencia.

En época de la dictadura, Gonzalo emigró y pasaron muchos años sin verse. En el 88, el azar los reunió en Italia, en casa de un amigo común. Allí, Gonzalo supo que Aldo seguía muy interesado en las filosofías orientales.

Aldo conoció a Bini en mayo del 99. Y en las tres visitas subsiguientes, solía hablar de ella con Gonzalo y Aurelia, pero no la presentaba. Ellos deseaban conocerla, pero rehuían forzar el encuentro. Esperaban que Aldo lo propusiera. Pero la oportunidad no se presentaría hasta el mes de julio.

El día 20, Gonzalo cumplía sesenta años y su mujer dedicó los seis meses previos, a una devota actividad clandestina. Planeaba sorprenderlo con un festejo por lo alto; algo que él no se oliese. Sin informarle nada, elaboró una lista de sus amigos más viejos y queridos, dentro y fuera de Cuba. En la Argentina localizó a cuatro, y entre México, Colombia y Europa, surgieron otros doce. Se puso en contacto y persuadió a siete, para que viajaran a La

Habana hacia el 16 de julio. Entre cubanos y extranjeros residentes en Cuba, invitó a otras treinta personas entrañables para Gonzalo.

Aurelia planeó y actuó con precauciones y disimulo. Gonzalo no barruntó sus preparativos. Tampoco se imaginó que Aldo colaborase con ella.

Gonzalo no festejaba sus cumpleaños desde la infancia. A veces, por iniciativa de Aurelia y su suegra, inspirada cocinera criolla, los celebraba con un almuerzo especial y ron sin regaños, en su propia casa.

Para los 60, le propuso organizar una comida con una docena de invitados. Descontaba que Gonzalo impugnaría cualquier festejo, si rebasaba el marco familiar. No le hacía gracia cumplir sesenta años.

—Es como sacar un certificado de ancianidad.

—¡Vaya, qué matraquilla!

¿De qué se quejaba él? Montaba en bicicleta, hacía caminatas de 20 kilómetros con sus amigotes, tomaba ron como un cosaco, y así, gordo y viejo, hasta enamoraba mujeres... Y si no ¿por qué lo celebraban tanto las bandoleras de su facultad?

No era tan así; pero Gonzalo, con la depre de aquellos días, no le siguió la corriente.

Sí, Aurelia procuraba halagarlo. Y el recordarle su buena salud y virtudes físicas, lo alentaba; pero aquel seis inminente, que lo acompañaría durante una década, merecía una buena amnesia y ningún festejo.

En su infancia, los sesenta marcaban la decrepitud. Y era difícil despojarse de las convicciones infantiles. Desde los 58, la perspectiva de atravesar el ominoso umbral, lo imbuía de una rara culpa, de cierta vergüenza. (Perdón, señores, no era mi intención envejecer... Me tomó por sorpresa).

Quedaron en que el cumpleaños se festejaría como él dispuso: una sencilla cena familiar: los suegros, los cuñados, la Molina y punto.

A mediados de julio, Aurelia llamó a Roma para asegurarse de que Aldo no faltara. El confirmó que viajaría el 17 y permanecería hasta fin de mes. Al cumpleaños asistiría sin falta. Iría con Bini.

Apenas llegado, Aldo telefoneó a Gonzalo. Lo invitaba a almorzar con su mujer el 20 a mediodía. Pero, por lo pactado con Aurelia, no mencionó el cumpleaños.

Aurelia, enfrascada esa tarde en los últimos toques de los preparativos para la fiesta, adujo un pretexto laboral y no fue; pero insistió en que Gonzalo aceptara. Para su depresión de esos días, le vendría bien; y conocer a la muchacha le serviría de esparcimiento.

El almuerzo con Bini era una engañifa para sacar a Gonzalo de circulación, mientras Aurelia recibía en secreto a un último invitado.

A las dos de la tarde, Aldo lo recogió en su Toyota de Cuba-Autos. Bini iba a su lado. Le tendió una mano blanda y caliente y le sonrió con timidez, sin decir nada.

De momento, era una mulata de pelo liso, cuello esbelto, longilínea, hombros relucientes. Regalaba un bello perfil, algo aquilino.

Durante el trayecto, Bini no abrió la boca. Observaba con fijeza los movimientos de Aldo al conducir.

Se apearon en Dos Gardenias, un restaurante de Miramar.

Al verla de cuerpo entero, Gonzalo coincidió con los elogios de Aldo. No exageraba. Su imagen frontal, cara anchota, pómulos algo prominentes, no desmerecía el perfil.

Gonzalo no la hubiera vestido de minifalda. La cintura estrecha, las nalgas inquietantes, las piernas torneadas con sus espléndidos hoyuelos en las corvas y tobillos, todo tan en vitrina, perdía eficacia. Para el impacto sexy le bastaba con sonreír y mostrar el sesgo de sus ojos negros. Y con ropas anchas, ceñidas, y una blusa escotada, habría lucido más sugerente, más chic.

Antes de pasar al comedor, Bini tenía sed y Aldo ofreció un aperitivo.

Se ubicaron en una mesa del bar y los tres pidieron mojitos.

Aldo y Gonzalo iniciaron una conversación banal.

De pronto, Aldo estiró el cuello y miró con interés a espaldas de Gonzalo.

—¿Qué pasa?

—¡El Gordo Villareal...! —dijo Aldo, maravillado—. Idéntico...

Gonzalo intentó darse vuelta...

—Ya se fue —dijo Aldo—. Pero era idéntico a Villareal, cuando tenía 30

años... ¿Te acordás del Dogor, no?

¡Cómo no se iba a acordar! El Gordo Villareal era uno de sus buenos amigos, y un ídolo del barrio.

Aldo no había visto a nadie: la simulación con el Gordo Villareal, era parte del complot organizado por Aurelia. El objetivo era aguijonear a Gonzalo; provocarle evocaciones de sus viejos amigos del barrio; incentivarlo a preguntarse por ellos y su destino; potenciar la sorpresa del reencuentro inminente.

Con discreta arteria, Aldo le trajo a la memoria a cuatro de los argentinos que ya se encontraban en La Habana. Gonzalo se los toparía esa misma tarde. Y en ningún momento se mencionó el cumpleaños.

De pronto, Bini los interrumpió para anunciar que iba a llamar a un tal Carlitos. Aldo le prestó el celular y ella se alejó hacia el fondo del local. A los dos minutos, regresó eufórica.

—Carlitos ya volvió. ¿Por qué no vamos a comer allí?

—¿Ya reabrió? Magnífico —la apoyó Aldo—. Es el mejor cocinero de La Habana. ¿Lo conocés?

No, Gonzalo no lo conocía.

No podía conocerlo. El cocinero Carlitos no existía ni reabrió ningún restaurante. Era otra patraña y parte del complot, en el que hasta Bini colaboraba ya.

Aldo pagó, y mientras el camarero traía el vuelto, se puso a silbar uno de los tangos preferidos de Gonzalo: «El bulín de la calle Ayacucho».

—¿Todavía bailás tangos?

—Me encanta bailar, pero aquí es casi imposible encontrar con quién. Los cubanos son muy rítmicos, pero el tango es compás, y ellos bailan dando saltitos, pataditas en el piso: un desastre...

Aldo explicó a Bini que Gonzalo era el mejor bailarín de su barrio, que las pibas se lo disputaban en los bailongos, etc.

—¡Ay, qué rico, enséñame Gonza!

Sin cruzar más de dos palabras, ya le apocopaba el nombre. ¡Qué rápida, la mina esta!

Mientras caminaban hacia el estacionamiento, Bini se colgó de un brazo



de Aldo y empezó a hacerle arrumacos, y a decirle cosas en voz baja. Aldo se reía y meneaba la cabeza.

—No, Bini, ahora, no, no seas obsesiva...

—Ay, Papi, no seas malo... Si es cerquita...

—Está bien —dijo Aldo, y hurgó en un bolsillo—: Vos lo que querés es que me metan preso ¿no?

—Sí, eso mismo, Papi, así no te vas más nunca de Cuba.

Cuando Aldo le entregó las llaves, ella dio un brinquito y salió corriendo hacia el coche. Era una niña ante una golosina.

—¡Cómo rompe! Está aprendiendo a manejar y me tiene loco...

—No jodas —dijo Gonzalo, asustado.

—Ya se defiende bastante bien...

Salvo un tironcito que dio al arrancar, manejaba con soltura, como persona habituada. Tomó por la Avenida Séptima, dobló a pocas cuadras y se estacionó frente a una elegante casona colonial de dos pisos. Se veía un jardín bien cuidado al frente y un parque al fondo.

—Es ahí —señaló Aldo.

Bini soltó una risita que Gonzalo atribuyó a su satisfacción por el buen estacionamiento.

Aldo atravesó el portón de rejas, y ya frente a la alta puerta de madera, ambos se ingeniaron para situar a Gonzalo en el centro.

Cuando Aldo tocó el timbre, para sorpresa de Gonzalo, comenzó a oírse muy cerca, en bandoneón y guitarra, «El bulín de la calle Ayacucho». No era una grabación. ¿En vivo? ¡Qué era aquello!

Quien abrió la puerta fue el gordo Villarreal.

Sí, era él.

—Feliz cumpleaños, pibe —y abrazó al atónito Gonzalo.

—¿Pero..., pero de dónde salís, Dogor? —Gonzalo se echó a llorar y lo abrazaba con desesperación—. Pero si ahora mismo te vimos en un restorán.

No entendía nada. ¿Sería un sueño?

El Gordo, sin soltarlo, lo introdujo en un salón inmenso, presidido por una foto de tres metros por dos, de cuando Gonzalo tenía cinco años, peinado de cerquillo, con ropitas de terciopelo.

Cesaron el bandoneón y la guitarra, y empezaron a aparecer caras sonrientes, caras compungidas, mordiéndose los labios, secándose las lágrimas.

Eran... Eran ellos, sí..., los amigos de su vida, perdidos en el tiempo y los continentes. Y docenas de cubanos, y otros latinos, gente querida, que resucitaban en todos los rincones de la casona. Eran una pila. Y arreciaba el llanto. Se puso tieso. Tuvo mareos.

—Pero... ¿¡qué hijos de puta!?! —y se refugió en Aurelia—. Mirá, la que me hicieron...

Todavía no alcanzaba a comprender.

—Por poco me da un infarto —comentaría, cuando se repuso.

En eso comenzó a sonar la Cumparsita de D'Arienzo, y para colmo de resurrecciones, desde atrás de una columna emergió la Nena Pacheco, reservada en el libreto de Aurelia, para ese momento.

La Nena se le acercó bailando con cortes.

Gonzalo tuvo que pellizcarse para creerlo.

De pareja con esa mujer, Gonzalo ganó su primer concurso de tango en Puente Alsina. Emigrada con la dictadura, la Nena se casó con un mexicano y vivía en Monterrey.

Le plantó un beso y lo sacó a bailar. Abrazados como en su juventud, de mejillas pegadas, a ambos les chorreaban las lágrimas en medio del tango.

Cuando Gonzalo pudo levantar la cabeza, vio que todos lloraban. También Bini, y en abundancia.

Gonzalo pidió un trago triple.

Aurelia, siempre vigilante, se lo dio simple. Sabía que le esperaban muchos brindis.

Y entonces empezaron los abrazos con los amigos.

—Me puse a decir boludeces —recordaría al otro día.

Las emociones lo ahogaban; no lo dejaban respirar, como abajo de una cascada.

El bandoneonista, venido de Buenos Aires, era el Tito Peluffo, profesional retirado, al que Gonzalo no reconoció hasta tenerlo al lado. (Aurelia le confesaría después, que Aldo se le ofreció para costear cuatro

pasajes desde Buenos Aires). Al Tito le habían caído encima unos cuantos carnavales. Se veía muy cambiado.

Y ante la nueva emoción, otro sencillo.

—Y van tres —le recordó Aurelia, botella en mano.

Sergio Vitier, un virtuoso guitarrista cubano que acompañaba muy bien los tangos, también era un viejo amigo.

Aurelia fue la única que no lloró. Reveló que durante los preparativos, imaginando encuentros y situaciones, ya había llorado lo suficiente.

Fue la fiesta más bella que Gonzalo tuvo en su vida. Bebió mucho, y a las dos horas se declaraba avergonzado de ser tan, tan feliz.

Durante la marea de reencuentros infartantes, se oyó un discreto fondo tanguero de Troilo y Grela, con repertorio de Discepolo, Contursi, Homero Manzi, Cátulo, Celedonio. Aurelia había preparado los casetes con los favoritos de Gonzalo.

Cuando tocaron a dúo Peluffo y Vitier, Gonzalo volvió a bailar con la Nena. Eran muy buenos. Bini los observaba con incrédula admiración. Por primera vez veía bailar tangos con cortes y quebradas. No se podía estar quieta. Aplaudía, daba grititos.

Muy llamativa fue la galería de retratos. Agrupadas bajo grandes número, del cero al cinco, aparecían las seis décadas del homenajeado. La integraban fotos, algunas ampliadas a medidas colosales, y dibujos, óleos, caricaturas.

Mientras Gonzalo recorría la extensa pared donde Aurelia colgara la muestra, Bini se le colocó al lado. Emocionada, le cogió una mano y se la retuvo.

Gonzalo tartamudeó algo. No supo qué hacer. Dada la poca confianza que tenía con Bini, al principio se turbó. Era una inconveniencia de la muchacha. Tal vea fuese una de sus reacciones infantiles, frescas, que tanto enamoraban a Aldo.

Aurelia se dio cuenta y le alzó las cejas, burlona.

Envalentonado ahora, le apretó la mano y comenzó a restregarle los dedos sin disimulo. Comprendió que el mucho ron lo inducía a locuras. Pero ya entrado en los sesenta, podía otorgarse alguna franquicia. ¿Acaso no se lo permitían también la justificada borrachera y el ambiente festivo?

Bini, peligrosamente desinhibida a mitad de la velada, se dedicó a interrumpir diálogos y a obligar a bailar salsa a todo el mundo. Acto continuo, pidió silencio y echó cuentos zonzos y obscenos, que oyera en disquete a un aberrante humorista de Miami. Por fin montó un show cursi de canto y baile.

En otras circunstancias, su juventud hiperkinética entre tanto veterano, hubiera caído más pesada que simpática; pero los argentinos, emocionados y eufóricos, fueron benévolos. Todos la escucharon sonrientes.

Aurelia confirmó que Bini era una guaricandilla tonta y loca. Y a juzgar por su repertorio e interpretaciones sobreactuadas, ningún Pigmalión podría curar su pésimo gusto; sobre todo, cuando imitaba a esos cantantes insufribles que necesitan siempre de un ademán didáctico para reforzar estupideces de las letras. ¡Cómo era posible que Aldo se hubiera encandilado con semejante imbécil!

Una lípori torrencial llovía sobre los cubanos. La Dra. Livia Molina, creadora del término, estaba empapada. Al cantar «tuyo es mi corazón / oh, sol de mi querer», Bini enfatizaba la imagen con un simulacro de arrancárselo para entregarlo a Aldo.

—Halan más una par de tetas que una carreta —susurró un cubano a Gonzalo, y con los labios le señaló a Aldo, que sonreía halagado.

Cuando ya la actuación de Bini excitaba la vergüenza patriótica, la Molina, so pretexto de hacer un anuncio, le quitó el micrófono.

—Queridos invitados, pese a la fascinación y belleza de nuestra magnífica Bini, no debemos olvidar que esta fiesta es en honor de un argentino, y los miembros de la comisión organizadora del homenaje, sugerimos una nueva sesión de tangos.

En aquella casona de ocho cuartos, existían dos baños arriba y uno abajo. Aurelia la alquiló de ese tamaño, pensando en reunir unas cincuenta personas. Y en un momento en que Gonzalo salía de uno de los baños de arriba, Bini salió del otro y lo vio. En puntas de pie sobre el pasillo, se le acercó por detrás y le aplicó un mordisco en la espalda.

Gonzalo se volvió con cierta brusquedad, un poco asustado.

—Bailas muy bien. Desde que te vi me entraron ganas de morderte... —

aclaró ella, en el sobreentendido de que morder era su modo de expresar admiración.

Gonzalo se olvidó de la estupidez, el mal gusto y la relación con Aldo. Lo urgieron inaplazables deseos de esa mulata loca. El mordisco salvaje, vital, le alborotó sus complejos de anciano.

—Yo también quiero morderte, y comerte y beberte, pero no aquí —le susurró, y le apretó una nalga.

El lance ocurría frente a un balcón abierto a la noche caliente; y ella le señaló un lugar oscuro, al fondo del jardín iluminado.

—Te espero allá —le dijo, y se adelantó escaleras abajo.

Diez minutos anduvieron perdidos. Tras apresuradas caricias de manos y boca, ella se alzó la falda y lo recibió en posición de arrancada para los cien metros. Y se satisficieron en diez flat.

Mientras él reacomodaba sus ropas, se dejó anegar por la euforia de quien se toca con una raya de cocó.

Al fin y al cabo, no todos los días se cumple años entre amigos queridos, venidos de todo el mundo.

No todos los días una bandolera de veintitantos años, se entrega sin interés ni cálculo, por pura pasión, a un bailarín sexagenario y gordo.

Cuando regresaron, por separado, al gran salón de la casona, Aldo, con un vaso de bebida en la mano, miraba fijo al piso, parecía ido.

—Debe estar muy borracho —comentó Aurelia.

Pero Aldo no estaba borracho, sino simplemente absorto.

Daba vueltas a una idea que se le ocurrió durante la fiesta. Ya había comprobado, sin ninguna duda posible, sus sospechas: Tresó y Alberto Ríos eran la misma persona. Y en ese momento, Aldo perfeccionaba su venganza. Desde hacía muchos años aguardaba la oportunidad.

La fiesta terminó muy avanzada ya la madrugada.

Aurelia montó a los invitados extranjeros en un autobús alquilado y los envió a sus hoteles.

Aldo, excedido en los tragos, no podía manejar. Bini formó una discusión con Aurelia y la Molina. A toda costa quería manejar ella.

—Pero miren qué bien estoy —decía con la lengua trabada y daba vueltas como una modelo.

Por fin, un cubano sobrio cargó con ambos hasta el Vedado.

Al otro día, Aurelia y Gonzalo comentaban el inicio de los trámites matrimoniales de Aldo con Bini.

—Dice él que en dos meses se la lleva a Italia.

—Un desastre, la tipa...

—En fin, Aurelia, habría que conocerla mejor... Nunca se sabe...

Gonzalo sí sabía.

Sabía que si Aldo se llevaba a Bini, en pocos meses no podría pasar bajo ningún arco romano, ni entrar al Panteón ni al Coliseo. Sus cornamentas se lo impedirían.

### 3. SIN AGUAJE

Alberto Ríos descende sobre el silencio de los atrios. Los dedos vibrátiles de las madreporas, lo invitan a internarse en fastuosas mansiones biológicas, hijas de la marea y los siglos. Alberto alumbra unos corales orejones de ramaje amarillo y gigantescas hojas verdes, y sigue, cabeza abajo, hacia la selva nocturna de los pólipos.

Es la hora en que el coral termina de alimentarse. Las colonias se recogen a descansar y digerir, en sus inmuebles de piedra y agua, a la espera del próximo descenso de las sombras.

Con suaves impulsos de sus patas de rana, avanza ahora entre astas de venado, cornamentas laberínticas de la jungla coralina; y se desliza sobre un talud de cilindros violáceos, que figuran estremecidos mantos, como si un viento soplara por encima.

Alberto recuerda las alfombras mágicas de algunas calles, en Buenos Aires, cuando se desflora el jacarandá. Y vienen rosas de piedra, labradas en oro, y camafeos, medallones discoidales en verde y gris, que evocan el jade; y Muñoz trata de capturar un carajuelo, pez de lomo rojo erizado de espinas, muy seguro de sí hasta la boca de su cueva, desde donde te enfila sin miedo sus vigilantes ojos circulares, listo para desaparecer en su laberinto. Y en eso, irrumpe el primer plano de un candil, también rojo y brillante; y detrás, desconocidas criaturas ondulantes: y Alberto filma una vaqueta, cabeza amarilla, aletas negras, cresta azul, vedette presumida de airoso nadar; y luego una chivirica, que ladea su aplanado cuerpo negro para mirarte de soslayo; y la horrenda barracuda, que los cubanos llaman picúa, voraz y pendenciera, que no cesa de mover y exhibir su afilada dentadura, ni de enseñar sus dientes; pero Muñoz le ha enseñado que el nadador no debe

retirarse, porque entonces se enardece y puede atacar; y también captan imágenes del amable tiburón gata, que se la pasa acostado sobre las blancas arenas del fondo, pez sociable, acogedor, que al recibir visitas humanas, interrumpe su ocio y comienza a corretear, a «nadataear» alrededor, con esquives y piruetas, y se alborota para que lo persigan, o a jugar a las escondidas dentro de las cavernas abisales; y de otro lado pasa, majestuosa, la lúcida mancha azul de un centenar de barberos, con sus colas transparentes, armadas de filosas navajas; y un loro, de vientre rojo y aletas verdes; y un pez trompeta, tieso como soldado de ceremonias, inmóvil durante largo rato, en postura casi vertical; y un puerco espín, irritado ante la poderosa linterna con que lo deslumbra Muñoz, se infla amenazante; y filman también gorgonias danzarinas, de córnea urdimbre, en abanicos de un gris malva, que hace millones de años se acompañan con el vaivén de las submarinas aguas; y medusas emergentes, más claras que la claridad del mar amanecido, grandes hongos de jalea; o en forma de vejigas, ópalo y turquesa, que en Cuba se llaman aguas malas; o el mimético lenguado, cuyo cuerpo chato adopta las formas anfractuosas del suelo arrecifal, y puesto que se desplaza sobre un solo lado, sus dos ojos aparecen en el opuesto; y la mancha de sardinas, que nadan casi a flor de agua y forman un gran hervidero. Y las gaviotas que revolotean al acecho, las detectan enseguida, se lanzan en picada y las engullen.

Y Alberto Ríos sonríe complacido.

El no es ningún boludo, como las sardinas, que se regalan a sus enemigos. El vive en La Habana, sin formar hervideros ni aguajes. Tiene un new look que lo hace irreconocible. Tiene un nuevo nombre y papeles fraguados, pero impecables. Es un residente extranjero en regla, con una sólida cuenta bancaria, dedicado a un negocio rentable y honesto. A ninguno de los que quieren asesinarlo, se le ocurriría buscarlo en Cuba.



## II

## 4. FIGUEREDO

Figueredo gimió de nuevo.

El chofer lo miró con rabia.

—¡Cojones! Con este aguacero y a ti se te antoja mear...

A pesar de sus doce años, Figueredo era todavía sociable, servicial, amigo. Su única majadería, era reciente: cuando le daba por mear, la cosa era de mandarse a correr y complacerlo enseguida. Te daba uno o dos avisos, y al tercero, levantaba la pata y descargaba donde fuera. Incontinencia urinaria, según diagnóstico del veterinario. Nada raro a su avanzada edad.

—No seas malo, chico —le dijo el ayudante—. ¿No ves que ya no aguanta más?

El chofer sospechó que el muchacho también quería aliviarse, y a cuenta de Figueredo. Recordó que en Sancti Spiritus los dos comieron pescado, tomaron mucha agua y ya llevaban como ocho horas rodando.

—Con esta puñetera lluvia, se va a embarrar las patas y me va a cagar todo el camión...

Al atravesar el semáforo de La Giraldilla, el aguacero se convirtió en llovizna. El chofer determinó parar en un cruce, donde vio un techito de zinc, junto a la entrada pavimentada de una finca.

Si al perro le daba por orinar bajo el techito, caminaría sobre el cemento y no se embarraría tanto.

—Dale, ábrele.

El ayudante le abrió y cuando Figueredo se hubo apeado, él se viró en su asiento y comenzó a orinar patiabierto.

—¡Mira pa eso! —protestó el chofer y señaló al perro.

En vez de correr sobre el pavimento y cobijarse bajo el techo, Figueredo

atravesaba un barrizal en dirección a un árbol.

El chofer sacó una cajetilla de cigarros y ofreció uno al ayudante. Cuando se lo iba a encender, oyó ladrar a Figueredo.

Junto al árbol, sin adoptar ninguna posición mingitoria, daba obstinados saltitos y miraba en dirección opuesta a la carretera. Alternaba incesantes ladridos de alarma con nerviosos virajes y carreritas inconclusas hacia el camión, como pidiendo ayuda.

—Tiene que haber algo que lo asusta.

El joven ayudante se remangó los pantalones, cogió la linterna y saltó del camión.

Cuando llegó junto al perro, dio media vuelta para dirigir aparatosas señas al camionero. Lo urgía a acercarse.

El camionero, cincuenta años, barrigón, entumecido por el largo viaje, se apeó picado de curiosidad.

Figueredo seguía ladrando y el ayudante, acucillado, le pasaba la mano por el lomo para calmarlo.

Cuando el chofer estuvo a unos tres metros del árbol, el ayudante enfocó un bulto sobre un claro de fango. Al acercarse, el camionero alcanzó a ver la figura de un hombre, tendido de perfil, con todo un lado de la camisa ensangrentado.

El chofer se acercó decidido y le puso el dorso de la mano en el cuello.

—Está frío...

El ayudante dirigió la linterna hacia otro lugar donde brillaba algo. Al acercarse un poco, vieron el cuadro retorcido de una bicicleta.

El domingo 18 de julio, a las 06:11, en la central telefónica de la Policía Nacional Revolucionaria, sonó el número 82-0116, teléfono que la población habanera ha memorizado para casos de urgencia. Era una voz masculina, que rehusó identificarse:

«Mire: hace unos diez minutos, viniendo de San Agustín por la Autopista del Mediodía, tres o cuatro cuadradas antes del cruce de Las Muñequitas, vimos un ciclista muerto. Según se va entrando a La Habana, lo van a ver tirado a la derecha, entre unos matojos, junto a un árbol».

El denunciante colgó sin más.

El rastreo de la llamada, de rutina ante denuncias de homicidio, indicó que procedía de un teléfono público, situado en la Quinta Avenida. La grabación reproducía una voz gruesa, un poco rota, con un acento del Oriente de Cuba, de un hombre que no debía de superar los 30 años. Hablaba a tropezones, con jadeos que indicaban un estado de alteración. Y colgó de inmediato.

Una radiopatrulla de la PNR se presentó en el lugar indicado a las 06:18. En ese momento aumentaba el agua, pero hallaron el cadáver sin dificultad. Tomando como referencia el árbol que indicara el denunciante, peinaron con uno de los faros móviles la zona aledaña y enseguida relució el cuadro de la bicicleta.

A pocos metros, hallaron el cadáver. Entre sus ropas se encontraron 123 pesos, 14 dólares, sus documentos de identidad que lo acreditaban como Baltasar París Pérez, de 46 años, casado, domiciliado en San Agustín, panadero de profesión.

El cadáver cargaba una bolsa de tela, colgada del cuello. Adentro se encontraron dos pizzas frías, apelmazadas, y un botellón de plástico casi repleto de ron barato, comprado a granel.

Sobre la autopista, a pesar de la lluvia, pudieron detectarse leves evidencias de un frenazo que arrasara parte del césped. Todo sugería que por evitar la colisión, el chofer se habría desplazado hacia la orilla opuesta de la autopista. La rueda delantera izquierda se detuvo sobre un montículo fangoso junto al borde de la cuneta, muy honda en aquel lugar.

Dos policías se apostaron a esperar a los técnicos del DTI, que acudieron a las 06:50. Ante todo, fotografiaron la impronta de los neumáticos, muy clara sobre la capa fangosa del borde. Efectuaron mediciones, buscaron pisadas en los alrededores, tomaron muestras de tierra, y dispusieron el traslado de la bicicleta al laboratorio.

Pedrito, el sargento que oficiaba como ayudante del capitán Bastidas, recibió la ingrata tarea de notificar a la familia de la víctima. Bastidas detestaba hacerlo. Ante la luctuosa reacción de los deudos, nunca sabía qué decir ni qué cara poner. Pedrito, en cambio, hasta hallaba palabras de

consuelo, palmeaba a la gente y de una manera muy profesional, sabía expresar su solidaridad ante el dolor.

De regreso, Pedrito le informó que Baltasar París dejaba una viuda y dos niñas de 11 y 8 años.

En la «La flauta de Pan», les informaron que Baltasar había terminado su turno de trabajo a las 04:00. Esa madrugada, tras prepararse unas pizzas para sus niñas, se quedó bebiendo ron con dos panaderos del turno saliente. Sentados en un patiecito techado, a la entrada del local, esperaron juntos a que escampara la lluvia.

Según los dos compañeros que lo vieron irse, Baltasar pedaleaba un poco en zigzag, pero no iba demasiado borracho.

Eran ya las 07:30 y el forense no aparecía.

Sólo a las 08:50, Bastidas recibió en su despacho el informe primario. Pasó por alto las generalidades leguleyas, buscó lo que más le interesaba y se puso a tomar notas:

«... muerte casi instantánea, alrededor de las 05:15...

»... el occiso, que ingiriera una considerable dosis de alcohol...

»Como detalle significativo se observan, sobre la superficie desyerbada y fangosa que rodea al lugar donde cayó el ciclista, cuatro diferentes huellas de calzado (señaladas en el diagrama adjunto como A, B, C y D) y, asimismo, las huellas de un perro (P).

»Resulta evidente que A y B estuvieron en el lugar antes que C, D y P, porque en algunos casos, se evidencia que C, D y P se superponen a A y B. Es seguro que A se acucilló junto al cadáver (como revelan las puntas de los zapatos muy marcadas en dos lugares donde no aparecen huellas de los tacones); y es de suponer que al comprobar la muerte del ciclista, regresara al vehículo para darse a la fuga.

»Las huellas B, de un pie más pequeño, casi seguramente de mujer, proceden de unos tenis, o de algún zapato deportivo.

»C y D corresponden a botas de trabajo. C a un pie pequeño de una

persona delgada; y D, a alguien que pesa más de 200 libras.

»Todas las huellas, incluso las del perro, aparecen en posiciones de ida y vuelta. Las de A y B, indican que provenían del NO (ver planito adjunto). Parten desde el punto donde frenó el carro que arrollara al ciclista, y vuelven a ese mismo punto. En cambio, las huellas B, C y las del perro, proceden del SO y hacia allí regresan. Esto hace suponer que A y B iban en el vehículo que mató al ciclista, y que B, C y P, fueron los que lo hallaron e hicieron la denuncia, más o menos una hora después de su muerte.

»Es de lamentar que por la lluvia y el asiduo flujo de transportes pesados a esa hora, no aparezcan huellas de zapatos sobre el pavimento de la autopista».

## 5. THE FLORSHEIM SHOES

En cuanto terminó la lectura del informe, el Capitán Bastidas recibió un llamado de la Coordinadora.

—Sí..., sí..., anjá..., gracias.

Mientras oía, garabateaba algo en un papel que le pasó a Pedrito.

Apenas colgó el tubo se paró de un brinco.

—Llégate a la oficina y que circulen la matrícula de ese carro. Podría ser el que arrolló al ciclista.

En una estación de Policía, en la barriada del Calvario, alguien había denunciado a las 07:35 de esa mañana, el robo de un Moskvich Aleco.

—Coño, capitán, que guardia tan movida.

—Dale, vamos; y alégrate —comentó Bastidas.

Pedrito se quedó mirándolo sin saber de qué debía alegrarse.

Bastidas detestaba las guardias de domingos.

Era su día de familia y amistad, coño.

Era el día de sus tragos planificados.

En la azotea de su casa, 180 metros cuadrados, donde Bastidas techara toda una esquina, cabían mesas para cuarenta personas. Allí corría siempre una brisa fresca y se disponía de instalaciones para cocina y bar. Era el lugar de reunión con sus hijos, músicos ambos, que traían a sus novias. Allí acogía Bastidas a sus parientes, amigos, vecinos, y formaba fiesta casi todos los domingos.

Bastidas cantaba bien y se acompañaba con gracia en la guitarra. El piano de Beatriz, su mujer, y las tumbadoras de un vecino, aseguraban la descarga.

Algunos visitantes asiduos hacían su aporte en provisiones: una mano de plátano, una cabeza de puerco para la caldosa, una paleta de carnero, un saco de yuca, y rones varios, a veces de la chopin, o comprados de pipa, chispa 'e tren, saltapatrás, etc., a veinte pesos la botella, pero que igual elevan el espíritu y vigorizan la fraternidad.

El ron, la rumba, el culto de la amistad, la paz definitiva con sus hijos que durante años no le perdonaran el divorcio, era su único espacio de plenitud, complacencia consigo mismo y renovación de energías.

Los domingos también solía visitarlo su padre.

Pero era, sobre todo, el único día semanal en que se permitía beber ad libitum y sin remordimientos.

Años atrás, Bastidas era un alcohólico a la rusa, de los que empezaban a beber a las diez de la mañana. Por culpa del ron, debió abandonar su cargo en seguridad del Estado.

Durante tres años en que se sometiera a un tratamiento, se obligó a ingerir un fármaco vomitivo. Sabía que si lo combinaba con alcohol, le provocaría convulsiones y quizá la muerte. Los médicos le dijeron que cuando aguantara un par de años, el alcohol se le volvería primero indiferente, y al cabo, aborrecible.

No fue así. Cuando dejó de tomar el horrendo producto, volvió a sentir deseos de beber. Durante una década de abstinencia a pulso, todos los días deseó el alcohol. Hasta que un 1º enero, no aguantó más. Determinó que si ya no podía darse un trago, mejor se daba un balazo.

E hizo un pacto consigo mismo, de hombre a hombre. Bebería con moderación, y sólo en ocasiones.

—Se jodió —dijeron sus amigos.

Todos lo pusieron en guardia. Su mujer se horrorizó. Un amigo médico trató de disuadirlo. El único que lo ayudó un poco fue el negro Azúa, un tipo medio brujo, que le apretó las manos, lo miró a los ojos y vaticinó que no iba a claudicar.

Así fue. Comenzó a beber, pero sólo en ocasiones que lo merecieran.

Y su mejor ocasión, era la de los domingos, en la azotea de su casa.

A veces se daba también uno o dos tragos fuera de programa. Como parte



del pacto, para superar alguna ansiedad momentánea, cansancio, depresión, Bastidas se autorizaba un máximo de ocho onzas de bebidas destiladas, que podían beberse de a poco o de un solo viaje.

Y para sorpresa de todos los incrédulos, se controló. Ya llevaba ocho años sin fallar... Ah, pero los tragos del domingo en su casa, no podían faltarle. Eran su estabilizador semanal.

Lo más peligroso que podía ocurrirle, era la guardia dominical con poca o ninguna actividad; porque el deseo de los tragos que ese domingo no podía tomarse en su casa, potenciado por la frustración y el tedio, dejaba de ser un deseo y se convertía en un dolor. Todo su organismo se rebelaba y ponía en grave peligro el pacto.

Por suerte para Bastidas, los domingos eran días de tragedia, contravenciones y desorden; y rara vez le tocaba una guardia inactiva. Pero les temía.

En realidad, Bastidas se temía a sí mismo. A los 48 años, no iba a permitirse una recaída en el alcohol, que lo convirtiese en una piltrafa, candidato al suicidio.

—Sí, capitán, me lo robaron del carporche ese.

El denunciante era un gigante de casi dos metros y 280 libras, que se identificó como Lázaro López Carranza, mecánico de profesión, de 49 años.

El propietario del vehículo era un conocido pianista popular, amigo de Carranza desde niño. Y siempre que viajaba al exterior, le confiaba su carro para darle mantenimiento y efectuar algunas reparaciones necesarias. Por supuesto, el músico le concedía también autorización para usarlo.

El sábado, víspera del accidente, tras una disputa con su mujer, López Carranza resolvió dormir en casa de su madre, en El Calvario, de donde proyectaba salir al día siguiente a las 08:30 de la mañana.

—Iba a buscarme unos pesos con una familia que me pidió un viaje a Santa María del Mar, y figúrese, los dejé embarcados.

Se trataba de una familia amiga, que alquilara una casa en la playa por quince días; y además, lo habían invitado a pasarse el domingo con ellos.

El pretendido carporche (barbarismo cubano por cochera), con su techito de hojalata oxidada y una reja de ni me mires, tal vez sirviera para proteger el carro del sol, pero no de los ladrones. Bastidas se dio cuenta de que el más torpe se la hubiera llevado de un soplido.

Según Carranza, cuando se fue a dormir, conectó primero la poderosa alarma del carro; pero, de manera inexplicable, los ladrones consiguieron desactivarla. Las dos mujeres que dormían en la casa, y los vecinos, aseguraron no haber oído la alarma, ni ruidos sospechosos.

—¿Y esa alarma nunca falla?

—Lo que es fallar, hasta ahora no ha fallado nunca —dijo Carranza pensativo—. Lo que pasa es que a veces no me acuerdo si la conecté o no...

—¿Y en este caso está seguro?

—La verdad, capitán —le sonrió avergonzado Carranza—, es que yo nunca estoy seguro de nada.

Bastidas asintió. Aquel argumento, dicho con tan llana franqueza, le resultó convincente. A él le ocurría lo mismo. A mediodía casi nunca sabía si había tomado sus pastillas hipotensoras; y a veces, al entrar a su despacho, no recordaba si había apagado el calentador del baño; y como su mujer salía a trabajar bien temprano, más de una vez regresó maldiciendo para evitar una posible catástrofe.

Tal como Bastidas previera, la búsqueda del Moskvich dio resultados casi inmediatos. Ni siquiera le cambiaron la matrícula. A las 08:40 fue ubicado en la barriada de San Miguel del Padrón, cerca de la Virgen del Camino.

A las 10:10, tras el examen de los neumáticos, y la evidencia de una contusión en el paragolpes y guardafango delanteros, el Cap. Bastidas sabía ya, sin duda posible, que aquel carro y no otro, había arrollado a Baltasar París.

Se comprobó que los victimarios del ciclista no dejaron huellas digitales ni de pisadas en su interior. Era evidente, además, que las borraron a propósito.

Para la rutina policial, el mecánico López Carranza era técnicamente sospechoso, y Bastidas debía indagarlo a fondo, pero su intuición le decía que

el tipo estaba limpio.

Según su declaración, llegó a casa de su madre el sábado a eso de las 18:00. En el portal de unos vecinos, jugó dominó y se tomó unos tragos hasta eso de las 23:30 en que fue a acostarse; pero ni siquiera le servían de testigo su madre y una hija suya, allí presentes. Interrogadas por Bastidas, ambas atestiguaron haberse quedado dormidas antes de esa hora, mientras miraban la televisión. Y ninguna lo vio pasar hacia el cuartico del fondo, donde dijo haberse acostado.

Así, Carranza no tenía cómo probar que a la hora del accidente, se encontraba durmiendo en su casa. Lo de la alarma, tampoco resultaba convincente. Pero no existían pruebas para acusarlo de fingir el robo, ni motivos para sospechar de él como culpable del atropello al ciclista. Carecía de antecedentes penales, los informes del CDR eran excelentes: exhibía un pasado de mucha participación revolucionaria, miliciano, combatiente, internacionalista voluntario... Pero la razón que indujo al capitán Bastidas a casi exonerarlo de sospechas, fue el tamaño de sus pies: calzaba un 45 en zapatos de horma ancha, y en otros modelos, el 46; en tanto que la huella mayor encontrada junto al cadáver, era de un 42.

Pese al bloqueo que los EE.UU. han impuesto a Cuba y a las malas relaciones entre los dos gobiernos, los principales institutos de criminalística en ambos países, mantienen una colaboración amistosa.

El poderoso Federal Lab de Washington, D. C., adjunto al FBI, que asesora la actividad en todos los laboratorios de la Unión, ha contribuido desde hace varias décadas con el LCC (Laboratorio Central de Criminalística) en La Habana; y viceversa. Gracias a este vínculo, algunos falsificadores de dólares, y distintos prófugos, criminales, estafadores, narcotraficantes norteamericanos, han sido capturados en Cuba.

Los exámenes del cadáver y la bicicleta, efectuados en el LCC, no ofrecieron pistas sobre los victimarios de Baltasar París.

Sin embargo, cuando se detectaron las pisadas cercanas al cadáver de Baltasar París, un especialista en fotografía judicial captó, dentro de las huellas A, dos inscripciones interesantes. La primera, en un tacón derecho.

Eran unas letras borrosas enmarcadas por un rectángulo donde la ampliación permitía leer algo que podía ser:

TM — — — — — OES;

La parte central era una masa compacta, ilegible. Las dos primeras letras se prestaban a confusión: podían ser TM, TH, IH o IM. El barro demasiado blando no permitió una impresión nítida. La segunda inscripción era más valiosa. Correspondía también a una pisada derecha, pero sobre un fango más firme y liso, que no resultó aplastado por el tacón. En este caso, era una inscripción en relieve, impresa en la suela dura que forma la curvatura bajo el arco del pie, y con toda nitidez podía leerse: Bg & Wh 345/95.

Los especialistas cubanos, tras revisar sus catálogos de zapatos, supusieron que el primer texto impreso, quizá correspondiera a THE FLORSHEIM SHOES, inscripción que lleva en el tacón todo el calzado de esa marca.

El 20 de julio, los técnicos en trazología enviaron por INTERNET al Federal Lab los dos textos, con una minuciosa descripción. Sus colegas especializados en huellas de pies y calzado, que acopian los catálogos anuales de toda la producción norteamericana de zapatos, respondieron por fax el día 23. Confirmaban que las letras del recuadro eran parte de THE FLORSHEIM SHOES. Y entre los repertorios almacenados en las computadoras del Lab, el número 345 correspondía a un modelo ofrecido al mercado durante la temporada veraniega del 97. Era un diseño de dos tonos, con talón y punteras de ala, en cabritilla de un color castaño muy claro, casi beige; y la parte en blanco lo formaba una malla de piel de cordero trenzada. Añadieron un dibujo, donde se veía el diseño y la distribución de los huequitos sobre las dos porciones de color beige.

Era una novedad que sólo se fabricaba por encargo, destinada a personas ancianas de pieles débiles. «De pieles débiles y poderosos bolsillos», comentaba el colega del Lab. En efecto, según figuraba en un catálogo reciente de la firma FLORSHEIM, se ofrecían al precio de 1 200 dólares el

par. Y adjuntaban el dato de que la parte en blanco correspondía a un tono WMH-1009 y el carmelita de las punteras y el talón, a un BBC-3261. (Así figuran clasificados ambos colores en la World Colour Convention de sus computadoras, que registra 16 millones de tonos).

No sólo debía descartarse como sospechoso a López Carranza, por su pata fenomenal; sino también a casi todos los cubanos del Período Especial. Por generalizada modestia económica, era difícil imaginarse que alguien calzara zapatos de tan alto precio. Y más absurdo, era imaginarse que alguien capaz de costeárselos, anduviera por ahí robando carros.

—Esto empieza mal —pensó Bastidas malhumorado.

El ladrón del carro debía de ser algún delincuente cubano muy incoherente en la gama de sus fechorías. Y como no era posible que alguien se moviera por propia voluntad, dentro de los zapatos más caros del mundo y en un carro ruso de segunda mano y deplorable calidad, Bastidas conjeturó que el ladrón del carro y victimario del ciclista, no sabía lo que llevaba en los pies. No sólo calzaba zapatos de millonario. Caminaba sobre una bomba de tiempo, porque por esos zapatos, Bastidas lo agarraría en pocos días. Eso era seguro.

Y esa misma tarde, Bastidas tomó la iniciativa de circular, entre los oficiales responsables de la seguridad en 67 hoteles habaneros, la siguiente nota:

«Informar de inmediato a Homicidios, IBL 341, la presencia de zapatos para hombre de dos tonos, blanco y carmelita muy claro, casi beige».

Ordenó también a su ayudante, pedir a la Coordinadora que incluyeran el término Florsheim en la Alarma del Parte Resumen.

—Y la nota para los hoteles, envíala también a las estaciones más cercanas...

En eso se interrumpió y permaneció unos segundos pensativo mordisqueando un lápiz.

—Pídeme un turno con los gráficos —ordenó por fin a Pedrito.

Esa misma tarde se reunió con una dibujante narizona, buena amiga suya, que se comprometió a alistarle un dibujo en colores que respondiera al bosquejo enviado por la gente del LAB. Pero por consejo de Pedrito, pidió a la dibujante, con especial énfasis, que procurara dar con el tono exacto de beige muy claro, de la puntera y el talón, y le pasó el número de referencia cromática tomado de la WORLD COLOUR CONVENTION.

Según Pedrito le confesara, a él también lo deslumbraban los zapatos de dos tonos, al punto de mandarse hacer recientemente un par. Y sabía que cuando los artesanos cubanos fabricaban a pedido zapatos de dos tonos, usaban siempre un carmelita oscuro. No dudaba de que aquel beige llamaría la atención en cualquier barrio de La Habana.

El 24 de julio, doce copias fotográficas del diseño en colores de los Florsheim, fueron entregadas en las estaciones de policía más cercanas al punto donde localizaran el Moskvich robado; y otras tantas se distribuyeron a los encargados de la seguridad en hoteles.

Según el razonamiento de Bastidas, el ladrón del vehículo y victimario de Baltasar París, era un crápula sin cerebro.

—Juégatela que si abandonó el carro en ese punto, es porque no vive lejos de allí.

Bastidas daba por descontado que en San Miguel del Padrón y repartos aledaños, habría suficientes admiradores de los zapatos de dos tonos, para que unos Florsheim de 1200 dólares no pasaran inadvertidos. Y con toda probabilidad, la policía no sería ajena a la admiración que despertarían.

Los Florsheim de dos tonos (rebautizados en Cuba como florichéin), no sólo gustaban a ancianos con pies delicados y a millonarios de buen gusto. Por su alto precio, fueron también una moda entre gángsters de películas gringas, imitados luego por guapos y delincuentes cubanos de los años cincuenta.

## **6. VELASCO Y COMPAÑÍA**

Todas las unidades de policía de La Habana, elaboran un Parte Resumen con las nuevas incidencias delictivas a las que se da entrada cada día, y lo remiten a las oficinas del Departamento Técnico de Investigaciones. Los partes deben entregarse antes de las 09:00, y en general a las 4:00, el disco duro de la computadora central recibe la información, que se imprime en horas de la tarde y se divulga a la mañana siguiente.

En la mañana del 5 de agosto de 1999, la capitana que dirige el BICTAD (Bibliotecas, Información Científico-Técnica, Archivos y Divulgación) recibió el disquete que elaboran las recopiladoras y antes de pasarlo al disco duro, tecleó el programita APR. En la pantalla aparecieron los signos de admiración que indican alarma, junto al nombre de un delincuente, de un producto farmacéutico y de la marca de zapatos Florsheim. La capitana imprimió los tres partes, los elevó a la Superioridad, terminó de comer su bocadito y se encerró en el baño a fumar un cigarro prohibido.

Esa misma tarde, hacia las cuatro, Bastidas recibió un llamado del Hotel Comodoro. El oficial que atendía la seguridad, recordó unos zapatos en beige y blanco que llamaran su atención. Los había visto quizá un mes antes de que Bastidas le enviara el diseño. Los calzaba un turista al que no pudo identificar. Era sin duda un extranjero, alto, de pelo claro, pero no recordaba más detalles e ignoraba su nacionalidad. Por el tipo, podía ser español, italiano, o latinoamericano quizá.

Bastidas terminaba de colgar el teléfono cuando le entró otra llamada. Un ciudadano sueco, en la playa de Guanabo, acababa de denunciar el hurto de una cámara fotográfica, y un maletín que contenía sus documentos, pasajes,

algún dinero, tarjetas de crédito, ropas y unos zapatos marca Florsheim, pero... «¡coño 'e su madre!», negros, de cuero liso.

Tiempo perdido.

Pero el diablo son las cosas...; y por increíble que parezca, ese mismo día Bastidas recibió un tercer llamado, a las 17:15, esta vez de la Coordinadora: un agente que prestaba servicio en el Cerro, había reconocido unos zapatos Florsheim de dos tonos, idénticos a los que él circulara poco antes en láminas coloreadas.

¿En el Cerro? ¡Increíble! Bastidas pensaba que los zapatos deambularían en algún momento por las inmediaciones de San Miguel del Padrón, donde se distribuyeran las láminas.

—Lo que pasa, capitán —explicaría el agente que detectó los zapatos—, es que hasta hace una semana yo pertenecía a San Miguel.

¡Providencial traslado al Cerro!

Calzaba los llamativos zapatos un tal Velasco, tabaquero jubilado de 68 años, sin antecedentes penales.

Bastidas resolvió interrogarlo, pero no se hizo ilusiones con lo que pudiera aportarle. Un ciudadano sin antecedentes penales, de esa edad, domiciliado en el Cerro, no suele andar robando carros a las dos de la mañana en el Calvario. De todos modos, por pura rutina, se comunicó con el Cerro, y esa misma noche fue a ver a Velasco en su domicilio de la calle Tulipán, acompañado de Pedrito y del policía que le tomara las señas en la unidad.

El hombre se mostró esquivo, asustado; lo normal, aun entre personas inteligentes, desarrolladas, cuando los visitaba un policía.

El tamaño, diseño y colores de los zapatos, correspondían a los del modelo circulado, de conformidad con los datos del catálogo FLORSHEIM.

Lo primero que hizo Bastidas fue escudriñar la curvatura del arco. Y allí se distinguía clarito el número 345 y las mismas letras. Como esa parte alta de la suela no entraba en contacto con superficies exteriores, los caracteres se mantenían legibles.

Sin ninguna duda, Bastidas tenía entre sus manos los zapatos que dejaron su huella junto al cadáver de Baltasar París. Bastidas buscó también en el tacón las letras remanentes de la marca FLORSHEIM; pero sólo se veía un



relieve casi compacto, como si los caracteres se hubieran soldado. A simple vista resultaba ilegible.

Desde el accidente de Baltasar París, habían transcurrido sólo dieciocho días, y no parecía lógico que él no viera, lo que sí vieron los técnicos.

«Quizá lo vieron con lupa», pensó.

En todo caso, el 345 se veía claro, y los colores y factura coincidían con la descripción del LAB. De que estuvieron junto al cadáver no cabía duda. Pero ¿serían realmente los zapatos del homicida?

—¿Cuándo fue que usted los adquirió?

—Hace muy poco, capitán — y se puso el tabaco entre los dientes para contar con los dedos; —cosa de unos quince días.

Bastidas sacó la cuenta: esa noche era el 5 de agosto; de modo que si Velasco no mentía, habría adquirido los zapatos el 21 o 22 de julio; es decir, a los tres días del accidente.

Eso, si no mentía.

Bien: lo interrogaría a fondo.

—¿Y cómo los consiguió?

—Me los vendió un tipo, ahí...

—Ahí ¿dónde?

—Por el Vedado, creo que en 19 y E, o en la esquina de F, ya ni me acuerdo bien...

—¿Y cómo se llama el ciudadano?

—Ah, eso sí que no sé...

—¿Ni siquiera recuerda un apodo?

—No, capitán, esa fue la única vez que lo vi.

—¿Y cómo era su físico?

Velasco volvió a alzar la cabeza, para hacer memoria.

—Era un mulato claro, de unos cuarenta años...

—¿Y usted siempre es tan confiado con los que le ofrecen negocios en la calle?

—Es que los zapatos me volvieron loco, capitán, y el hombre parecía formal...

—¿No ha vuelto a verlo?

—No, capitán, nunca más...

—¿Y cuánto pagó por los zapatos?

Velasco comenzó a hacer girar entre sus dedos el mocho apagado del tabaco, y miró a Bastidas como avergonzado.

—Mil pesos.

«Baratos», pensó Bastidas. «Al cambio actual, comprados nuevos, valdrían unos veinticuatro mil pesos cubanos».

—¿Y cómo fue qué hizo el negocio?

—Nada, que yo andaba por el Vedado, y se me acercó el tipo ese. Yo de joven siempre gané buen dinero en mi oficio, y me gustaba presumir, ya usted sabe, y me daba por los zapatos de marca; y en esa época, los florichéin de dos tonos eran lo máximo, y han sido mi coco toda la vida. Y estos, figúrese, me caían del cielo. No los podía dejar escapar, capitán... ¿Dónde me empato hoy día con unos tacos así? Y se veían nuevecitos... Total, que me quedaron bien, se los compré y más na...

El tipo mentía y Bastidas no tenía ganas de perder tiempo.

Mientras organizaba la nueva andanada de preguntas, abrió su agenda e hizo unas anotaciones rápidas.

—Mire Velasco: yo no le creo que usted haya comprado esos zapatos de esa forma...

—Figúrese, capitán ¿y qué hago yo pa convencerlo?

—... ni creo que se haya gastado mil pesos así como así, sin conocer al tipo...

—Es que mil pesos no son más que cincuenta dólares, capitán...

Bastidas se quedó mirándolo y el hombre le sostuvo la mirada.

—Allá usted, Velasco. Yo sólo le advierto que estos zapatos están involucrados en una historia fea, y si usted no recuerda quién se los vendió, me veo forzado a sospechar que nos oculta algo grave...

—Por mi madre, capitán, es la pura verdad...

—... porque el que calzaba estos zapatos el 18 de julio, hace hoy 18 días, mató a una persona. Y si usted no nos prueba que para esa fecha, todavía no los había adquirido, me veré en la obligación de detenerlo por sospechas de homicidio.

—¡¡¡Cóooooomo!!! ¡Ah, no! Bueno... Espere... Si las cosas son así, mire...

Inspiró hondo y vació los pulmones con la vista fija en el piso. Decidido a confesar, no encontraba aún el modo de hacerlo.

—Si quiere saber la verdad, capitán, yo soy gallero...

«Coño, por eso no querías decirme de dónde sacaste los zapatos...»

—... y los zapatos los compré en una riña de gallos el domingo pasado. Es que para mí...

Bastidas, mediante un vistazo al pequeño almanaque de su agenda, comprobó que ese domingo era el 1º de agosto.

—..., no sé como decirle, capitán..., pero..., vaya..., que los gallos son mi vida, lo que más me gusta en el mundo... Pero yo soy una persona decente, y revolucionario, y ...

Y se puso a contarle que ya en 1958, él vendía bonos para el 26 de julio. Amenazaba con hacerle la historia del tabaco. Bastidas miró la hora y simuló un bostezo.

—Oiga: yo estoy aquí por los zapatos. Los gallos no me interesan.

El estímulo surtió efecto:

—Los compré en una valla de Guanabacoa.

Los llevaba un tal Mantecao, que se los vendió en mil pesos.

No, Velasco no podía informar dónde vivía; pero cerca de la Terminal de ómnibus, todo el mundo conocía a Mantecao.

Esa misma noche, por teléfono, Bastidas se comunicó con la estación de la PNR más cercana a la Terminal de ómnibus de Guanabacoa. Y corrió con suerte: allí conocían muy bien a Mantecao, un ex presidiario, ratero, cliente habitual de la unidad, que por casualidad se hallaba detenido desde esa mañana bajo sospechas de un hurto. Su verdadero nombre era Julio Valencia Romero.

El interrogatorio de Mantecao se efectuó a las 9 de la mañana del día siguiente, en la unidad de Guanabacoa.

Bastidas tuvo que oír cómo Mantecao se arrepentía de su pasado. Ahora, capitán, él se portaba bien, andaba buscando trabajo, aunque fuera con el

gobierno.

—Los zapatos me los encontré en un basurero —y cabeceó, desconcertado—. Es que la gente está loca, capitán. Mire que botar unos zapatos tan finos, casi nuevos...

Tras oírlo mentir durante cinco minutos, Bastidas repitió el argumento de las sospechas de homicidio, y si Mantecao no demostraba que el 18 de julio aún no había entrado en posesión de los zapatos, se vería en tremendo lío.

—Y por homicidio, con los antecedentes que ya tú acumulas, son veinte años al segurete.

La mención a los veinte años también surtió su efecto.

—Eran de un tal Felo, un negro viejo que lustra zapatos en el Cotorro; pero eso fue después del 18 de julio.

Y por ensuciar un poco a Velasco, que lo echara p'alante, rectificó su declaración: la venta de los zapatos se había efectuado durante una riña adonde Velasco, con un gallo suyo, ganara una pila de pesos esa tarde.

—Y al verme puestos los florichéin, el viejo se enloqueció. Quedó privado. Te doy mil, me dijo, y después subió a mil quinientos y a dos mil. Y figúrese, capitán, uno está atrás, tiene compromisos con la familia, chamas chiquitos, y por dos mil baros, no digo yo los zapatos: hasta una pata me corto pa vendérsela.

Pedrito no pudo contenerse y soltó la risa.

En Guanabacoa se montaban y desarmaban vallas clandestinas en distintos lugares. Uno de los oficiales de la unidad, presente en el interrogatorio, indagó dónde montaban la valla esa, y Mantecao le recordó que él era ladrón pero no chivato. Y si contó lo de la valla fue para que se viera que el viejo Velasco no era ningún angelito.

—Y yo le advertí muy bien que los zapatos eran fachaos en el Cotorro; porque yo tendré mis problemas y eso, capitán, pero soy serio en los negocios; y no quería que Velasco se dejara ver con esos zapatos por el Cotorro, porque se los iban a quitar.

Bastidas supuso que eso no era cierto, sino ganas de Mantecao de echarle mierda encima a Velasco para hacerlo aparecer como receptor.

Ese misma mañana, a las once, Bastidas y Pedrito se estacionaban junto a la vivienda de Felo, en el Cotorro. Lo encontraron lustrando a un cliente en la puerta de su casa.

Felo explicó que además de lustrar en el sillón, él recibía también zapatos de algunos vecinos del barrio, que se los entregaban por la mañana para recogerlos por la tarde. Entonces, él siempre ponía los zapatos de encargo sobre la acera, alrededor de su tarima, para ir lustrándolos cuando no tenía clientes en el sillón.

Describió al ladrón con las mismas señas de Mantecao.

—Parqueó la bicicleta en el contén y se montó en el sillón a lustrarse; y cuando yo estaba casi terminando, el tipo hizo como que se sentía mal. Puso cara de pesca, con los ojos medio virados, y me dijo que sufría del corazón y que necesitaba un vaso de agua para tomar una pastilla. Y cuando yo entro a la casa para traerle el agua, el tipo hace así, ran, se coge todo los zapatos que ve a mano, monta en la bicicleta y sale echando.

—¿Y no podría recordar la fecha?

—¡Como no! Fue el 27 de julio, un día antes del cumpleaños de la hija mía... Y yo juntando centavos pa regalarle cualquier bobería. Figúrese qué salación...; y después, tener que decirle a los clientes que me robaron los zapatos d'ellos. Se me caía la cara de vergüenza. Y los que más me dolieron, fueron los florichén del Colorado, una maravilla de zapatos. Figúrese usted que cuando yo era un muchacho, y un par de zapatos costaba cuatro pesos, los florichén ya costaban como veinticinco o treinta.

El Colorao, cuarentipico largos, pelirrojo, que trabajaba en el giro gastronómico, tomó el robo con calma. Sabía que Felito era incapaz de hacerle una maraña.

—No hay lío, viejo —lo tranquilizó—. Más se perdió en la guerra, qué carajo...

Felito acompañó ese mediodía a los dos policías a ver al Colorao, que vivía a tres casas de la suya. Lo hallaron almorzando solo. Al mismo tiempo movía trebejos, ensimismado sobre un tablero. Calzaba chancletas y sólo vestía un short. El viernes era su día franco en el trabajo.

—No no, compañero, termine su almuerzo tranquilo; nosotros lo esperamos en el portal.

Los policías tomaron asiento en dos sillones de balance y enseguida, la mujer del colorado salió con sendos pocillos de café en una bandeja.

A los cinco minutos, ya cubierto con una camisa, se les sumó el Colorao.

Tras los agradecimientos y elogios al café, Bastidas inició el interrogatorio.

El Colorao reveló haber adquirido los zapatos la noche antes de llevárselos al lustrador.

—Ni tiempo tuve de usarlos.

—¿Y cómo los adquirió?

—Los cambié por unos mocasines italianos.

—¿A quién se los cambió, compañero?

—A Manolín, mi entrenador de ajedrez —y señaló con la nariz varios tableros con finales de Capablanca, que él mismo pintara en la pared.

El Colorao era experto regional y competía por el Municipio del Cotorro. Su entrenador tenía más rango: integraba la selección provincial de La Habana, y dos veces por semana, impartía clases a un grupito, en un club del Vedado.

—¿Y cómo fue que Manolín le cambió los zapatos?

—Bueno, parece que le apretaban un poco; y yo tenía unos mocasines 44 que me quedaban muy holgados... Para usarlos tenía que rellenarlos con algún trapo. Y el 26 de julio, como era feriado y tampoco trabajé ese día, Manolín me llamó aquí temprano, para ver si yo iba a estar en la casa. Y nada, que se me apeó con los florichéin a proponerme el cambio. Yo me los probé, me quedaron bien y acepté.

—¿Y usted tiene idea de cómo los consiguió él?

—Eso sí, no sé, capitán, pero él es un hombre serio...

—Sí sí, claro... ¿Y usted sabe dónde vive?

—Más o menos; pero yo siempre lo llamo a la relojería donde trabaja. ¿Hay algún problema con los zapatos?

—Sí, podría haberlo.

Bastidas mira la hora: es la una y diez...

—¿Usted cree que lo encontremos ahora en el trabajo?

—Figúrese, eso...

De la relojería, Manolín había salido temprano para hacer un trabajo a domicilio. Bastidas lo encontró a las cuatro en el club de ajedrez.

—Me los dio mi mamá.

—Sí, mi mamá... Y a ella se los regaló una jinetera.

Media hora más tarde, en su casa, Josefina Albarracín, o Fefita, mucama del Hotel Tritón, confirmaba el testimonio de su hijo:

—Sí, compañero, me los dio una..., como decirle..., una muchacha, de esas que acompañan a los turistas...

—Una jinetera, mami —la agitó Manolín.

—Bueno, sí..., lo que pasa, capitán, es que a mí no me gusta hablar mal de la gente, y menos si me han hecho un favor, pero..., sí..., es verdad, eso es lo que parecía...

—¿Y cómo qué fue que se los regaló?

—Me dijo que tuvo un mal sueño con esos zapatos... parece que ella respeta esas cosas y convenció al señor que andaba con ella de que los botara. Y como yo, sí, en eso no creo para nada...

—¿Y recuerda el nombre de la muchacha?

—En ese momento me lo dio, pero ya no me acuerdo. ¿Usted necesita que se lo averigüe?

—Si pudiera ser...

La mujer guardó silencio unos instantes, y luego miró de frente a Bastidas:

—Mire, capitán, lo que pasa es que con eso de los regalos que le hacen a una los turistas, hay que andar con cuidado, porque en ese hotel son muy exigentes. Y cuando la muchacha me dio los zapatos yo le dije que los iba a entregar en la Administración. Y dícame ella: «Ay, no chica, no seas boba, si los zapatos te gustan, quédate con ellos. Y si te hacen cualquier reclamo, ve a ver a Pepe Jaén que trabaja en la Administración, y es socio fuerte mío. Tú vas y le dices que te los regaló Fulana, y si desconfían de ti, que me llame y yo le digo cómo fue la cosa».

—Espere un momento —la interrumpió Pedrito, para dar vuelta al casete de la grabadora.

Bastidas frenó un impulso de regañar a Pedrito, que por su afán de grabarlo todo, interrumpía a la gente y les hacía perder inspiración.

—¿Y qué me puede decir del hombre que andaba con ella?

Fefita se frunció como para un esfuerzo intelectual:

—Sólo recuerdo un hombre, ya mayor...

—¿Mayor de cuánto?

—Cincuentipico.

—¿Recuerda la nacionalidad?

—No; lo vi sólo un par de veces y no lo oí hablar, pero por el tipo y las ropas era extranjero. Sólo recuerdo que era un hombre alto, bien plantado...

—¿Podría recordar las facciones como para un retrato hablado?

—No, eso sí que no: lo vi siempre de lejos. Lo que sí recuerdo es que usaba una barbita blanca de candado, y el pelo muy largo, también blanco. Ocuparon la habitación 322. De eso no me olvido, porque yo atiendo el tercer piso.

Bastidas y Pedrito entrecruzaron una mirada de esperanza.

—¿Y cuándo fue eso?

—Uyyy, eso sí que está difícil, hace ya unos cuantos días...

—Chica, eso fue el 25 de julio —la interrumpió Manolín—: Acuérdate que al otro día fue 26 y yo aproveché el feriado para ir al Cotorro a llevárselos al Colorado.

—Verdád, así mismo fue —cayó en cuenta Fefita.

Bastidas tomó nota y antes de despedirse, miró la hora. Eran las 17:20.

—Un último favor —dijo a Fefita—. Le ruego que llame al hotel y si ese compañero Jaén está ahí, pregúntele el nombre de la muchacha...

Fefita se levantó dio unos pasos y ya se disponía a discar, cuando Bastidas le advirtió:

—Llámelo como cosa suya, y a mí no me mencione...

Fefita asintió, discó los números y se quedó esperando.

—¿Norma? Habla Josefina, la camarera del tercero... Sí, chica, bien ¿y tú?... Nada, que me hace falta hablar con Pepe Jaén... Gracias, Norma.



Fefita tapó el micrófono y le susurró a Bastidas:

—Sí, dice que está en su despacho —y enseguida—. ¿Oigo? Sí, compañero, Fefita, y discúlpeme si lo saqué de... Fíjese, estoy tratando de localizar a una amiga suya que a veces va por el hotel... Sí, una mulatica alta, delgada, que se peina con una colita y trenza, como las bailarinas... No, lo que pasa es que ella me comentó que era amiga suya... ¿Cómo? No, ella me dio otro nombre, más corto... ¿Cómo?... Anjá, Bini, sí sí, ese mismo fue el nombre que me dio ella, pero no podía acordarme...

En eso, Fefa vio que Bastidas le pasaba un papelito donde escribiera: «Pídale la dirección».

—¿Y usted sabe dónde vive ella?... Anjá... anjá...

Bastidas se quedó esperando, con el bolígrafo listo para anotar la dirección, pero ella le hizo una seña negativa. El cogió entonces el tubo.

—Buenas noches, compañero —dijo Bastidas—. Le habla el capitán Ignacio Bastidas, del Ministerio del Interior...

Jaén no aceptó recibir a Bastidas en el hotel a las 18:30. Adujo tener a esa hora un compromiso ya establecido. Y le propuso verse a las ocho.

—Está bien, gracias, a las ocho paso por el hotel.

En cuanto Bastidas colgó, Jaén llamó por teléfono a Chacha, la prima de Bini. Tenía que localizarla de inmediato.

Aquel policía lo dejó preocupado. No por él, sino por Bini. A toda costa le avisaría que tenía la policía atrás. Pero al cabo de unos diez intentos al teléfono, reenganchó el tubo con furia. Tener que llamar a un 40 era una desgracia. Apenas discabas el cuatro, se te caía la llamada.

Decidió cortar por lo sano. Salió al parqueo del hotel, se encaramó en su moto y veinticinco minutos después se estacionaba en una calle de la Víbora.

Chacha le reveló que Bini andaba con un amigo por Pinar del Río.

—Salieron el viernes por la mañana y dijeron que no van a regresar hasta el domingo por la noche.

—¿Y no sabes a qué región fueron? Pinar es grande...

—A ella se le antojó montar a caballo y se iban pa Soroa, o pa Viñales.

—¿Y no te dijeron en qué hotel iban a estar? ¿Cómo se llama el tipo?

—Chico, pero... ¿y ese apuro tuyo? Tú no eres marido d'ella p'andar con tanta preguntadera...

—Ayúdame a localizarla, Chacha, que esto es urgente...

—Si no me dices de qué se trata...

—No debería decírtelo, pero vaya..., hace falta avisarle que un policía anda preguntando por ella...

—Ay, Pepe, por tu vida ¿se habrá metido en otro rollo?

Jaén consiguió averiguar que su acompañante de esos días se llamaba Aldo Bianchi, un argentino con mucha plata, que debía tenerla alojada en los mejores hoteles.

—Ya tú sabes lo que le gusta a mi primita.

De la entrevista con Fefita, Bastidas sacó en limpio que Bini era una mulata de pelo bueno, peinado como las bailarinas, alta, delgada, tiposa, cintura estrecha, bonita, sí, culito parao, buen busto, muy pizpireta y parlanchina. Fefita recordaba su voz muy ronca y que gritaba un poco al hablar.

Camino del Hotel Tritón, Bastidas y Pedrito discurren sobre lo averiguado:

—Lo que no me cuadra es que arrollaran al ciclista con un carro usado, soviético... Ningún extranjero monta en esa chatarra..., y menos si es robado.

—Y a mí, lo que no me cuadra es que una jinetera ande por ahí regalando zapatos de mil dólares el par, nada más que porque un espíritu se le presentó en un sueño a decirle que los bote...

—Ella no tiene por qué saber el precio, Pedro; pero él sí...

—A lo mejor el tipo también es creyente, capitán.

—Sí, verdá...

Y Bastidas prosiguió con un monólogo, sobre las cosas dignas de Ripley que suceden en Cuba, donde tras cuarenta años de socialismo y difusión del materialismo dialéctico, no sólo hay gente que adora deidades afrocubanas,

sino que catequizan extranjeros, y los ponen a gastar fortunas en ritos de santería.

—Le ronca el mango.

No lejos del Tritón, exhausto y hambriento, Bastidas detuvo el carro frente a un timbiriche donde vendían pizza casera y bocaditos de jamón y queso.

—Apéate tú, chico —dijo Bastidas a Pedrito, y le pasó un billete de cincuenta pesos—. Cómprate lo que quieras y a mí tráeme una pizza y un refresco de cola.

Comenzaba a lloviznar. En la acera, varias personas se apretujaban bajo un techo de zinc, a la espera de que los sirvieran.

Bastidas calculó que Pedrito se demoraría varios minutos y consideró si debía permitirse un lingotazo de ron.

¿Causa?

Extremo cansancio tras una larga jornada que no ha terminado, y necesidad de lucidez para el interrogatorio al tal Jaén.

¿Honestamente?

Honestamente.

Okey.

Abrió su maletín, sacó una cantimplora y un vaso que llenó hasta el borde. Y de un solo viaje, sin respirar, con un pausado subibaja de la nuez, se echó a pechos las ocho onzas.

Cuando Bastidas bebía para vencer el cansancio, siempre lo hacía a la rusa. Según él, no existía marihuana, ni cocaína, ni nada que levantara tanto el ánimo como ocho onzas de ron tomadas da kantsá (hasta el final).

Las personas no habituadas, tenían que aprender a controlar la respiración, a beber con los músculos relajados. Con un estómago sano, el organismo se adaptaba rápido al impacto. Y acto seguido, la gloria: cuando el líquido bajaba hasta el fondo del estómago, uno levitaba de felicidad.

Bastidas repuso el vaso y la botella en su sitio y reclinó la cabeza.

La nuca comenzó a diluírsele sobre el plástico recalentado del asiento, convertido ahora en aromático y suave cuero de gamuza. Millones de burbujas, distribuidoras de euforia, estallaron en sus venas. Por la sangre

robustecida, le circulaba ahora un cosquilleo.

Lástima que sólo durara unos pocos segundos.

Si Dios existiera y fuese, como decían, tan misericordioso, Bastidas le pediría tres horas diarias de aquel cosquilleo. Y no habría en el universo un ser más bienaventurado.

Al mirar hacia la acera, enfrente, vio a Pedrito con dos personas por delante en la cola del timbiriche.

Agotado el inefable cosquilleo, Bastidas dejó que el calorcillo gástrico producido por el ron, subiera hacia el pecho. Y como siempre, cuando llegó a la garganta, reprimió su deseo de dar brincos y bramar como un toro de la taigá.

Sonrió. Su cerebro de circunvoluciones remozadas y poblado de neuronas danzarinas, dio la bienvenida a los vapores que subían de la garganta.

Sí, sin escalas de la garganta al cerebro, según la anatomía de la euforia.

Cerró los ojos e inspiró a fondo.

Cuando volvió a abrirlos, estaba en paz consigo y con el mundo.

Listo.

Ya era un hombre optimista, enérgico y sereno. Y lo sería durante cincuenta minutos. Era lo que duraba el efecto del lingotazo. Y en cincuenta minutos, habría terminado su jornada y se iría a dormir.

Veinte años antes, como agente de la seguridad, Bastidas formó parte de una misión comercial cubana en Moscú, donde asistía por las tardes a un club de gimnasia a practicar karate. Y al mismo club moscovita, a la misma hora que él, acudía también un médico ruso, sexagenario, hombre fuerte y apuesto, segundo dan, que se movía con una energía y elasticidad increíble a sus años.

Y ese ruso, que resultó ser profesor de nutrición, le comentó una vez, que si alguien era capaz de empinarse todos los días, un único vaso de ocho onzas de vodka, ron, etc., da kantsá, haría algo muy favorable para su actividad intelectual y cardiovascular. Pero quien lo hiciera debía saber, eso sí, que corría el peligro de sucumbir a la euforia que provocaba ese trago, comparable al efecto de la cocaína u otras drogas duras. Los maravillosos

efectos del primer vaso, pedían un segundo y un tercero...

—Por eso tenemos en la URSS tanto borracho crónico.

Bastidas comprobó que el médico no mentía: tanto le gustó aquella forma de beber que durante dos años, se transformó en una temible esponja; casi en un desecho humano.

Según la madre de sus hijos, aquel médico ruso era Satanás, infiltrado en la URSS.

Pepe Jaén los recibió a las ocho en su despacho del Tritón. Aparentaba unos 27 años. Era un mulato bien parecido que vestía una camisa elegante, a rayas rojas y blancas. Los recibió sin la habitual zozobra o fingida desenvoltura a que ya están acostumbrados los oficiales de la policía. Le describió a Bini con los mismos rasgos que Fefa, y dijo conocerla desde la secundaria donde fueran compañeros.

—¿Y usted sabía que anda jineteando?

—Sí, por supuesto, aquí mismo la he visto con tipos; y a veces hasta me los presenta...

A Bastidas lo sorprendió la desenvoltura con que un empleado de hotel hablaba de su relación con una jinetera. La colmó de abiertos elogios: una tipa de buenos sentimientos, amiga fiel, sincera, servicial. Se lamentó de que hubiese caído presa por una bronca callejera.

—En total cumplió un año y pico.

Según Pepe Jaén, era lamentable que hubiese escogido el camino de la prostitución, porque era una persona de buenos sentimientos, pero así era la vida...

El mulato parecía veraz. A Bastidas le cayó requetebién que no temiera evidenciar su indisimulada solidaridad con una jinetera. Eso siempre le puede salpicar mierda a un empleado de hoteles. Pero cuando Jaén ya se encauzaba por la peligrosa senda de las digresiones sobre el Período Especial, sus dificultades, la gente joven que se marea, el destino, la vida, etc., Bastidas lo cortó en seco:

—Y ahora nos haría falta que nos dijera quiénes ocuparon la habitación

322 durante los últimos diez días de julio.

—Por supuesto, enseguida —dijo Jaén—. ¿Qué datos le interesan?

—Sólo nombres y nacionalidades.

Jaén repitió el pedido por teléfono a una empleada de la recepción.

Mientras esperaban la información, Bastidas copió el planito que le hiciera Jaén para hallar el domicilio de una prima de Bini, en la Víbora. Era un lugar de escabroso acceso, en una calle que Jaén sabía encontrar, pero cuyo nombre ignoraba. Allí era donde Bini residía la mayor parte del año, cuando no andaba enredada con algún cliente.

El impreso sólo mencionaba cinco nombres entre los ocupantes de la habitación 322:

Julio 18/23: Luis Silva Pla y Marta Ruiz Soto, españoles.

Julio 24/26: Alberto Ríos, argentino.

Julio 27/31: Ingrid y Gisbert Punkenberg, alemanes.

A las 21:15, noche cerrada ya, entraron en las oficinas de Inmigración. Una joven teniente que tenía trabajo hasta tarde, se comprometió a esperarlos. Ella misma les informó que los españoles Luis Silva y Marta Ruiz, como también la pareja de los Punkenberg, abandonaron el país por IBERIA y AOM durante los primeros días de agosto. Alberto Ríos en cambio, era residente en Cuba, desde el año precedente.

Bastidas quiso ver la fotocopia del pasaporte argentino.

En cuanto la tuvo en sus manos sonrió y se la pasó a Pedrito.

En la foto se veía un viejo pepillón, bien parecido, que usaba barbita y melena blancas.

Bastidas pidió una fotocopia del expediente de Alberto y en cuanto la capitana se la trajo, se puso a subrayar lo que más le interesaba:

Pasaporte argentino No 3.675.165...

Lugar de nacimiento: Corral Quemado, provincia de Tucumán.

Fecha de nacimiento: 12 de junio de 1944.

Entrada en Cuba: 2 de junio de 1998.

Residente desde: el 18 de junio de 1998.

Categoría migratoria: Residente Temporal.

Ocupación: Inversionista y técnico de la firma TEXINAL.

Residencia en Cuba: Calle 206 N§ 20674, Atabey, C. Habana.

Teléfono en su domicilio: 24-4576.

Teléfono en sus oficinas: 24-5671.

A las 21:40, Alberto Ríos acababa de cenar en su casa y se disponía a ver el video de una película cuando sonó el teléfono.

—¿Olá?

—¿El señor Alberto?

Era una voz femenina, algo chillona.

—Sí, el mismo ¿quién habla?

—Me llamo Anita, soy una amiga de Bini...

—Ah, mucho gusto, ¿y qué es de la vida de esa ingrata que no me ha vuelto a llamar?

—Lo que pasa es que...

Y se cortó la comunicación.

Alberto golpeteó un poco en la horquilla del teléfono y por fin colgó. Ya volvería a llamar...

«Alguna putita, amiga de Bini».

Y determinó no activar el video hasta que la muchacha repitiese el llamado.

Del otro lado de la línea, la rubia con grados de teniente dirigió a Bastidas una mirada cómplice:

—Sí, capitán, conoce a Bini.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que era una ingrata porque no lo llamaba.

A las 22:20 mientras su mujer ensayaba una sonata, Bastidas engullía un potaje de garbanzos, seguro ya de que Alberto Ríos era el propietario de los

Florsheim que calzara la persona A, el día 18 de julio. Era muy probable que A y Alberto fueran la misma persona. Hacía falta saber ahora si las huellas B, de mujer, correspondían al pie de Bini.

Sonrió al pensar en la coincidencia de que A y B pudieran ser Alberto y Bini. Y al mismo tiempo, pensó en el absurdo de que un extranjero tan solvente como parecía ser Alberto Ríos, anduviera en un carro viejo, malo, y robado en el periférico reparto de El Calvario.



# III

## 7. LA MANO PELUDA

Al despertarse la sorprendió chupándose un dedo.

Le resultó muy excitante y se hizo el dormido un rato, para espiarla.

Bini se había introducido en la boca todo el pulgar derecho y chupaba con fuerza, mientras miraba la TV.

Desnuda, sentada sobre la cama frente a Aldo, mantenía las piernas cruzadas, como los yoguis.

Con los ojos entornados, Aldo se extasió en la dinámica de aquellos labios, que ahora se le engordaban y formaban plieguecitos. ¡Madre mía! El bulto, casi esférico, de aquella boca morena sobre el pulgar estirado, le produjo su primera erección de ese día. Lo más enloquecedor era el latir de los dos hoyos que la rítmica succión le formaba en ambas mejillas. Y los ojos se le estiraban un poco, le achinaban la expresión.

En los varios viajes que Aldo diera a Cuba, Bini no le había ofrecido aún, una visión tan infantil, lasciva y bella.

De pronto, ella lo sorprendió espiándola y se ruborizó. Dejó escapar una risita y se escondió el dedo entre las piernas desnudas.

Pero él, no no, que no hiciera eso, adelante con la chupada.

—Si a vos te gusta, a mí no me molesta. Mirá.

Y se destapó para mostrarle el resultado.

Ella lo aprisionó con la mano izquierda, pero él le pidió que lo hiciera con la otra, donde se veía aún el pulgar enrojecido y húmedo.

Y ella se puso a explicarle que en su familia todo el mundo chupaba dedo.

—Mi primo Pedro, cuando se acostaba, se chupaba los dos dedos del medio y con la otra mano se arrancaba pelitos de aquí abajo, de un halón, y te miraba feo, con una cara seria, como regañándote.

Aldo la miraba incrédulo.

Y Chacha también se chupaba el dedo gordo, pero era muy cochina, no se lo lavaba nunca.

—Y mientras se lo chupa, con el dedo chiquito de la misma mano se arquea las pestañas; así, fíjate.

Y al verla torcer la mano para imitar a Chacha, Aldo suelta una carcajada.

—Y el Lulo al revés, se chupa el dedo chiquito y con los dos más largos se espachurra una oreja hasta ponérsela roja roja...

Y Bini de pie, remedando a cada uno de sus parientes chupadedos, y Aldo corriendo al baño para no mearse encima, y al volver, ella se acoda en la cama para acariciarse mientras él tetayuna.

Y a poco, echándosele encima, mordiéndolo en un hombro.

Uy, la colonia que usaba Aldo la volvía loca.

Y otra vez, sacándose las ganas de morder los labios de Pepito, de chupárselos, y él, fuácate, respondiendo otra vez como un resorte, ja ja ja, igualito que un muchacho, y un poco erguido sobre las almohadas para ver como ella lo besaba, y ella, con la pichula entre dos manos, pum pum, como hacían los pistoleros, y arrodillada ahora en el piso, y apuntando a la ventana, y al techo, y apuntándolo a él, pum pum pum, muérete chico, y él abriendo los brazos y dejándose caer hacia atrás, y ella pum pum en redondo, comenzando a disparar en todas direcciones de la habitación, llena de enemigos, y ahora, apoyándose la pistola contra el paladar, se suicida de un tiro final y cae muerta, tiesa, boca arriba sobre el piso, y él siguiéndole el juego, tirándose también sobre el piso, y ella verificando que seguía duro como un palo, quién se lo iba a imaginar, y él urgido otra vez, queriendo que ella se le encarama de nuevo, pero ella se arrodilla, se agazapa, y se le convierte en una conejita, y se hace pantalla con las manos en las orejas y frunce los labios para mostrarle el hociquillo y los dientes botaditos, y se pone de rodillas sobre un cojín en el piso, para que él vacile a la coneja por atrás, y él jadeando, ay dios mío, qué es esto, señor, y al rato descansando y volviendo a reírse, y abrazándola por la cintura, y levantándola en peso, dando vueltas con ella que chilla como un muchacho chico.

Y en la terraza, tomando el sol, y a no dejarlo beber su whisky, y él

quejándose, y ella molestándolo, metiéndole un dedo entre los labios, queriendo beber ella primero y pasarle los tragos boca a boca, y de pronto, ay, me arañaste, mira pa eso como tienes de largas las uñas, y ella, cogiendo su bolso, sacando una tijerita, una lima, un cortauñas, obligándolo a dejarse hacer los pies, y él que no, que le hacía cosquillas, y ella que sí, porfiando que sabía de eso, sí, coño, aunque tú no lo creas soy pedicuro, pasé un curso con diploma y todo, y cortándole las cutículas, y limando uñas, mientras le contaba sobre la cría de conejos del marido de su prima Chacha, y un día que andaba peleada con su mamá y se fuera a vivir a casa de Chacha, sufría de ver a los conejitos encerrados en la jaula, y cuando le dijeron que iban a matar uno para guisarlo el domingo, ella no pudo dormir de la tristeza, y figúrate, abrí la jaula para que se escaparan todos los conejos, y el marido de mi prima quería matarme, y yo, sí, mátame, mátame, y le puse un cuchillo en las manos, pero yo sabía que el pendejo no me iba a hacer nada, y Aldo queriendo saberlo todo, haciéndole preguntas, y que dónde vivía en esa época, y que qué hacía, y ella, que entonces ya no vivía más con su mamá porque era muy cuadrada y se volvía insoportable, a cada rato se fajaba con ella, todo lo que hacía le parecía mal; y entonces, ella se iba a casa de la abuela, de Chacha, o de otros parientes, o de amigas suyas.

—¿Y tu papá?

—Lo adoro, y nos llevamos de lo más bien, pero casi no nos vemos. Ya él va por el cuarto matrimonio y tiene una pila de hijos, pero gana muy poquito.

Y cuando Bini empezó a putear con extranjeros fue para conseguir dólares y tener su ropita, sus tenis, en fin, su independencia.

—No, yo nací en La Habana. Mi familia es la qu'es de Oriente.

Su abuelo era un campesino pobre, que se alzara con Fidel en la Sierra, y al triunfo, toda la familia vino a vivir a La Habana.

—Todos muy revolucionarios, menos mi mamá. Papi se fue a pelear a Angola y Etiopía, pero a Mami, eso de la Revolución nunca le gustó. Y es muy cuadrada y siempre me llevó recio, y por peleona y gusana, mi papi no la aguantó más y se fue a vivir con una capitana del ejército.

La madre vivió entonces con una seguidilla de tipos, a cual más bruto y comemierda, pero ella se los merecía porque era igual.

A Bini nunca supo tratarla. Cuando ella era chiquita, la madre vivía amenazándola y asustándola, y se enfurecía si ella lloraba.

—Y mira cómo sería de hijaeputa, que cuando yo tenía como tres o cuatro años, mami se puso de acuerdo con mi tía Celia, que vivía pared por medio en la casa de al lado, y entre las dos prepararon un guante con unos pelos largos, negros, que se los quitaron a un puerco, y me decían que era la mano peluda, que venía a llevarse a las niñas lloronas.

Y cuando Bini se ponía a llorar, la sacaban al patio, y desde la otra casa, por lo alto de la tapia medianera, la tía Celia hacía caminar la mano peluda y daba unos chillidos horribles.

—Yo me cagaba encima del terror, pero no lloraba.

Y si no era la mano peluda, la asustaban con muertos y fantasmas, y con el jinete sin cabeza, y con la llorona, y con una serie de espantos en los que ellas creían, y juraban que en la Sierra Maestra se les aparecían todas las noches; y por eso que le hicieron cuando era chiquita, Bini nunca perdonó a su mamá ni a sus tías, y por tal de no tener que vivir con ellas, pasó muchos años becada en albergues del gobierno.

—Y por ayudar a una amiga me metieron presa.

Le salieron tres años, pero pagó sólo catorce meses. Pero de eso no quería acordarse ahora, y de todas sus desgracias, le echaba la culpa a la mamá y a las brutas de sus tías, pero a su padre lo adoraba, y él a ella, y hasta le perdonaba que anduviera puteando... Era tan comprensivo...

## 8. PÉSIMA SUERTE

Entre los adoradores de Bini, figuraba Pepito. Incondicional, agradecido siempre por un cabo que ella le tirara, años antes, en la secundaria.

Como muchos jóvenes de su edad, Bini identificaba lo bueno y malo de la Revolución Cubana, con las virtudes y defectos de los maestros, funcionarios de educación, y hasta de sus propios compañeros, dirigentes de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media, que le tocaran en suerte; que le tocaran en su muy mala suerte.

Aquella niña, hija y nieta de rebeldes, que aprendiera de pequeñita a amar a Martí y a Fidel; que todos los 28 de octubre arrojaba flores al mar, para honrar a Camilo Cienfuegos; y que con su uniforme de pionerita jurara todas las mañanas ante la bandera de la patria: «seremos como el Che», se convirtió en una adolescente desmoralizada, en un adulto indiferente, en una buscavidas, presidiaria y puta.

En primer grado le tocó una maestra jovencita que amenazaba y maltrataba a los niños. Para ponerla de su parte, las madres debían regalarle cosas; jabones, talco, una prenda de ropa interior, una bolsita de café, unos chocolates...

La muy cabrona adoraba el dulce de coco, y la madre de Bini se lo preparaba muy rico. Pero Bini, a los seis años, se indispuso con su maestra. Al verla pellizcar, en un acceso de furia, a su compañerita de asiento, Bini intervino. Le metió un sañudo mordisco en la mano. Y hasta le sacó sangre.

Cuando el director la regañó, Bini dijo que la maestra no era como Camilo y el Che. La maestra les metía a los niños. La maestra pellizcaba.

Acusación grave, que de probarse, determinaría la expulsión de la maestra del sistema nacional de educación; pero Bini también tuvo mala

suerte con el director, un gallo fino de 25 años, que entonces le arrastraba el ala a la maestra, aunque sin éxito. Y en aquel incidente, el pura sangre vio la oportunidad de negociar sus apetitos con la subalterna, por cierto, altamente comestible.

Cuando logró almorzársela, llamó a la madre de Bini y le aconsejó que la cambiara de escuela. En fin, Bini requería un régimen especial, era una niña conflictiva, etc...

La madre de Bini, en cambio, era sinflictiva. Fuera de su casa y del matrimonio, una seda. Y tras la bronca que formara la niña, calculó que iba a necesitar montañas de dulce de coco para apagar a la maestra pellizcadora. Lo menos complicado era seguir el consejo del director; y la cambió de escuela.

A los 14 años, a Bini la habían botado ya de otras dos escuelas primarias y por última vez, de una secundaria.

Pepito era bello y el mejor bailarín de la secundaria. Tenía locas a las muchachas, entre ellas a la presidenta de la FEEM, una gorda narizona, muy fea, que se encarnó con él.

Con escasas posibilidades físicas de atraerlo, la Gorda procuró tenerlo cerca. Le encomendó tareas y Pepito le siguió la corriente un tiempo; pero cuando vio que la Gorda se ponía cada vez más romántica en su presencia, empezó a rajarse.

En una ocasión, la Gorda lo llamó a un cubículo donde se reunía la dirección de la FEEM. Se las ingenió para estar a solas, cerró con llave y comenzó a tocarlo y a excitarlo y a desnudarse ante él. Y Pepito le hubiera hecho una media por quitársela de encima, pero la Gorda, que siempre tenía mal aliento, aquel día lo tenía espantoso, chica, ni que se hubiera comido un cadáver.

Pepito vio que no se le iba a levantar el brazo y trató de disuadirla, pero la Gorda le cayó encima a querer besuquearlo y tal, y él terminó por darle un empujón y huir del cubículo. Ella montó un show de llanto y aullidos. Cuando acudieron los demás, la Gorda derramaba gordas lágrimas y miraba a

sus compañeros con terror:

—Pepito trató de violarme.

El *staff* de la escuela oyó la noticia con incredulidad. Pepito era un alumno correcto, caballeresco. Pero al otro día, la madre de la Gorda, otra gorda rubia que llegó taconeando duro por el pasillo en uniforme del Ministerio del Interior, se apersonó para pedir la expulsión del degenerado que pretendiera violar a su hija.

La mala suerte se ensañaba con Bini. Su dirigente de la FEEM, que debía ser ejemplo y guía de sus compañeros, resultó ser, además de la hachepé mediocre y oportunista que todos conocían, una consumada arpía, y la madre de la Gorda una imbécil que llevada de su amor maternal, era incapaz de darse cuenta de que un muchacho tan bello y desenvuelto como Pepito, no necesitaba andar violando gordas medio bizcas y feísimas como su hija.

El hecho es que la Gorda organizó toda una intriga para botar a Pepito de la escuela. Cuando los profesores lo interrogaban, él sólo atinaba a decir que las cosas no fueron así. Pero era su palabra contra la de la Presidenta de la FEEM. Por su parte, la Directora comenzaba a recibir discretas presiones del Ministerio de Educación, donde los padres de la Gorda formaran un alboroto. La Directora simpatizaba con Pepito y detestaba a la Gorda, pero al mismo tiempo le temía. Y sugirió que los propios estudiantes analizaran el caso en asamblea soberana, y tomaran una decisión que ella aceptaría.

La Gorda, segura de su influencia y eficacia intimidatoria entre el estudiantado, aceptó lo de la asamblea, y consiguió que dos secuaces suyos testificaran sobre otros desmanes de Pepito.

Un alumno pidió la palabra para argumentar tímidamente, que Pepito era un buen estudiante, correcto, disciplinado, cumplidor; y él no podía admitir que hubiese un acto tan repudiable. Otro esgrimió valoraciones subjetivas que en nada contribuían a la causa de Pepito.

Mediada la asamblea, la Directora y otros cuatro profesores que asistieran como observadores, preveían ya que a la hora de votar, la Gorda obtendría la expulsión de Pepito.

De pronto, en medio de una intervención de la directora, Bini se paró para interrumpirla:



—Pero, mírelo, mírelo bien, Directora; primero a Pepito y después a la gorda esta...

Hubo unas primeras carcajadas reprimidas...

—¡Siéntate! —le ordenó un profesor.

Bini sintió miedo y ganas de orinarse, como ante la mano peluda, pero pudo más su rabia y desatendió la orden:

—¡Alabao, profe! ¿Me va a decir que este muchacho tan guapo le cayó encima a la gorda esta? Mírela profe, y usted también, mírela, tan mal hecha, tan desculá...

Los gritos de advertencia, llamados al orden, al respeto, a la moderación del vocabulario, de nada sirvieron para acallar el coro de abiertas carcajadas, ni el vozarrón de Bini, que ya se había envalentonado:

—... y mírenlo a él, mírenlo bien...

—Ella fue la que quiso violarme —se atrevió a gritar Pepito, entre numerosas voces de apoyo.

En medio del griterío y tumulto, la Gorda comprendió que Bini le había dado vuelta la asamblea, y a esas alturas perdería en cualquier votación. Prefirió fingirse ultrajada, echarse a llorar y retirarse de la reunión, que acabó por suspenderse. No hubo votación aquella tarde.

Pero la Gorda hizo grabar la asamblea, y al otro día, sus padres adjuntaron el casete a la denuncia presentada en la Oficina Jurídica del Ministerio de Educación.

La expulsada fue Bini. Se recomendó trasladarla a una escuela especial.

Ella no quería ir ya a ninguna escuela; pero en esos días no tenía adonde ir: había roto definitivamente con su madre, y en casa de la abuela estaba viviendo su padre con una mujer detestable. Se refugió en casa de su prima Chacha, atiborrada en esos días de familiares, venidos de Oriente. Bini tenía que dormir en el suelo, en un rincón, y la comida era escasa. Por no sufrir más la hostilidad de los dueños de casa, se dejó convencer por su padre de que debía seguir estudiando.

Pepe Jaén fue a verla a la nueva escuela, y le dejó caer su frente fraterna sobre un hombro. Ella lo abrazó con fuerza.

—Yo por ti hago lo que sea —le balbuceó él, al oído, a un volumen

conspiratorio—. De ahora en adelante, eres más que mi hermana. Conmigo puedes contar, para siempre —y se besó los dedos en cruz—; por mi mamá que está muerta.

Bini lloró; y sintió que todo en la vida no era mierda; y que la amistad era el más noble de los sentimientos. Y por conservarlo siempre como amigo, desde ese día, se impuso no desear más a Pepito como amante.

Él permaneció en la misma escuela hasta el último grado y al cabo de algunos años, obtuvo en la Universidad el título de economista. Guardó por Bini un indeclinable sentimiento de gratitud. Jamás le falló como amigo. Y aunque fingía tolerarle su putería, sufría por ella, y soñaba en secreto con redimirla algún día.

Cuando Bini ingresó en «Mazorrita» acababa de cumplir 16 años.

Mazorra es el Hospital Psiquiátrico de La Habana.

La Escuela Especial «Carlos J. Finlay», no merecía en realidad ese mote, que las propias muchachas le pusieran.

Como centro para la rehabilitación de adolescentes con trastornos del comportamiento, tanto desde el punto de vista hospitalario como docente, era un modelo en América Latina. Desde luego, solían producirse situaciones de agresividad entre jóvenes muy difíciles, pero Mazorrita no fue nunca un manicomio infantil ni un antro carcelario para convertir a niñas díscolas en delincuentes aberradas, ni en prostitutas o drogadictas, como son casi todos sus símiles en el continente.

Pero Bini, también tuvo mala suerte en Mazorrita. Le cayó mal a Salfumán, jefa epónima de una pandilla interna.

Por fortuna, las salfumanas no se albergaban en el mismo sector que Bini; pero compartían, bajo severa vigilancia, el patio común y los almuerzos en el comedor.

Sus compañeras de dormitorio le advirtieron que debía extremar el cuidado durante las salidas al patio. Nada de distraerse cuando anduvieran cerca las salfu. No distraerse ni alejarse de las celadoras. En el comedor, mientras no se sentara cerca de ellas, no corría peligro.

Bini no hizo caso y a los pocos días tuvo un incidente con Salfumán en persona, que quiso sacarla de un murito donde ella se sentara a mirar un juego de volley. Salfumán pretendía que ese era su puesto y nadie podía ocuparlo. Bini le dio un empujón y se formó una trifulca, pero no pasó a mayores, gracias a las celadoras que intervinieron en el acto.

A los pocos días, Bini no pudo almorzar su potaje de chícharos que sabía un poco a quemado. Tenía hambre. Cogió entonces el panecillo que le sirvieran, y lo mordió con ganas. De inmediato notó algo duro y en eso se dio cuenta de que venía abierto a la mitad.

Y al abrirlo, ajjjj, ¡había mordido una cucaracha!

Adentro vio otras dos, muertas.

Bini contuvo el vómito y las ganas de llorar. El asco le produjo una leve disnea. Se le puso la piel de gallina. Sintió que se le endurecía la médula y que se quedaba tiesa, incapacitada para doblarse. Enseguida le sobrevino un dolor en el plexo que le paralizó la respiración unos instantes. Aquello solía ocurrirle cuando la atacaba el pánico.

De pronto, se oyó un grito y se vio a Bini abalanzarse hacia el carrito de la comida, contra una rubia muy menudita que distribuía los panecillos. Era una salfumana, ayudante de la sargento que servía. Apenas pesaría 50 kilos. Y antes de que ninguna celadora pudiera reaccionar, Bini la agarró con una mano del cuello, y le paso el otro brazo por entre las piernas. Y con la fuerza eléctrica del miedo y la histeria, la elevó hasta la altura de sus hombros y la zambulló de cabeza en el caldero de los chícharos.

A la muchacha le quedó el rostro desfigurado y Bini pasó seis meses en una correccional de menores. Desde entonces, nunca más pisó un aula.

Cuando salió de la correccional, un hermano de Mireya, la rubia quemada, intentó apuñalarla y Bini se salvó de milagro. Su padre, que entonces trabajaba en Oriente, se la llevó consigo y Bini vivió dos años en Baracoa. Allí se casó con un jovencito de su edad. A las dos semanas se entraron a golpes por primera vez y a los tres meses se les acabó el matrimonio.

Bini se deslumbró al poco tiempo con un santero cincuentón y se fue a vivir con él. A su lado se volvió religiosa. Pero el tipo era mandón y borracho

y también terminaron fajados.

Por fin, cuando su padre fue trasladado de regreso a La Habana y se puso a vivir otra vez con su mujer insoportable, Bini comenzó a alojarse por temporadas en casa de su prima Chacha o de su abuela, según el subibaja de la temperatura familiar.

A los 19 años, comenzó a putear con un estilo muy poco profesional y a escondidas del padre, siempre tolerante e ingenuo, que seguía viéndola como una niña, y amándola con remordimientos por haberla abandonado cuando tenía cinco años.

Se lamentaba de que su hija hubiera pagado el alto precio de ocho años de orfandad, para que él se fuera a luchar contra el *apartheid* y la CIA en África; aunque a veces, su mala conciencia le recordaba que el paso al frente como soldado internacionalista fue en gran parte un escape; fue miedo a sí mismo; porque el día menos pensado iba a meterle un tiro entre los ojos a la gusana de la madre de Bini, convertida en ladilla doméstica. No se cansaba de formarle broncas, a veces tan absurdas, que lo condenaban a un tozudo mutismo; o que lo agotaban hasta darle la razón por cansancio; o que lo exasperaban y forzaban a marcharse dando un portazo, para refugiarse en el alcohol y rumiar venganzas.

La persona que más odiara a Bini, más aún que la gorda Carmita y que la rubia Mireya, era Rosa de la Caridad Menéndez y Padrón, alias Rosy Meneo.

Por línea paterna, Rosy era hija y nieta de comunistas de origen asturiano. Debía sus nombres a Rosa Luxemburgo y a la Virgen de la Caridad del Cobre, de quien era devota su madre, una negra de Contramaestre.

Nacida al igual que Bini en 1972, no conoció a su padre, que murió ese mismo año en una operación de guardafronteras, balaceado durante el raíd de una lancha artillada, procedente de Miami. Ni recordaba a su madre, que murió en el 77, víctima de una leucemia.

En realidad, Rosy fue inscrita legalmente, pero sus padres nunca consumaron el matrimonio. Fruto del amor efímero y los tiempos revueltos, se criaría con su familia negra en un solar de Santiago de Cuba. Ya a los once

años, la niña ostentaba un cuerpazo. Y su fervor de precoz bailadora, le ganó el seudónimo de Rosy Meneo.

—Exagerada —pensaban algunas mujeres.

—Ta bien que lo mueva: pa eso es suyo, compay —decían los borrachitos, embobados con su culo en acción.

A los trece años, era de una belleza rotunda, agitanada, voz masculina, tiposa, altiva, y alcanzaba el metro setenta. A los trece años era también la capitana indiscutida de la indisciplina en su escuela secundaria.

Los demás, varones y hembras, le temían. Meneo no vacilaba en intimidar o golpear a quien no cumpliera sus órdenes.

De esa escuela, donde aterrizó al alumnado durante casi dos años, fue expulsada por cortarle la cara a un muchacho que maltratara a una de sus secuaces.

Cumplió los quince años en La Habana, donde un chulito local le enseñó a putear, y le dio un mínimo técnico para el trato con turistas extranjeros. Pero apenas ella se ambientó un poco, pudo pagarse un cuarto, e hizo amistades en bares y hoteles, le formó un escándalo en público; y en secreto lo amenazó con que si le seguía jodiendo la vida lo iba a mandar matar. Ya ganaba lo suficiente para pagar quien lo hiciera.

Pero el chulo era tenaz y ella lo mandó matar.

A Bini también la iba a matar.

Klaus Werner, un alemán muy rico que visitaba Cuba por negocios, tras mostrarse muy enamorado de Meneo, quería llevársela a Stuttgart, comprarle un apartamento y ponerla al frente de una escuela de bailes tropicales. Meneo se forjó grandes ilusiones. Pero en su último viaje, Klaus no la llamó y comenzó a salir con Rita, una corista monumental, amiga de Bini, que por esos días participaba de un show en un cabaret de Guanabacoa.

En cuanto Meneo lo supo, se fue a Guanabacoa a buscarla, acompañada por dos mujeres y un hombre.

Rita se encontraba lista para iniciar su show, vestida de rumbera, en un barcito anexo a los camerinos.

Meneo se presentó como una amiga de la corista Rita y le señalaron una estrecha escalera de caracol, para que fuera a buscarla a los altos.

Ella quiso subir sola. En realidad no necesitaba ayuda de nadie. Los demás, no la acompañaban como escolta, sino como testigos del ejemplar escarmiento.

Sí, que todas las putas de La Habana supieran a qué atenerse si se metían con los clientes de Rosy Meneo.

Cuando accedió al descansillo del bar, vio ocupadas las tres únicas mesas. Se acercó a la más próxima, donde conversaban dos muchachas; una, vestida de rumbera.

—¿Dónde puedo ver a Rita?

—Soy yo —le dijo la rumbera.

Sin pedir permiso, Meneo arrimó una silla de otra mesa, se sentó junto a Rita, abrió su cartera y sacó una navaja.

—¿Tú no sabes quién soy yo, putica de mierda?

Rita y Bini la miraron aterrorizadas.

Con la navaja en la mano, se le arrimó bien cerca y le apoyó la punta sobre el ombligo desnudo, por debajo de la mesa.

—Si no quieres que te meta una puñalá y te raje las aletas de la crica, que no vas a poder templar más nunca, ahora mismo vas a bajar por esa escalera y vas a venir conmigo afuera, a explicarme en qué coño tú andas con Klaus Werner...

Meneo se levantó, tan dueña de la situación, que hasta guardó su navaja en el bolso. Rita también se levantó, hipnotizada por el susto, con ambas manos sobre el abdomen. Temblaba y lloraba.

Cuando Bini la vio obedecer y enfilar escaleras abajo seguida por la otra, se llenó de roña contra aquella abusadora. Desde atrás, la cogió por su cola de caballo, y se la enroscó con una vuelta en la muñeca.

A rodillazos y empujones, se la llevó por delante escaleras abajo. El firme agarre del pelo impedía a Meneo, más alta y fuerte, volverse e intentar movimientos de defensa.

Entre las tres, Rita adelante, que lloraba y chillaba; Meneo en el medio recibiendo golpes y halones de pelo, y Bini que le gritaba insultos, jueputa, maricon, quién pinga te has creído que eres pa venir a maltratar a mi amiga, y formaron tal barahúnda que cesó la música y los parroquianos se pusieron

de pie.

Durante los treinta peldaños, Bini no dejó de darle rodillazos en la espalda y piñazos en la nuca. Y era imposible detener la pelea desde abajo, porque nadie más cabía en la estrecha escalera. Los de arriba, el camarero y algunos artistas, al ver tan bien defendida a su compañera, prefirieron acodarse en la barandilla y disfrutar de la bronca.

Inmovilizada por el doble agarre de la cola de caballo, Meneo no hacía más que jurar, te voy a matar, te voy a sacar los ojos, y Bini burlándose, uy uy uyyyy, qué miedo, y pim pum, rodillazo va, mordisco viene, y cuando aterrizaron en el piso del cabaret, Bini le enterró los dientes en el cráneo, y en los dedos, cuando Meneo intentara arañarla; y dos hombres no consiguieron separarlas. Los del bar llamaron de inmediato a una radiopatrulla.

Meneo cayó boca abajo, medio groggy ya, y Bini a horcajadas sobre su espalda. Sin soltarle la cola, cogida ahora con ambas manos, comenzó a apisonar las baldosas con la nariz de Meneo. Le sacudía la cabeza como a un pelele, y le llenó de sangre la cara, los pómulos, las mejillas.

Los tímidos jalones de los camareros no alcanzaban a despegarlas. Por no embadurnarse de sangre, todo el mundo le sacaba el cuerpo al molote. Al ver a Meneo en tan mal trance, una de sus amigas se abalanzó al cuello de Bini, pero otra rumbera que gritaba desaforada en el ring side, la derribó de una patada en un hombro, y el novio de la pateada más la segunda acompañante arremetieron contra la rumbera, pero por ella sacaron la cara dos clientes que inauguraron la segunda piñacera.

En eso, tras un intento por cogerse de la pata de una mesa, Meneo tumbó una botella, y un vidrio del culo se le enterró en un ojo.

Al llegar la radiopatrulla, dos policías cogieron a Bini por las axilas y la levantaron un poco, pero ella siguió prendida de la cola, y volvieron a caer las dos, y Bini otra vez machacándola contra el piso, y los policías forcejeando, y la otra trifulca andando pero no se disponía de personal que se ocupara de ellos, y Bini ahora mordía a Meneo en un oreja y tironeaba para arrancársela sin importarle los débiles puñetazos que Meneo le lanzaba hacia atrás. Un policía, al ver que Bini estaba a punto ya de arrancarle el lóbulo, pendiente de una tirita, cogió a Bini del pelo, le dio un fuerte halón hacia

atrás, definitivo para que Meneo se quedara sin su lóbulo, y por la fuerza del empujón, los dos policías y las dos mujeres se fueron hacia un lado, y hacia el otro, trastabillando hasta la frontera de la otra bronca, donde Bini les escupió el lóbulo, toma, coge ahí el pedazo de oreja, pa que mañana se lo pegues, y en el vaivén tumbaron otra mesa, hasta que por fin, enredados como una bola de culebras, salieron catapultados hacia el jardín de la entrada, con estruendo de vidrios rotos y destrozo de plantas ornamentales.

Los seguía un molote del público que no quería perderse el desenlace.

Bini no despertó de su saña hasta que uno de los policías dio dos tiros al aire.

Cuando la policía se las llevó, por separado, Rosy Meneo exhibía en la oreja un plastón de sangre y se tapaba el ojo muy dolorido, pero no cesaba de balbucear imprecaciones, pinga, deja que te coja, te va resingar la vida.

Los policías la llevaron al policlínico más cercano donde nada se podía hacer. La herida del ojo era grave.

A poco, se presentaron los aporreados testigos del ejemplar escarmiento que anunciara Meneo, y la encontraron llorando de dolor, derrotada, contusa, sucia, empapada en su sangre, con coágulos en la piel, en el pelo, sin vista ninguna en un ojo, sin un pedazo de oreja, sin honor.

Trasladada de urgencia al Hospital Oftalmológico «Pando Ferrer», fue intervenida de urgencia, pero ya nada se pudo hacer: la bella mulata perdió su ojo derecho.

Durante la convalecencia, Rosy Meneo pasó días amargos, rumiando venganzas. Bini había pisoteado su prestigio, lo único que tenía en la vida. La odió y comenzó a planear su muerte.

Hasta que desaparecieron las marcas de aquella paliza y le insertaron su prótesis de vidrio, no se atrevió a dar la cara en público. Como a los tres meses, de nuevo en la calle, divulgó por toda La Habana su sentencia de muerte contra Bini.

Pero quiso su mala suerte que en esos días capturasen al asesino del que fuera su chulampín. Y el tipo la delató. Confesó haber hecho la faena por 300 dólares.

Total, que Rosy no pudo consumir su venganza, entre otras razones,



porque haber quedado reducida a la total indigencia.

La sentenciaron a ocho años de prisión.

Por su parte, Lázara Sabina López Angelbello, arrestada el día de la bronca y juzgada al poco tiempo, fue condenada a tres años de privación de libertad.

Tras varias semanas de apelación, el 9 de agosto de 1997, ingresó en Bello Amanecer, penitenciaría de mujeres, donde por buena conducta cumplió sólo catorce meses.

Alberto Ríos conoció a Bini en octubre del 98. Se la presentó Rita, la corista de la bronca en Guanabacoa.

Rita, que cursara toda su primaria y secundaria en una escuela de natación, era una excelente clavadista. Su nuevo amante brasileño, que le enseñara a surfear, quedó muy sorprendido de la extrema rapidez con que Rita aprendía. A las pocas semanas lo hacía mejor que él.

El brasileño cuarentón, teorizó sobre el dominio del cuerpo en suspensión que adquieren los clavadistas; y claro, combinado con la pericia rítmica que todo bailarín tiene en sus pies, lo de Rita era lógico...

—¿Y la juventud, qué? ¿No cuenta?

Rita consideraba que los hombres merecían maltrato. Eso los amarraba más. Y así adquiriría ella cierta ilusión de autonomía.

A poco, durante un fin de semana en Varadero, Rita desafió a otro brasileño, ese sí, joven y buen surfista.

Marcaron dos boyas, convinieron cubrir la distancia de ida y vuelta, y los demás tripulantes del yate hicieron apuestas.

Rita ganó por amplio margen. El brasileño la bañó en champaña y le regaló 150 dólares, como comisión por sus propias ganancias en las apuestas.

Y por cálculos de alguien que cronometrara la regata, Rita supo que al desplazarse hacia el oeste, a pesar de la mar un poco picada, su vela desarrollaba una velocidad de 38 km. por hora.

Otro comentó que con viento Sur, a esa misma velocidad, en unas cuatro horas y media, habría podido desembarcar en los EE.UU.

Rita se propuso que cuando hubiera viento del Sur y ella tuviese una tabla y una vela a mano, no pararía hasta Miami.

Al tiempo, se enteró de que el año precedente, dos muchachos de Santa Fe habían atravesado las noventa millas del Canal de las Bahamas, hasta ser recogidos muy cerca de Key West por una lancha guardacostas de los EE.UU.

Y un día le propuso su plan a Bini, que se entusiasmó.

—Yo te voy a colar con mi gente en la Marina Hemingway, para que aprendas a surfear. Y cuando estés lista, esperamos un Sur y ran, pa la Florida.

Desde que Alberto Ríos conoció a Bini, se sintió muy atraído. Pero a ella no le gustó.

—Ay, chica, pero tienes que sobrellevarlo...

Alberto resultaba indispensable en el plan. Aparte de prestarle la tabla de surf y enseñarla a manejar su yate, le daba con gran liberalidad el timón de su propio carro, para que acabase de aprender.

—Lo que más le agradezco son las clases de choferismo; y también, que sólo tiempla una vez por día.

—Pero te lleva cómoda con los fulas, y no es mal parecido...

—A mí no me gusta; pero tú, tranquila; que yo me lo voy a fumar igual.

—¿Y qué es lo que no te gusta de él?

—Es demasiado burlón y hay veces que no lo entiendo. Y tiene cosas raras, como el gallo ese, tatuado...; pero lo peor son las medidas, vieja...

Rita se quedó mirándola, divertida.

—Se gasta un veinte extra largo, king size. Me hace doler...

En el surf, Bini no era tan diestra como Rita y no acababa de dominar la puñetera vela. Era más fácil manejar el yate y el carro... De pronto, se le ocurrió la gran idea. Un día en que Rita y ella estuvieran en el yate, podían ponerse de acuerdo, darle un trastazo a Alberto, amarrarlo bien, y poner proa al Norte.

Trato hecho; a disfrutar de la democracia y de los derechos humanos.

Un periodista extranjero y eventual cliente de Bini, muy preocupado por

su falta de información, se dedicó a explicarle que en Cuba no había democracia ni derechos humanos como en Europa y los EE.UU.; y la prueba era lo que ella podía ver en las películas: refrigeradores llenos de comida, gente bien vestida, buenas casas, mujeres blancas y negras que manejaban carros lindos, y cada una con su tarjeta de crédito para comprar lo que se le diera la gana.

Sin embargo, a los pocos días, Bini conoció a Aldo Bianchi, que empezó a hablarle de matrimonio y de llevársela a vivir a Italia.

Ya su plan de piratearle el yate a Alberto no lucía tan bueno.

—Figúrate, Rita, por robarnos un yate con fuerza y llevarlo a la Yuma, si nos cogen, nos hacemos viejas en el tanque...

Y ya Bini sabía lo que era estar presa.

Además, Aldo venía todos los meses, le dejaba dinero, la trataba con esa formalidad...

Y al tercer viaje de Aldo, Bini eliminó a Alberto. No contestó a sus llamados ni a los reiterados mensajes que le enviara a casa de Chacha.

Aldo tenía muchas cosas buenas. Casi todo lo suyo era bueno. Lo único malo de Aldo era que vivía encaramado encima de ella. Era insaciable.

Y no era que a Bini no le gustara Aldo.

Lo que no le gustaba era la templadera de todos los días con el mismo tipo; y peor todavía si era muy repetidor, como Aldo.

Se aburría. Necesitaba cambiar.

Y si algún día se casaba con Aldo, y se iba a Italia, donde abundaban los hombres bonitos, le iba a ser muy difícil no ponerle un tarro.

Bini se reconocía un defecto: cuando se calentaba con un tipo, no podía vivir tranquila hasta echárselo. Y un día, casada o soltera, en Roma o en La Habana, también le pondría sus tarros a Aldo. ¿Qué haría él, cuando la descubriera?

Problema de Aldo.

# IV

## 9. SIN NUBARRONES

El camarero, nuevo en el hotel, le llevó su café, y le hizo un par de comentarios sobre el tiempo.

Alberto Ríos siguió leyendo, sin abrir la boca.

El camarero vio que leía algo sobre la vida submarina.

—Debe ser interesante ¿verdad?

—Retírese y no me dé conversación —le espetó Alberto, malhumorado.

El muchacho se marchó humillado y rabioso, pero ¿¡qué iba a hacer!? Recordó el trabajo que le costara ubicarse en aquella pincha de propinas en dólares... Y ahora no iba a perder la cabeza por un comemierda.

Tras su primeros exabruptos, ya nadie en el hotel intentaba familiaridades con Alberto. Y además, sus sarcásticas protestas por fallos en el servicio, más un par de quejas en la dirección y, eso sí, buenas propinas cuando la atención era normal, lograron que todo el personal lo tratara con cierto temor, eficiencia y rapidez. Pero no saludó, ni dio las gracias, ni dedicó sonrisas a nadie. En poco tiempo, fue el cliente más detestado pero mejor servido del Hotel Copacabana.

A sus compañeros del frontón, en cambio, les aplicaba el tratamiento del humor cambiante. Un día era encantador, dicharachero, ocurrente. Los cautivaba con su conversación, buen humor, anécdotas, o les pagaba copas. Y al día siguiente, si alguien se acercaba, Alberto se excusaba: necesitaba seguir leyendo. Bastaba con que alguien recibiese una vez este trato, para que ya no se atreviera ni a saludarlo.

El disfrutaba al ver que lo rondaban en silencio, a la caza de una oportunidad para oír sus chistes, proponerle un partido, invitarlo a un trago. Pero temían sus exabruptos y malhumor, del que ya les diera varias muestras.

Y se habituaron a que si él no tomaba la iniciativa, lo mejor era dejarlo solo y no hablarle.

Desde su arribo a Cuba, y durante todo junio del 98, Alberto Ríos dedicó muchas horas a leer e informarse con un técnico uruguayo, sobre cuestiones textiles. Debía evitar que alguien se diera cuenta de que no sabía un pito del negocio. En un par de semanas, memorizó el nombre de las máquinas empleadas en la fábrica, de ciertas técnicas, y el palabrerío fundamental del oficio.

Embelesado con el Ford blanco que la firma pusiera a su servicio, pidió que se lo dejaran permanente. Hasta entonces, nunca se había atrevido a circular en un convertible. Hubiera sido como regalarse en bandeja a sus enemigos.

Ahora, en La Habana, el pasear sin techo le potenciaba el gozo de su libertad recuperada. En los primeros días de julio vino el yate que diera velas a su desenfrenada pasión por el mar, inigualable en el trópico por su luz, su colorido, la benigna temperatura de sus aguas, el coral, y la munificencia y variedad de la vida subacuática.

Al la edad de veinte años, Alberto Ríos era ya un buen yatchman y notable esquiador acuático. Aprendió en Punta del Este, Uruguay. Pero fue en Punta del Este, Cuba, en la Isla de Pinos, donde se apasionara por el mundo submarino.

El Y. Chevalier fue una excelente compra. Era muy marinero, y el Nene, mecánico, arreglalotodo y timonel, resultó un hallazgo. En poco tiempo, Alberto comprobó sus capacidades y honestidad; pero para disciplinarlo a su entero gusto, lo controlaba a diario, con verificaciones capciosas.

—¿Usted piensa que yo no soy honrado?

—No preguntes giladas, pibe —le contestó Alberto irritado—. Claro que no sos honrado... Nadie es honrado; yo tampoco... Andá, alcanzáme las chancletas.

Cada vez le imponía alguna tareíta humillante, mientras él, tendido en una reposadera, bebía en la cubierta sin invitarlo.

Cuando estuvo seguro de que el Nene lo detestaba y comenzaba a temerle, Alberto se sintió satisfecho. Esa era la relación que necesitaba con sus empleados.

Por 100 dólares mensuales, el Nene mantenía el yate en inmejorable estado, le servía de timonel, y no se atrevía a robarle ni un clavo.

Gracias a su buena forma física y larga experiencia de esquiador acuático, Alberto aprendió muy rápido a servirse de las tablas y velas de surf. Para aprender, durante los primeros días mandaba al Nene a surfear alrededor del yate, y él le observaba los movimientos. Pero nunca le oyó un consejo ni le preguntó nada. A pesar de los cincuentipico, le bastó con imitar lo que le viera hacer; y en cuanto aprendió lo fundamental, progresó solo.

Al Nene, no le daría alas. Para mantenerlo laborioso, honrado, y al mismo tiempo sumiso, prefería pagarle bien. Pero nada de simpatía, ni de amistad con los empleados.

En setiembre del 98, el Nene recibió un inesperado aumento. Alberto comenzó a pagarle 150 mensuales; pero le asignó la tarea adicional de buscarle putas que subieran a bordo aguas afuera. Las autoridades cubanas no le permitían embarcarlas en el muelle.

Alberto amaba el mar, pero detestaba la arena. No la soportaba entre los dedos de los pies. Alguien le recomendó el Hotel Copacabana, en la costa de Miramar, donde existe una piscina natural de agua salada, con una pequeña escollera. Desde allí los bañistas zambullen a un mar pisco, abierto, impoluto, y sin pisar una molécula de arena.

De aquel hotel, Alberto Ríos hizo su cuartel general. Allí acudía a bañarse, jugar frontón, leer, tomar sus aperitivos, y a veces se quedaba a almorzar, a dormir la siesta o a leer sobre una reposadera.

Antes de comerse la ensalada que el cocinero aprendiera a prepararle a su gusto, y que constituía su almuerzo habitual, solía saltar con careta y patas de rana a bucear media hora por las inmediaciones.

La vida era bella.

Un acierto, el consejo de su hermano Tomás; y también su denodada

insistencia en que probara a establecer una residencia permanente en Cuba.

En noviembre del 98, cuando Tomás le hizo su primera visita, Alberto lo montó en su yate, sin el Nene. No fuera que alguna indiscreción del diálogo pudiera revelar su parentesco y falsa identidad.

Y se lo llevó mar afuera, para conversar a solas. Ambos se hartaban ya de fingir ante el personal de la firma. En presencia de terceros, se trataban de usted y simulaban estar siempre muy ocupados con la marcha de los negocios.

El paseo en yate fue un poco para alardear ante Tomás de aquellos 30 grados, con la mar en absoluta calma.

—¿No te lo dije yo? Un clima de maravilla —comentó Tomás.

—Y a la misma entrada del invierno.

—Que lo parió, Buche... Es que la vida es un tango —suspiró Tomás—. Quién te iba decir a vos, que te ibas a sentir tan bien aquí...

—¿Y sabés una cosa? —sonrió Alberto—. No es sólo la naturaleza. Te confieso que hasta me gusta el clima social.

—Decíme una cosa, Buche: ¿vos t'estás volviendo pelotudo o es que ya los comunistas te lavaron el cerebro?

—No seas turro, Masito: vos sabés bien que a mí no me rascan lo que tengo en el cerebro ni con cepillo de alambre. Pero la verdá es la verdá: aquí no hay violencia en la calle, no hay droga, ni la miseria de otros países...

—¡Putá madre! Ya te lavaron el cerebro... —bromeó Tomás.

—La pija es que lo que me van a lavar.

Siguieron jaraneando un rato.

Otro motivo por el que el Buche se felicitaba, era su mayor opción con las mujeres.

—Cuando vivía escondido, me conformaba con lo que apareciera. Ahora que soy libre, puedo elegirlos de cerca ¿m'entendés?

—Sí, vos sos como las viejas cuando van al mercado, que les gusta manosear la mercadería.

—Y hasta probarla antes de comprar.

Alberto se puso a hacer el elogio de las putas cubanas.

—Vos no lo creerás, pero son diferentes, muy seguras de sí mismas...



—No rompas las pelotas, Buche, que en todas partes las putas son las putas...

—Vos no m'entendés, Masito... Lo que pasa es que los castristas, con la boludez esa de la emancipación, les llenaron el mate de berretines, y hoy les da lo mismo que vos seas rey de bastos, bichicome o embajador. Te tratan igual... Y en ese sentido, son bien piolas, porque ya no estás al lado de un bulto de carne alquilada...

—No me hagas reír, che: a vos nunca te importó nada si el culo que te estabas cogiendo era alquilado o voluntario...

—Vos no lo creerás, pero con estas tipas yo saco un gozo extra. Algunas son hasta universitarias y se las dan de emancipadas... Y yo las jodo, y les digo que según Marx, la gente piensa según lo que es, y que ellas, por tanto, piensan como putas... Ah, y siempre les pago antes de garchármelas. Hago que agarren los billetes y los cuenten, y que sepan que les pago por el culo y no por el intelecto, y así, cuando las hago aterrizar, me las cojo con más gusto...

—¡Que lo parió! ¡Qué malo que sos! Jaaaa, ja, ja...

—La semana pasada estuve con una que está en tercer año de psicología, y mientras me la cogía no hacía más que hablar de Freud...

—No me hagas reír, Buche, que me va a hacer mal la comida...

—... y tuve que decirle: «Dejá tranquilo a Freud y mové el culo, boluda...»

Tomás se atragantó con una carcajada, tosió y siguió riéndose... Cuando recobró el aliento se sirvió otra copa.

—Por lo visto, esa putas ilustradas te caen a vos solo... Yo estuve anoche con una flaca burrísima. Fijáte si será ignorante, que está maravillada de lo bien que yo hablo español.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Que lo aprendí por correspondencia...

—Tendrías que probar con otras. Hay algunas que te dejan frío con lo que hablan. Hace poco me llevé a la casa a una negrita de mierda, que la levanté en el mar...

—¿Cómo en el mar...? ¿La pescaste?

—Sí, es un truco que inventé; porque aquí están en campaña contra la prostitución; y en los muelles no dejan subir cubanas a los yates. Entonces, mandé al Nene a que me busque putas nadadoras y les dé cita a una milla de la costa...

—Muy original. ¿Y qué pasó con la negra?

—Nada, que cuando empezó a hablar, me di cuenta de lo inteligente que era: y resultó que canta ópera, jazz, boleros, de todo... Fue cinco años a un conservatorio y ahora alterna el arte con el yiro. Dice que así se divierte, gana algún dinero y conoce gente... Diserta sobre historia, filosofía, y te juro que no habla macanas... Y yo, cuando le fui a pagar, le mostré un billete de cien dólares, pero me hice el distraído y lo dejé caer al mar. ¿Y sabés lo que hizo ella?

—¿Se tiró de cabeza?

—Claro: con billetes flotando, zambullen hasta las que no saben nadar.

—Tené cuidado, Buche, cualquier día se te ahoga una negra y vas en cana...

Por la noche cenaron en El Tocatoro, donde según Alberto, hacían maravillas en la cocina del pescado y los mariscos.

De una de las paredes colgaba una estrella de mar, con un decorado en torno.

—¡Qué linda! —comentó Tomás.

—Tan inocentes que parecen las estrellitas, pero son terribles —explicó Alberto—; son las grandes depredadoras de los fondos marinos...

Al decir esto, le dirigió una mirada apasionada. Podía ser obsesivo con el tema subacuático. Más tarde, a propósito de un pargo que les sirvieron, se puso a darle una conferencia sobre ictiología tropical.

Tomás se felicitaba por su acierto de haberle sugerido esconderse en Cuba. Magnífica adaptación; mejor de lo que él supusiera. Y no sin alguna vanidad, lo oyó a los postres referir una excursión que hiciera en el verano a la Isla de Pinos.

Allí conoció a Darío Muñoz, un joven ictiólogo y submarinista cubano

con quien hiciera una excursión en el Y. CHEVALIER por los alrededores de Punta del Este.

—Y creo que ese paseo me ha marcado.

—¿Cómo es eso, Buche?

Cuando le describió su entrada en el paredón coralino, por donde se accede al jardín de arrecifes, el fervor elocuente de Alberto, le hizo ver cine.

—Volví como cinco veces más, y hasta resolví escribir un libro.

—No jodas, che. ¿Y sobre qué?

Muñoz le había exhibido un video donde un pulpo aprisiona a una langosta con sus tentáculos; y tras morderla en un punto entre la cabeza y el tórax, succiona toda la blanca carne del crustáceo hasta dejarle la caparazón vacía.

La escena lo hizo pensar en las leyes eternas que han guiado la evolución del mundo, desde hace millones de años.

—Yo nunca te lo dije, pero hace mucho que quiero escribir un libro sobre la crueldad.

Pretendía estudiar, en un ensayo, los horrores naturales que aseguran la vida y perpetúan las especies en el ciclo biológico. Su libro se titularía La fecunda crueldad.

Quizá, en su esencia, él no fuera más que un científico.

Y a poco del encuentro con Muñoz, Alberto conoció por su intermedio, a otros científicos del mar, entre ellos a Raquelita, una bióloga que se convirtió en su amiga y principal asesora para el proyecto del libro. Con frecuencia navegaban en el Y. CHEVALIER y buceaban juntos en distintos lugares. A veces se les sumaba Muñoz u otros profesionales del mar. Todos ellos aprovechaban su yate para acopiar materiales de estudio.

Por consejo de Raquelita, Alberto adquirió en diciembre, cámaras y equipos profesionales con qué captar escenas de la vida en el mar.

Al año siguiente, en mayo, Tomás vio los materiales filmados por Alberto y sus asesores.

—¡La puta, che, qué prodigioso! ¿Qué pensás hacer con todo esto?

Muñoz proponía recurrir a un buen editor y producir un cortometraje

científico que, a su juicio, podría comercializarse bien. Pero a Alberto no le interesó. Como negocio no valía la pena, y sobre todo, no le convenía divulgar información e imágenes que prefería reservarse para su libro.

La idea de escribir su ensayo sobre la crueldad, cogía cuerpo. Ya para el mes de julio, sobre todo con la ayuda de la providencial Raquelita, había acopiado lecturas, conocimientos, muchos metros de video, fotos notables, que le permitieron escribir dos capítulos: un primero, de gran impacto, donde describía la masticación de los mamíferos carnívoros como un acto asqueroso y cruel; y tanto más, cuando lo ejecuta un ser humano, el más racional y delicado de todos; y un segundo capítulo, donde abordaba la comunión católica y otros ritos religiosos, asociados a fenómenos de canibalismo. Y ya bosquejaba un tercero, donde se ocuparía de crueldades entomológicas; en particular de esas arañas que como acto seguido de la fecundación, persiguen al padre de sus hijos para devorarlo.

Tomás vio que la cosa iba en serio y se abstuvo de ironizar sobre los berretines científicos de su hermano. Recordó sus experimentos con gatos, cuando era un niño.

Allá él, si eso lo hacía feliz. Cada loco con su tema.

—¿Y de noche qué hacés? ¿Sacás a pasear a tus putas nadadoras?

—Nada de eso.

Para evitarse problemas con la sociedad moralista cubana, Alberto procuraba proyectar una imagen de persona ordenada, que en parte era: tomaba sus aperitivos y almorzaba casi siempre en el Copacabana; por la noche cenaba solo, en su casa, lo que su cocinera le dejaba preparado; y cada tanto, invitaba a Raquelita a algún buen restaurante; rara vez a otras mujeres.

—¿Y te la cogés a Raquelita?

—¿Estás loco? Si es un saco de papas...

Probablemente lesbiana, 40 años, Raquelita carecía de todo sex appeal, pero se engalanaba, según Alberto, con sus vastos y decantados conocimientos del mundo biológico.

Por lo demás, Alberto no concurría a cabarets ni discotecas. Y si pasaba a mayores, se recluía en su casa con jineteras y travestis, sin testigos de la servidumbre, que siempre abandonaba su casa por la tarde. Nunca se dejó ver

en borracheras ni desarreglos.

En Cuba, sus cosas iban bien.

Por un lado, la empresita seguía creciendo y prometía convertirse en una mina de oro. Y gracias a la sencilla impostura de Alberto Ríos, vivía sin nubarrones en el horizonte. El recuperar su libertad de movimientos, el poder por fin prescindir de sus matones armados, lo mantenían eufórico.

En la pacífica Habana; sin polución, perfumada por la vegetación del Trópico y las brisas marinas, podía por fin hacer una vida sana y productiva. El libro y sus proyectos, lo entusiasmaban. Era, por primera vez en sus cincuenticinco años, un hombre satisfecho de su vida presente.

Se levantaba diariamente a las 7, y a las 7:45 estacionaba su descapotable junto a una pista abierta, vecinal, en Quinta Avenida y Calle Sesenta, donde trotaba cuatro kilómetros. Los días en que no necesitaba acudir a las oficinas de TEXINAL ni a la fábrica, pasaba directamente de la pista al Hotel Copacabana, distante a pocas cuadras, donde ya el parqueador le tenía reservado un lugar a la sombra.

Dos veces por semana, el Nene venía en el Y. CHEVALIER, y se ponía al paio a doscientos metros del Copa. Alberto lo abordaba a nado y durante un par de horas practicaba surf o pescaba submarino.

Los sábados no corría pistas, porque se daba cita con algunos jóvenes a quienes conociera en el hotel, buenos jugadores de frontón, en la variante gringo-cubana de la pelota vasca, a mano limpia. Aunque en frontones de sólo tres paredes, era en esencia el mismo juego en que Alberto se distinguiera de joven, cuando concurría en su país, al Euskal Erría. Tres décadas después, bajo el sol del trópico, y contra jóvenes brazos acostumbrados al béisbol, el frontón era la actividad física más agotadora que practicaba en Cuba. Tres dobles a treinta tantos, en posición de zaguero, lo dejaban exhausto.

Y ya fuera que viniese del frontón o de correr pistas, llegaba al área de la piscina muy sudado, y se tiraba al mar abierto, a nadar media hora. Al salir se

daba una ducha y se cambiaba en las taquillas anexas a la cafetería. En sandalias, shorts y una holgada T-shirt de tela de toalla, se sentaba a tomar su segundo desayuno: frutas naturales y dos tazas de café amargo.

Junto con el desayuno, el camarero le traía su maletín, que él depositaba en la cafetería al entrar. Allí cargaba sus materiales de lectura, bolígrafos, un notebook electrónico y una pequeña grabadora.

Sentado a la misma mesa donde desayunaba, bajo una sombrilla policroma, leía y tomaba apuntes hasta las 12:30, en que volvía al mar para un breve zambullón. Seguían un par de aperitivos y una siesta de media hora, tumbado boca arriba en la reposadera.

Su rutina se interrumpía, a veces por varios días, para salir en el yate a bucear con Raquelita u otros amigos del mar. No existía para él un programa más seductor. Oía a los jóvenes científicos, acopiaba materiales para su libro y se emborrachaba de inmensidad y enigmas abisales.

El sábado 12 de junio de 1999, Alberto y su pareja habitual del frontón, un jovencito de 17 años, ganaron el reñido tercer doble de desempate para la semifinal de un torneo improvisado por jugadores de fines de semana, que frecuentaban canchas de Miramar.

Agotado por aquellos interminables noventa tantos, Alberto no nadó ese día. Se limitó a un zambullón en el mar. El sol quemaba y el termómetro marcaba 32 centígrados a la sombra.

Satisfecho del partido ganado, invitó a varios participantes en el torneo, a unos tragos junto a la piscina, donde reunieron varias mesas y se formó una animada rueda.

Ese era otro de sus nuevos placeres en Cuba. No sabía por qué, pero desde hacía un tiempo, lo complacía tratar gente joven e intercambiar tonterías deportivas con cualquiera. Quizá fuera un regodeo, una ratificación de su recobrada libertad. Hasta unos meses antes, todo desconocido le inspiraba temor. Sólo trataba a su hermano Tomás, a sus guardaespaldas, a un par de empleados, a la servidumbre, y a unas pocas personas más, muy comprobadas. Practicaba sus deportes en clubes controlados por su gente con

el máximo rigor; o en su propia casona fortificada; o en residencias de toda confianza; y siempre escoltado.

Aquel día, tras haberse tomado tres mojitos, el cansancio de la jornada en las canchas le dio sueño. Llamó al camarero y pagó la cuenta. Alguien quiso invitar otra ronda.

—No —respondió Alberto—: Váyanse todos, que quiero dormir...

Corrió el respaldo de su tumbona, reclinó la cabeza, cerró los ojos y se puso una toalla sobre la cara. A los dos minutos, se quedó dormido e hizo una siesta más prolongada que de costumbre.

Al despertar, los demás se habían ido. Eran las 14:40.

Siempre lo alegraba comprobar que en Cuba podía dormir como un angelito, a la luz pública, y en completa indemnidad.

Tan angelical y profundo fue su sueño, que no advirtió cuando un desconocido se acercó a su mesa e introdujo en su vaso vacío cinco dedos. Luego los abrió estirados para alzarlo, ponerlo con el culo hacia arriba y llevárselo cubierto por un sombrero de paja.

## 10. FIESTA SABATINA Y ENIGMA PARA UN DOMINGO

¿Sería lesbiana Raquelita?

En todo caso, era una mujer rara.

Tenía varios hermanos y un familión, pero sólo trataba a su madre, en cuya casa vivía. Todos sus amigos de vínculo habitual, eran ex condiscípulos de biología marina, colegas de su trabajo o pescadores.

En esa categoría, y con la franquicia de propietario de un yate, Alberto Ríos ingresó a su amistad.

Pero de parte de Raquelita, no era sólo interés por el yate y sus posibilidades. Daba la impresión de profesarle cierta estima. Hacía muy poco, le había regalado la talla de una picúa de madera de majagua, recubierta con una laca negra. Medía un metro veinte de largo y abría su boca dentada en un gesto de lujuriosa crueldad.

Alberto quedó encantado y le buscó un lugar preferente en la sala.

Desde que era un niño, nadie le regalaba nada el día de su cumpleaños. Según Raquelita, era obsequio de un escultor amigo. Regalo fino, y sin duda muy caro; pero a su mamá le daba susto aquella expresión tan maligna, y no le hacía gracia tener que verla a toda hora en la sala; y la atiborrada alcoba de Raquelita, ya no ofrecía lugar para compartirla con semejante bicharraco.

A no ser por comercio carnal, y a veces descarnadamente comercial, Alberto no cultivaba amistades femeninas. Más que lesbiana, Raquelita parecía asexual; ideal para frecuentarla como consultora y chuparle, como el pulpo a la langosta, todo lo que él necesitaba sobre el mundo submarino.

Raquelita compartía con Alberto una capacidad que él consideraba rara en



otras personas: sabía integrar conocimientos de campos disímiles. No se conformaba con yuxtaponerlos, como hacía la mayoría.

Alberto puso de inmediato su yate a disposición de ella; y desde el primer día, se extremó en sus artes de seducción. Se transformó en el caballero encantador que solía impostar cuando lo estimaba necesario; discreto, respetuoso, y por si acaso, soltero empedernido, no fuera que a ella le diese por emocionarse con él.

Pero no ocurrió.

Sí, quizá fuera lesbiana. Mejor así. Una mujer con macho que atender, no le habría hecho tantos aportes a su obra.

Raquelita era hija de un boludo, torturado y muerto cuando la dictadura de Batista. Y en materia política y filosófica, ella también era una soberana boluda. Pero por suerte, no le daba por romper las pelotas con política. A Alberto, sólo le sacaba temas científicos, y de preferencia, sobre biología marina.

Desde que iniciara su libro, la veía todas las semanas para consultarle una lista de dudas, anotadas durante sus lecturas. Raquelita tomaba a veces las preguntas, prima facie banales de Alberto, como un reto a su capacidad. Y cuando se entusiasmaba, era una fiesta oírla.

En ocasiones, Alberto la ponía en aprietos. Un día quiso saber cuál es en esencia el proceso biológico que posibilita convertir un hábito, adquirido a lo largo de milenios por necesidades de supervivencia, en capacidad hereditaria, incorporada al código genético de una especie.

—No sé —le dijo ella, con franqueza.

Y le dio una larga disertación: si existiera una respuesta, ella daría la clave para entender, a nivel de bioquímica, la misteriosa evolución de las especies. Una pregunta inteligente que, según ella, indagaba sobre desconocidos procesos ocurridos en el recontranúcleo de vaya a saber qué carajo... Cromosomas, etcétera...

De biología, Alberto entendía poco. Su verdadero interés era el comportamiento social de los animales. Pero como no quería incurrir en disparates anticientíficos, todo lo consultaba antes de aventurarse a elaborar criterios personales.

Sí: Raquelita era una pelotuda, pero no inflaba globos y sabía mucho. Los conocimientos e información que le extraía para su libro, valían más que toda la deferencia, el tiempo y fingido afecto que Alberto le dedicaba.

Entre junio y julio del 99, Alberto bosquejó el cuarto capítulo de su libro, esta vez centrado en las aves y su singular «jerarquía del picotazo», como llamaba él al patrón básico de la organización social dentro de un bando de aves, donde cada individuo está facultado para perforar a picotazos a cualquier otro que le sea inferior en jerarquía, sin temer revanchas; y a su vez, se deja picotear disciplinadamente por sus superiores.

Servicial y muy activa, Raquelita le proporcionó contacto con ornitólogos de la Facultad de Biología y de la Academia de Ciencias.

Alberto pensaba, a partir de observar la crueldad en el mundo animal, sacar conclusiones sociológicas vigentes para grupos humanos. ¿Acaso el derecho al picotazo, entre las aves migratorias, no era un paradigma de la disciplina militar? No obstante, para extrapolar datos científicos, necesitaría asesorarse con alguien bien formado en ciencias naturales, pero ducho en filosofía e historia. Y otra vez, la providencial Raquelita le tendió una mano. Le prometió presentarle al doctor Pazos, personaje difícil, profesor en cuyas aulas se oía volar las moscas, cuarentón algo huraño, buen biólogo pero con intereses humanísticos, y muy al día en filosofía de la ciencia. Y para propiciar el contacto, decidió invitar a ambos a una fiesta en su casa el 7 de agosto, día de su cumpleaños.

Alberto llegó esa tarde a las 18:30 cuando ya se hallaban reunidos todos los invitados. Le presentaron a Pazos y a otras diez personas. De los presentes, sólo conocía a Muñoz, el submarinista de Isla de Pinos y a su mujer.

Raquelita se presentó más fea y hombruna que de costumbre, con unos jeans y una camisa a cuadros.

«El valiente de Oklahoma», pensó Alberto.

Y se puso a mirar a todas las mujeres presentes para adivinar cual podría ser la amante del señor Raquelita.

Los demás invitados de aquella tarde eran casi todos jóvenes menores de treinta años. Alberto calculó que treinta, eran los años que llevaba sin asistir a

una reunión con desconocidos, por añadidura jóvenes. Pero en los últimos tiempos, ya encontraba cierta complacencia en la vida de relación. En Cuba parecía habersele acentuado su tolerancia al jueguito de portarse deferente y simular un sincero interés por cualquier tontería aburrida. Aunque aquí, ya no se trataba de un jueguito, sino de un imperativo. El sobrevivir en sociedad o excluirse en una torre de marfil, no era ya una opción suya. En Cuba debía adaptarse por fuerza; entre otras cosas, para validar su impostura. Así se lo propuso desde que aterrizara. Y a medida que fue asimilando aquella gimnasia de adaptación, comenzó a encontrarla no sólo tolerable, sino a veces, hasta entretenida.

Por otra parte, desde que ya no necesitaba hacer carrera, moderarse le resultaba más fácil; aunque lamentaba renunciar a su delectación en ganar distancia y generar temor en los demás.

Sorprendentes eran sobre todo sus progresos en el ejercicio de la tolerancia. Todavía a los cincuenta años, se abstenía de fiestas y reuniones, porque no controlaba sus sarcasmos ni el impulso de entrar en encarnizada competencia con el primer cretino de éxito que se topara. Tanta agresividad lo perjudicaba. De no haber sido así, habría escalado los más altos niveles en...

Pero, esa era historia pasada y pisada.

Otra cosa que aprendiera con la mayor edad, era a medirse en los placeres del sexo y la buena mesa. Ahora era un tigre viejo, y en parte, satisfecho, que guardaba energías. Su hedonismo incluía todavía una discreta violencia, muy bien pagada, para comprar resignaciones.

La vida se le convertía poco a poco en una autopista sin baches, donde todo rodaba a su gusto.

—Este es Alberto Ríos, mi amigo argentino —lo presentó Raquelita.

—Demasiado elegante para ser un lobo de mar —bromeó un invitado.

—Si ella les dijo eso, se equivoca —rectificó Alberto—. Lo que yo soy, es un lobo de bar, y vengo con sed. Servíme un trago, Raquelita.

Alberto cayó bien en la fiesta.

Pazos bajó la guardia desde el comienzo, y al calor de unos rones, entablaron un diálogo vivaz.

Alberto se mostró jovial, decidido, ocurrente, y sacó a plaza un buenmuchachismo rioplatense que en Cuba, y en general en el resto de América Latina, o cae muy pesado o muy simpático. Pero Alberto sabía, de vieja data, que él siempre caía bien, cuando se lo proponía.

Los invitados de Raquelita eran todos tragables, sencillotes, al estilo de Darío Muñoz: científicos casi todos, intelectuales jóvenes, pero ninguno con esa actitud intelectualista ante la práctica de la vida, que tanto le rompía las pelotas, sobre todo entre escritores y artistas.

Alberto bebió, bailó, hizo cuentos... Y mantuvo una discreta actitud de alumno oyente, cuando al final, Raquelita provocó una discusión sobre peces fitófagos sembrados en una presa.

La gente bebió mucho y los saladitos resultaron escasos. La anfitriona, que disponía de unas cuantas colas de langosta, pidió a Alberto que las preparara con su receta gringa, como había hecho unos días antes en su yate.

—Las empaniza y quedan deliciosas —informó Raquelita.

—Sí, pero me hace falta una jeringa —dijo Alberto.

Receta aprendida en Panamá: hervía unos minutos los trozos de langosta, los inyectaba en varios puntos con un batido de ajo, aceite y limón; los empanizaba con harina y huevo, y añadía una pulgarada de pimienta. Una vez fritos, los dejaba entibiarse un poco, y antes de servirlos, les metía otro jeringazo, esta vez de vino blanco.

Ante el entusiasmo general, se puso un delantal, sacó del bolsillo unos dólares y las llaves de su carro, y pidió que alguien fuera a buscar más ron, whisky y vino blanco, y botó a las mujeres de la cocina.

La langosta mereció aplausos. Pazos se rechupeteó los dedos y quiso anotar la receta.

—No faltaba más, doctor —dijo Alberto, obsequioso—. Cuando usted quiera le hago una demostración.

Terminada la fiesta, Alberto distribuyó en su auto a varios invitados que vivían lejos.

Al entrar en su casa, pasadas las once, se encontró con una citación. Se le convocaba para una unidad de la Policía Nacional Revolucionaria, al día

siguiente, 8 de agosto, a las 11 a.m.; y se le daba un teléfono para confirmar su asistencia o proponer otro horario, si no le convenía ese. Su mensaje podía dejarlo a cualquier hora del día o de la noche, para ser transmitido a Asdrúbal.

No imaginó de qué podía tratarse; pero debía ser algo urgente para que lo citaran un domingo.

¿Alguna omisión en el pago de multas de tránsito?

No. Para eso no lo citarían un domingo.

¿Se habría muerto alguna puta? ¿Algún maricón de los que solían visitarlo en su casa?

Estimó inútil ponerse a conjeturar. De todos modos, el enigma se resolvería al día siguiente. No podía tratarse de nada grave; porque en Cuba, donde él cometiera un solo delito, nunca le pedirían cuentas en una comisaría; ni siquiera en el Departamento de Investigaciones; sino en la Dirección de Inmigración o en Seguridad del Estado.

Pero al otro día, justo a las 11 a.m., tenía programado su final de frontón en el Copacabana.

Llamó enseguida y dejó el mensaje para el tal Asdrúbal. Dijo que a las 11 a.m. debía atender a un ineludible compromiso deportivo en el Hotel Copacabana. Pero se libraría hacia el mediodía, e invitaba a Asdrúbal a verlo a esa hora en la cafetería del hotel, junto a la piscina; o a las 14:00, donde el policía dispusiera.

## 11. PATRAÑA O ERROR

En la noche del viernes 6, a poco de la entrevista con Bastidas, Pepe Jaén telefoneó a un pariente de Pinar del Río, para que le averiguara en Soroa o Viñales, por el paradero de un turista argentino llamado Aldo Bianchi.

Igual que Chacha, Pepe ignoraba que Bianchi viajaba con un pasaporte italiano. Y nadie podía saber que Aldo y Bini habían desechado Soroa y Viñales, donde escaseaban las reservaciones en esos días. Siguiendo un consejo, optaron por el Parque de la Güira, un lugar de cabañas solitarias, desde donde podían hacer caminatas, montar a caballo o acceder, apenas a cinco kilómetros, a las termas sulfurosas en San Diego de los Baños.

Y sólo la noche del sábado, cuando a Bini se le ocurrió llamar a su prima Chacha, se enteraron de que Pepe Jaén la andaba buscando con afán.

—¿Pero qué fue lo que te dijo?

—Eso, más na, que un policía andaba preguntando por ti.

Chacha no supo darle ninguna otra información.

Y Pepe no tenía teléfono en la casa.

Aldo propuso no esperar para regresar el domingo por la tarde, como planeaban. Y el domingo a mediodía, Bini se enteraba por el propio Pepe lo de Fefita.

—Me llamó al hotel...

—¿Fefita, la camarera?

—Sí, un policía fue a preguntarle por los zapatos en su casa...

Bini se dio cuenta de que si Fefita andaba en esa vuelta, la policía se les había adelantado.

—No debemos esperar a que te encuentren —dijo Aldo, al enterarse—. Deberías presentarte ahora mismo en la comisaría más cercana y hacer una

confesión voluntaria...

Bini comprendió. No era lo mismo que le sacasen la información sobre lo sucedido con el ciclista cuando estuviera detenida por sospechas, que presentarse motu proprio a atestiguar la verdad.

Era imprescindible ganarles de mano.

Cuando Bastidas recurría a las citaciones dominicales, lo hacía para insinuar algo muy urgente y así asustar un poco al encartado, sin hacerlo de palabra. Intimidación, sin duda; y con buenos resultados. Cuando la gente tenía cola de paja, solía decir tonterías.

Se dispuso a tomarse unas cervezas en el hotel y observar al tal Alberto Ríos; máxime que ese domingo estaba condenado a aburrirse, porque en su casa no habría pachanga. Unos albañiles le invadirían la casa a media mañana para fraguar cuatro columnas de una glorieta y construir un lavadero que su mujer necesitaba.

Bastidas daba por sentado que Alberto era el victimario de Baltasar París; o por lo menos, viajaba en el vehículo robado a Carranza, como lo atestiguaban in situ las huellas de los Florsheim.

Pensó también que si el hombre era culpable de un homicidio, al verse citado un domingo, esa misma mañana trataría de ver a Bini. Si era persona prudente, no la llamaría por teléfono. Y cuando Bastidas le preguntara por ella, si negaba conocerla o declaraba no haberla visto desde hacía mucho, ya lo tendría agarrado de los cojones. Así ahorraría tiempo y saliva.

Y Pedrito, maldormido y de mal humor, se apostó esa mañana a las 06:30 junto a un parquecillo, a unos doscientos metros de la casa de Alberto Ríos. Montaba una moto, ideal para seguimientos.

Alberto salió en su carro a las 07:35. Al enfilarse en dirección al mar, Pedrito conjeturó que no iba a casa de Bini. Desde Atabey, para ir hacia la Víbora, debió coger la Autopista.

Pero Alberto siguió por Quinta Avenida hasta la Iglesia de San Antonio.

—El objetivo se estacionó en Sesenta entre Quinta y Tercera, frente a la Iglesia. Cambio.

—Sigue vigilándolo hasta ver si entra y se pone a rezar, o que coño hace. Cambio.

—Entendido, fin, fin, fin.

Si entraba en la iglesia, Pedrito lo seguiría. A lo mejor, ella lo esperaba adentro.

Pero Alberto no entró a la iglesia. Cruzó la calle e ingresó a un terreno deportivo. Allí, tras un breve calentamiento gimnástico, se puso a correr pistas de 200 metros. Pedrito le contó veinte.

El aparente fracaso de aquel seguimiento, puso a Bastidas de mal humor.

A las 08:10, Alberto se dirigió al Hotel Copacabana, donde se echó al mar, nadó cinco minutos, y al salir tomó una ducha. En shorts, sandalias y una elegante camisa de felpa, se sentó a desayunar en la cafetería. Allí se puso a leer y a tomar notas sentado en la misma mesa.

—Está bien; vete a descansar un rato y recógeme en casa a las 10:30. Te voy a invitar unas cervezas.

Bastidas y Pedrito se presentan en el Copacabana a las 11:05, con mucha anticipación. La cita con Alberto es al mediodía, pero antes de interrogarlo, Bastidas quiere un poco de sol y unas cervezas.

Ya adentro, localizan al teniente Ramos, que atiende la seguridad del hotel, y coordinan la tarea. Pero no se dejarán ver juntos hasta la hora de interrogarlo.

Alberto y su pareja han vuelto a ganar y están contentos. Con sendas latas de cerveza en la mano animan, ahora como espectadores, a la otra pareja del Copacabana que disputa la segunda semifinal de aquella jornada.

Terminado el torneo, ganadores y perdedores se reúnen en una mesa festiva, alrededor de la piscina.

Bastidas y Pedrito, ambos de civil, se sientan cerca y piden cerveza.

Alberto Ríos, con un excelente humor autocrítico, echa un cuento de argentinos, caricaturizados siempre por los cubanos y otros latinos, como ampulosos y megalómanos.

—Entra un porteño al Ritz de París, y al llenar la planilla, pone su nombre, Juan Pérez, y donde dice nacionalidad, pone argentino, y donde dice



sexo, pone con mayúsculas: ENORME...

Alberto tiene gracia para contar sus cuentos y la rueda se los festeja con vivaces carcajadas.

«Qué tipo tan simpático», piensa Bastidas.

Y cómo disfruta. Conversa animadísimo. Es el centro de la reunión. Se para, gesticula, se entusiasma con lo que dice y suelta risotadas contagiosas. Por lo visto, su inminente cita con la policía, no lo desasosiega.

Bastidas lo ve desde atrás, un poco al sesgo. Puede observarlo con naturalidad y sin dejarse ver.

Si la alegría de aquel hombre es auténtica, no fue él quien arrolló al ciclista. O es un irresponsable...

Consciente de haber matado a un ciclista, sólo un tonto o un irresponsable, puede regalar tanta euforia a la espera de una visita dominical de la policía.

No, un irresponsable, no es. Los irresponsables no suelen ser socios de prósperas firmas comerciales. Y prósperos hombres de negocios no arrollan ciclistas con carros robados.

Durante los cincuenta minutos que Bastidas lleva observándolo, en ningún momento lo ve volver la cabeza. No le interesan las mesas vecinas.

Cualquiera, sabedor de que la policía vendría a encontrarlo en ese mismo lugar, echaría en derredor alguno que otro vistazo furtivo, aunque fuera por curiosidad.

Aquel tipo jaranero, vital, y a todas luces despreocupado, no es el que Bastidas esperaba encontrarse. Su experiencia de años, le indica que debía encontrarse a un sujeto mal dormido, empeñado en controlar sus nervios, taciturno, incapaz de las risotadas de Alberto, y en reiterada vigilancia de su entorno.

Además, las conjeturas de Bastidas sobre una complicidad con Bini, ya han comenzado a flaquear desde temprano, al comprobar que Alberto no intentaba localizarla.

Quizá la historia de los zapatos Florsheim no fuera como él supuso. Tal vez Alberto no pretendiera deshacerse de ellos, sino que, en efecto, un mal sueño indujera a Bini a botarlos.

La mesa de Alberto continúa animada hasta las 11:35, en que algunos comienzan a retirarse. Pero Alberto no ha mirado la hora ni una sola vez, como si hubiera olvidado la cita con Bastidas.

De pronto, dos de los invitados comienzan a discutir por el pago. Pero Alberto no permite que nadie pague nada. Todo el gasto es suyo. Y da órdenes estrictas a un camarero. Cuidadito con cobrarle a ningún otro.

A las 12:10 paga la cuenta, se despide de unos pocos que quedan en la mesa y comienza a alejarse hacia la salida, acompañado por su pareja de frontón y por otro de los competidores.

En ese momento lo aborda el teniente Ramos. Bastidas y Pedrito aguardan unos pasos más atrás.

—Señor Ríos, por favor.

—¿Sí? —Alberto enfrenta al teniente con el ceño fruncido.

—Con permiso ¿puedo hablarle un momentico en privado?

Los acompañantes de Alberto saben que Ramos es el «seguroso» del hotel, y se alejan con discreción.

El teniente se presenta y le recuerda su cita del mediodía.

Alberto se golpea la frente y mira la hora.

—¡Verdad que estaba eso pendiente! Disculpenme, se me pasó por completo.

Bastidas observa la escena a tres metros.

El gesto con que Alberto se da vuelta al oír su nombre, la cara de sorpresa, contrariedad, disculpa, es tan auténtica... ¿Será posible que no haya dado importancia a la cita? ¿Que la olvidara? ¡Muy extraño, en un culpable de homicidio!

¿Será de verdad culpable?

¿O será un gran cabrón y un excelente actor?

Ya en su despachito del hotel, estrecho, un poco incómodo, el teniente se identifica. Bastidas también le presenta sus credenciales.

—Bien, ustedes dirán...

Un tropel de inseguridades relacionadas con su verdadera identidad, con el fraude de papeles y pasaporte, emergen de una memoria revuelta. Pero ya

la noche anterior, Alberto se ha dicho y repetido que cualquier temor al respecto, carece de fundamento.

Su impostura es perfecta.

Nadie podría detectarla.

No hay motivos para perder la calma.

Bastidas abre un maletín, extrae una bolsa opaca de nylon y la pone sobre la mesa.

Saca también una foto de Bini, que le extiende a Alberto.

—¿La conoce?

Alberto sonríe. Se ve sorprendido.

«¡Uff! Tranquilizáte que no es con vos. ¿En qué lío se habrá metido la gurisa loca?»

—Sí, claro, Bini —y con gesto de preocupación—. ¿Le ha pasado algo?

Bastidas se da cuenta de que la preocupación es fingida. Pero la genuina sonrisa y evidente curiosidad de Alberto lo desconciertan. No son propias de quien ve de sopetón la foto de su cómplice en un homicidio.

Y vuelven sus dudas sobre los zapatos que Bini regaló a la mucama.

Quizá no sean del tipo que tiene enfrente...

Bastidas da unos pasos y se sitúa de espaldas al único ventanal del despacho. Necesita luz para verle mejor las reacciones; si es posible, hasta las pupilas, antes de soltarle la noticia que debe desarmarlo.

—Sabina López Angelbello está implicada en el arrollamiento de un ciclista.

—Fuiiiiiiii...

Alberto ha abocinado lenta e involuntariamente los labios. Deja escapar un silbo.

Se ve sorprendido. No hay dudas.

Lo dice su boca, el arqueado de las cejas, los ojos muy abiertos.

Y para Bastidas, otra vez la misma disyuntiva: ¿actor genial o víctima de un error?

Alberto frunce ahora el ceño, pero no dice nada. Se pasa una mano sobre la cabeza y se echa hacia atrás en su silla. Se queda mirando a los policías, a la espera de más información.

Bastidas saca los zapatos Florsheim de la bolsa. Se levanta, da tres pasos con los zapatos en una mano, se agacha, coloca los zapatos sobre el piso, junto a los pies de Alberto y se queda mirándolo.

Alberto le devuelve una mirada serena, con otra interrogación en el semblante.

—¿Los reconoce? —pregunta el capitán.

—¿Si reconozco qué?

—Esos zapatos como suyos.

—No, no los reconozco en absoluto. Jamás los he visto. Y por favor, sea más explícito. ¿Sospecha algo de mí?

—Sospechamos que usted, el dieciocho de julio pasado, andaba en el mismo carro que Bini cuando arrollaron al ciclista.

En ese momento, Bastidas capta la primera señal de alarma en la cara de Alberto. Pero ¿quién no se asustaría cuando le dicen eso?

Sin embargo, Alberto cambia rápido la expresión de alarma por una sonrisa burlona.

—Claro —y golpetea con el índice sobre la esfera de su reloj, en ademán teatral—; y usted quiere saber hoy, ocho de agosto, qué hice el dieciocho de julio...

—Eso sería perfecto —Bastidas le devuelve la burla con un gesto obsequioso de la mano, a modo del cortesano que se quita el sombrero ante un jerarca.

Alberto, sorprendido por la versatilidad del policía, lo mira, se coge la barbita pensativo, vuelve a mirar su reloj.

—¿Qué día era el dieciocho de julio?

—Domingo —interviene el teniente, y señala un almanaque que cuelga de la pared.

El dieciocho caía tres domingos atrás.

Alberto se alegra al recordar que ese domingo había salido a navegar con Raquelita y Darío... Sonríe.

—Pues ese domingo, mi estimado amigo, estuve navegando en compañía de tres personas que pueden atestiguarlo...

—¿A qué horas? —pregunta Bastidas, y toma notas en su agenda.

Alberto espera unos segundos. Busca una respuesta certera.

—Creo que salimos alrededor de las once y regresamos casi al atardecer... En la capitanía de la Marina Hemingway debe estar la constancia.

—¿Y no recuerda qué hizo el domingo dieciocho, a eso de las seis de la mañana?

Mierda.

A esa hora dormía...

Y no tenía testigos.

Recuerda que Jazmín y el otro puto llegaron a su casa sobre las once, en la noche del sábado; y se marcharon a eso de la una, o quizá a las dos de la mañana; y él se acostó enseguida...

Alberto mira unos segundos al piso. Por fin se encoge de hombros.

—Estaba en mi casa durmiendo.

Responde con serenidad, muy concentrado.

«¿Sería Bini, ella sola, la que atropelló a Baltasar París? Pero... ¿y los Florsheim, entonces?»

—¿Estaba durmiendo... solo? —inquire Bastidas.

—Sí, en la cama siempre duermo solo; y en la casa, por la noche, no se queda nadie de la servidumbre.

—¿A qué horas se van?

—A las ocho de la noche; pero los domingos les doy el día franco.

Bastidas se queda mirándolo fijo. Alberto le sostiene la mirada, con un fruncimiento de cejas. Se ve ahora impaciente, malhumorado. Bastidas se reafirma en su impresión inicial de que aquel hombre no miente. Pero las pruebas en su contra son muy fuertes...

—¿Y está seguro de que nunca usó estos zapatos?

—Si me repite la pregunta, es porque supone que miento o que soy un imbécil. ¿Qué debo entender?

—Yo le aseguro que no lo creo un imbécil.

—Le agradezco la deferencia —dice y suelta una risa franca, como para hacer las paces; por fin, se agacha, coge un zapato, apoya un pie sobre la rodilla opuesta y se mide las suelas—. Creo que me quedarían perfectos, pero

detesto los zapatos con adornos y colorinches.

—Pues hay quien asegura haberlos recibido como regalo de Bini, cuando se hospedaba con usted en el Hotel Tritón.

—Una patraña: con mujeres sólo me encierro en mi casa.

—O en su yate...

—En todo caso, en mi propio terreno —admite Alberto, sin comentarios.

—No obstante, en los registros computarizados del Hotel Tritón consta que Alberto Ríos, argentino —y leyó un papelito que sacó del bolsillo de la camisa—, documento de identidad para extranjeros número 43082324421 estuvo hospedado en la habitación 322, del 24 al 26 de julio del presente año.

—Patraña total —protesta Alberto y se pone de pie para mirar de frente a Bastidas.

—Serénese —le aconseja el teniente, que también se levanta.

Alberto escruta a Bastidas con los ojos entrecerrados, como adivinándole segundas intenciones. Sacude la cabeza. Aprieta los labios en un gesto de incredulidad y desvía la mirada hacia la pared. Permanece unos segundos indeciso.

Los demás aguardan callados.

Pedrito cambia la cinta de la grabadora y el teniente enciende un cigarro.

Alberto baja la cabeza y levanta ambas manos, en demanda de tregua.

—Bien, rectifico: quizá no sea una patraña, sino un error. Permítanme pensar en voz alta qué pudo suceder. En primer lugar, sí, conozco a Bini y he estado unas cuantas veces con ella en mi casa y en mi yate.

—¿Y en su carro? —lo interrumpe Bastidas, con toda intención de ponerle una zancadilla.

—Muchas veces —admite Alberto, sin ninguna vacilación ni muestras de preocuparse por la pregunta—. Y no sólo eso: también le he permitido manejar, porque ella pretendía aprender...

—¿Le entregó su carro? —se alarma el capitán.

—Por supuesto que no —replica Alberto—. Cuando manejó fue siempre conmigo al lado y en zonas solitarias.

Bastidas da unos pasos cabizbajo y dice:

—¿Debo entender que sus relaciones con ella eran sólo... sexuales?

Alberto enfoca de nuevo hacia la pared, con una sonrisa burlona, irrespetuosa:

—¿Y qué otra relación voy a establecer con una puta?

—Sí, pero cuando uno le enseña a manejar a una mujer...

—Sí, comprendo, puede haber otros intereses... Pero este no es el caso de Bini. Yo ando con ella porque me gusta cómo coge, pero además, está loca como una cabra y me hace reír con las cosas que dice y hace. Por eso, nada más que para divertirme, a veces la invito a dar una vuelta, o a tomar una copa; pero cuando estoy con ella en el auto, siempre se le antoja manejar; y yo a veces la dejo que maneje un poco. Pero hasta ahí nomás. Nunca se me habría ocurrido encerrarme con ella en un hotel. Ese no es mi estilo. Se lo aseguro...

—Y yo le aseguro que su nombre aparece registrado en el Hotel Tritón; y el número de su carné, y la fotocopia de su retrato... Todo está verificado.

Al decir esto, Bastidas vio que se le iluminaba el semblante a Alberto.

—¿El carné cubano? Sí, un momento, espere: el mes pasado, yo perdí mi carné de residente, y al otro día me dieron uno nuevo. Ustedes podrán comprobar que solicité una reposición.

—¿Supone que alguien se inscribió con su nombre?

—Por supuesto, pero además, se me ocurre otra posibilidad: si ustedes se toman el trabajo de ir a la Embajada Argentina y consultan una guía telefónica de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, van a encontrar una docena de abonados que se llaman Alberto Ríos. Y bien podría calcularse que en el interior del país existen otros tantos. De modo que se me ocurren dos respuestas posibles: o alguien usó mi carné perdido para inscribirse en ese hotel, o algún compatriota con mi mismo nombre, ha generado esta confusión.

—¿Y en cuanto a los zapatos...?

—Le repito que es una falsedad: primera vez que los veo.

Alberto habla con aplomo. Ahora, más seguro de sí, añade a sus explicaciones una serena sonrisa.

Y Bastidas reflexiona: si Fefita, la camarera, no lo hubiera visto en el Tritón, y no hubiese descrito al acompañante de Bini como «un señor alto, de

barbita y melena blancas»; si Pepe Jaén no lo hubiese confirmado, tras haberlo inscrito en la recepción del hotel; y si los Florsheim no fueran de su medida, habría que admitir la posibilidad de su inocencia.

Lo del carné podía ser casualidad o manipulación; pero dos testigos que no tenían ninguna relación con Alberto Ríos, lo recordaban en persona. ¿Por qué habrían de mentir? Esa era la prueba más incriminatoria en su contra. No obstante, Bastidas la guardaría bajo la manga. Por ahora, Alberto ignoraría los testimonios de Fefita y Pepe Jaén. Bastidas no jugaría sus triunfos hasta no interrogar a la tal Bini.

Esa tarde Bastidas necesitaba una siesta, pero en su casa, con los albañiles dando golpes en el techo, no podría. A su lado, Pedrito bostezaba a mansalva. El madrugón y las cervezas hacían ya su efecto. Bastidas se apiadó del muchacho y lo liberó por el resto del día.

En cuanto Pedrito se apeó, Bastidas hizo un nuevo intento de comunicarse con la Marina Hemingway.

Nada. No respondían.

Transcurrida media hora, se presentaba en el despacho del encargado de la seguridad, que en ese momento atendía un asunto en los muelles.

Por fin, cuando lo hubo encontrado, Bastidas le refrescó la situación. El hombre, un teniente, ya la conocía.

Pero ahora sí, se debía extremar el estado de alerta. Era posible que durante la madrugada siguiente, el argentino propietario del Y. CHEVALIER intentara salir a navegar.

—¿Debemos impedirlo?

—No; pero en el puesto de Guardafronteras tienen que estar preparados. Ahora, más que nunca, puede intentar la fuga. Comunícate con ellos para que no lo pierdan de vista.

Ya en su casa, Bastidas se preguntó si no estaría exagerando. Los guardacostas no iban a dormir esa noche. Y si el Coronel se enteraba de toda su alharaca por un caso de homicidio involuntario, podía encabronarse. Sólo



homicidios culposos o delitos contra la seguridad del Estado, justificaban tanta vigilancia y movilización. Pero Bastidas sentía particular inquina por los que arrollan a alguien y se dan a la fuga.

Sólo con las pruebas habidas, Bastidas disponía de sobrado fundamento impugnatorio para pasar a Alberto Ríos al cuidado de la Fiscalía. Pero su intuición y experiencia le decían que aquel tipo, a pesar de las pruebas abrumadoras, podía ser inocente. Y acordó demorar la instrucción un par de días más.

De otro lado, sería impropio entregárselo al fiscal sin haber interrogado a Bini, que también resultaba sospechosa.

## 12. LA PURITICA Y VERDADERA VERDÁ

Alberto Ríos no abordó el Y. CHEVALIER, como temiera el capitán Bastidas, en la madrugada del lunes; sino un poco más tarde. A las 10 de la mañana se presentó en el muelle acompañado de una mujer, con la que ya se lo viera otras veces a bordo.

Bastidas recibió la noticia del oficial de seguridad que relevara al teniente destacado en la Marina. Supo también que una de las lanchas artilladas, patrullaba a esa hora la zona aledaña. Todo bajo control.

Y a las 10:15, recibió de la Coordinadora una noticia que no se esperaba: el domingo precedente a las 11:30, mientras él se disponía a interrogar a Alberto Ríos junto a la piscina del Copa, la ciudadana Sabina López Angelbello, alias Bini, hija de Lázaro López Carranza, se había presentado en una estación de policía, a confesar que el 18 de julio, ella iba en el carro que arrolló a un ciclista en la Autopista del Mediodía.

«¡Coño, la hija de Carranza! ¿Será la que interrogué en el Calvario?»

Bastidas recordó a la hija del mecánico; una mulatona buenota que dijo haberse dormido viendo la película con la abuela. Por eso no pudo aportar casi nada.

En aquel momento, a Bastidas no le pasó por la cabeza que fuera ella la del robo.

Pues esa misma mulata, o alguna otra hija de Carranza, fue la que denunció en Miramar al victimario del ciclista París, un tal Alberto Ríos, ciudadano argentino, que le estaba enseñando a manejar.

Según confesara la tal Bini, Alberto iba al timón del carro que ella misma sustrajo en casa de la abuela, mientras su padre dormía.

Bastidas sacó la cuenta de que el domingo a las 11:30, mientras Bini lo

llenaba de mierda con lo que depusiera en Miramar, Alberto Ríos aún no sabía para qué lo citaba la policía.

A lo mejor, aconsejada por algún abogado, Sabina López se adelantó a confesar, para aminorar su complicidad en el delito. Y, por lo visto, la jugadita le salió requetebién; porque según el parte de la Coordinadora, ella seguía en libertad. Debió causar muy buena impresión en la Fiscalía. Sólo así se entendía que no la detuvieran en el acto, con carácter preventivo. Esa era la rutina. Cuando se producía un homicidio, aun involuntario, todo sospechoso de complicidad quedaba automáticamente arrestado hasta el juicio.

Resuelto a interrogarla de inmediato, Bastidas salió en su busca.

Acompañado de Pedrito, se presentó primero en la Víbora, domicilio de la prima Chacha, con el planito que le hiciera Pepe Jaén. Pero allí le dijeron que no la veían desde la semana pasada.

Tampoco la ubicaron en el Calvario, adonde solía quedarse.

La abuela confirmó que Bini era la misma que ellos vieran e interrogaran en su casa, el día que fueron a ver a su hijo Lázaro.

—Sí, déjame ver... Ella pasó por aquí el jueves, para encargar una chiva y unas palomas...

Las vendía un vecino que criaba animales de sacrificio.

—... y me dejó un dinero para pagarlos cuando los trajeran; y me pidió que le guardara los animales en el patio. Y ayer domingo, bien temprano, vino un señor a recogerlos en una camioneta, porque en Regla, el padrino de Bini daba un bembé.

Les informó también que Bini se quedaba, a veces, varios días en casa de su padrino; pero la abuela no sabía bien en qué calle vivía.

—Estuve una vez na má, cuando Bini se hizo el santo.

Recordaba, eso sí, que fue en una casona de madera con un patio grandote, cerca del cementerio.

—¿Y el nombre del padrino?

—No me acuerdo bien, pero creo que Pedro Pablo, o Juan Pablo, o algo así, porque Bini sólo le dice «mi padrino».

Juan Pedro vivía cerca del cementerio, en una casa de madera de dos

pisos, con ocho cuartos, y un patio lleno de mangos, mameyes, plátanos.

Bastidas y Pedrito, para presentarse en Regla, en casa de un babalao, vestían de civil.

El hombre era conocido en la zona y fue fácil dar con él.

Llamaron a la puerta, de una sola hoja. La otra parecía arrancada de cuajo, a juzgar por los huecos de las jambas, reminiscencia de bisagras.

—El Mitch —comentó Pedrito.

—Sí, en las casas de madera, el ciclón hizo estragos.

—¿Cómo hará esta gente por la noche? Seguro amarran un perro...

—No les hace falta, chico: están bajo protección de los santos.

En la sala, dos niños miraban televisión y no hacían caso al llamado.

Bastidas volvió a golpear con los nudillos sobre el batiente y un niño, molesto por el ruido, gritó a todo pulmón:

—¡Abueeeelaaa!

Pasó un minuto y nadie salió a atender.

Pedrito dio un paso hacia adentro, para interpelar a los niños, cuando se abrió una puerta cancel y de la oscuridad emergió una mulata anciana, que cojeaba un poco y se apoyaba en un bastón.

—Quisiéramos hablar con Bini —dijo Bastidas.

—¿Quién la busca?

—Capitán Ignacio Bastidas —y le mostró su credencial que la vieja no miró.

La vieja no demostró preocupación. Los examinó un poco y les hizo una seña para que entraran.

—Tomen asiento, voy a ver si está. En esta casa hay siempre tanta gente que una no sabe...

—Pero... ¿usted no la ha visto?

—Ayer sí, estuvo en un santo que hicimos, pero no sé si se quedó a dormir o se fue. Espere un momento que voy a preguntarle a Juan Pedro.

Al rato entró un negro de unos sesenta años, algo calvo, con cara de pocos amigos.

—Bini se torció un pie bailando y lo tiene muy hinchado —les advirtió—. Dice que pasen al cuarto.

Lo siguieron por un pasillo, hasta un cuarto a los fondos de la casa.

Al atravesar un fragmento del patio trasero, los policías vieron un hombre tirado sobre un sofá, y a una mujer gorda en una hamaca. Ambos parecían dormidos.

Aquel día de agosto se presentaba inusitadamente fresco. Bastidas comprobó que se nublaba. No tardaría en llover. Una brisa in crescendo hacía sonar el follaje del patio.

—Parece que está entrando un Norte —comentó Pedrito, mientras el babalao los precedía en silencio.

En una mesa vecina, bajo una glorieta de madera protegida por el tronco centenario de una manga, varios hombres jugaban dominó y tomaban ron a pico de botella. Desde una grabadora cercana, atronaba la música de un danzón.

Al verlos penetrar al cuarto, Bini se acodó en la cama.

—Ah, pero si son los mismos —dijo, casi con desagrado.

—Sí, ya nos vimos en casa de su abuela —dijo Bastidas.

Así, muy desgredada, y con los hombros desnudos, su belleza juvenil adquiría un atractivo selvático. Acababa de despertarse. Se cubría con una colcha amarilla de flecos, que sujetaba entre sus axilas, por encima de los senos desguarnecidos.

—¿Te molesta que nos veamos de nuevo...?

—Me da un poco de vergüenza, porque ese día...

—Nos echaste unas cuantas mentiras —sonrió indulgente Bastidas.

Ella no dijo nada. Arqueó las cejas con los ojos cerrados, apretó los labios y meneó un poco la cabeza. El gesto no alcanzaba a expresar arrepentimiento. Quizá cierta decepción.

Al estirar la mano hacia la mesa de luz, para coger un broche de amarrarse el pelo, se le corrió un poco la colcha hasta muy cerca del pezón, pero ella la reacomodó con esmero y sin prisa.

Se veía pensativa. No parecía preocuparle la presencia de los policías. Para amarrarse la colita sin exhibir los senos, sujetó la colcha con los dientes. Actuaba con naturalidad. No intentaba lucirse en plan de estriptisera.

Pedrito abrió un bolso de mano y encendió la grabadora.

El padrino, sentado en un sillón desvencijado, observaba vigilante, desde a la puerta.

—No te pongas bravo, padrino, pero déjanos solos. Yo ya te expliqué...

El viejo se levantó y se mantuvo unos segundos más, indeciso junto a la puerta.

—Tú, tranquilo —insistió Bini—. Voy a hacer como tú dices...

Los dos guardias intercambiaron furtivas miradas.

El viejo asintió a regañadientes y se fue.

—¿Alberto te avisó que queríamos interrogarte?

Ella negó.

—No, el que me avisó fue el muerto —dijo, y soltó un suspiro.

Bastidas se puso en guardia. Se reacomodó en su silla.

Pedrito la miró boquiabierto.

—Desde hace como un mes, no me deja dormir. Cada dos o tres noches se me aparece en sueños, montado en la bicicleta, llorando, arañándose la cara, y me reclama lo que le hicimos, y ayer no resistí más y lo conté todo.

—¿Y esta vez nos vas a decir...?

—La puritica y verdadera verdad, combatiente...

—Capitán —rectificó Bastidas.

Combatiente era el término que usaban los presos para dirigirse a sus custodios.

En cinco minutos, con llanto y varias interrupciones, Bini confirmó lo que atestiguara la camarera.

Sí. Poco después de haber arrollado al ciclista, Alberto Ríos se hospedó en el hotel Tritón y ella pasó tres días con él allí.

—El que quiso deshacerse de los zapatos fue Tito...

—¿Tito? —repitió Bastidas.

—Sí, Alberto... Yo siempre le digo Tito.

Bastidas asintió y garabateó algo en su libreta.

—Yo saqué los zapatos en una jaba para botarlos; pero después, me dio pena... Se veían tan lindos... Y lucían casi nuevos. Por eso, cuando vi a la mucama del piso, la llamé y se los regalé. Ella era muy atenta conmigo... Cuando nos cruzábamos en el pasillo siempre me sonreía; y por eso le regalé

los zapatos. Pero la verdad es que le he desgraciado la vida al pobre Tito...

Nuevo ataque de llanto.

—Todo por culpa mía..., por querer aprender a manejar...

Tras otro paréntesis lacrimógeno, en que Pedrito le pasó su pañuelo para que no siguiera enjugándose con la colcha, Bastidas continuó interrogándola:

—¿Y cómo hiciste para llevarte el carro sin que nadie se diera cuenta?

—Ay, facilito, capitán: mi abuela es sorda, y Papi es de sueño muy pesao. Cuando empieza a roncar no es fácil despertarlo: hay que darle duro, pellizcarlo... ¿M'entiende cómo es? Y a eso de las tres de la mañana, salí a botar la basura, y como no vi a ningún vecino levantado, fui al cuarto, saqué las llaves que él deja siempre sobre la mesita de noche, cogí el mando de la alarma, y ya.

Tras empujar un poco el carro hacia atrás, para sacarlo del carporche con el motor apagado, se fue a practicar bien lejos. Ella tenía unos dólares, compró bastante gasolina y anduvo como dos horas sola. Y en San Agustín, cuando ya se disponía a regresar, empezó a llover y se metió en un barrizal donde hizo una mala maniobra y se deslizó por un talud, y ya no sabía cómo hacer para sacar el coche de la cuneta. Muy preocupada porque se le hacía tarde, se fue a pie hasta el restaurante la Giraldilla, y un sereno le permitió usar el teléfono. Fue entonces que llamó a Tito, para que fuera a ayudarla.

—Cuando él llegó, buscó unas ramas, unas pencas de guano y unas piedras y enseguida sacó el carro...

—¿Y en qué fue hasta allá?

—En un carro de la calle.

—¿Por qué no fue en el suyo?

—Porque no sabía ir...

—¿Y no pidió un taxi por teléfono?

—Yo qué sé, pregúntenle a él...

—¿Y no te acuerdas como era el carro?

—Coño, chico ¿quién se iba a fijar en eso? ¡Ay, perdón, combatiente!

—Esta bien, sigue contando.

—Bueno, sí; y total, como llovía mucho, no quiso que yo manejara; y cuando ya íbamos por la autopista, un ciclista nos vino p'arriba, sin luces ni

na... Imagínese capitán, Tito hizo lo que pudo por no arrollarlo, pero le dio tremendo toletazo, y el hombre, con bicicleta y todo, salió volando como un muñeco. Tito y yo nos apeamos enseguida para ayudarlo, pero el pobre... — y con el pulgar hizo un ilustrativo gesto de degüello.

Al terminar la entrevista, Bastidas le preguntó dónde era más fácil localizarla, por si tenía necesidad de volver a verla.

—Lo más seguro es la casa de mi prima Chacha, por la mañana, aunque en estos días estoy parando en el apartamento de una amiga, en el Vedado.

—¿Cómo se llama la amiga?

—Juanita, pero no sé el apellido.

—¿Y cual es la relación que tienes con ella?

Y con todo desparpajo, Bini le respondió:

—Allí me veo con un amigo italiano.

—¿Y cómo se llama el italiano?

—En realidad es argentino, pero tiene nacionalidad italiana. Y se llama Aldo Bianchi.

(El propio Aldo le había aconsejado dar todas la señas que le pidieran sobre él, y sobre el apartamento de la calle 21. Consideraba inevitable que la policía indagara sobre sus relaciones más recientes, y lo mejor era no ocultar nada).

—¿Y desde cuándo está Aldo en Cuba?

—Ay, ni me lo recuerde, capitán, que por culpa de Aldo embarqué al pobre Tito.

—¿Y cómo fue eso?

—Mire, capitán: lo que pasó fue que mi novio, Aldo, vino a Cuba justo el día antes; y yo lo fui a esperar al aeropuerto, pero él me dijo que esa noche no iba a salir conmigo porque tenía una cena de negocios; y que estaba cansado por el vuelo desde Italia; y que se iba a acostar temprano en el hotel, porque si se quedaba conmigo en casa de Juanita, yo no lo iba a dejar dormir y eso... Figúrese; tenía razón. Y como yo ese día andaba fajada con Chacha, le pedí a él que antes de llegar al hotel, me dejara en El Calvario, allá, donde ustedes



estuvieron, en casa de mi abuela; y ahí me quedé dormida temprano, y me desperté a eso de las tres, con hambre y toda aburrida, y fue entonces que se me ocurrió lo de pasear un rato en el carro. Y por eso digo, que si Aldo hubiera salido conmigo esa noche, yo no le habría buscado ese problema al pobre Tito.

—Ni al ciclista y su familia...

—Ay, sí, pobrecito... —e hizo una mueca de consternación.

—Bien; ¿y dónde esta Aldo ahora?

—Todavía no se ha ido. Está hospedado en el Hotel Nacional, pero casi siempre nos quedamos en el apartamento de Juanita.

En casa del babalao se demoraron una media hora.

La confesión de Bini coincidía con varias suposiciones de los técnicos. Las lágrimas que le corrieron varias veces por las mejillas, tenían el volumen y celeridad de las que provoca el dolor verdadero. Parecía haber dicho la verdad.

Sin embargo, lo del muerto que la visitaba en bicicleta, a Bastidas le olió a paquete. Su precisión en algunos detalles mínimos, también le inspiraba desconfianza.

No sabía que pensar.

—El argentino está jodido —sentenció Pedrito, al timón del carro—. Con esa declaración, la tipa esta acabó de hundirlo.

—Es verdad —admitió Bastidas—. Pero antes de pasarlo al fiscal, quiero volver a interrogarlo. Y a ella; y también al tal Aldo Bianchi ese.

Ese mismo lunes, por la tarde, Bastidas se presentó en el puesto de Guardafronteras y el jefe de la unidad le dio el parte verbal.

Alberto y la mujer que lo acompañara, una rubia gordita, fuertona ella, se habían puesto a bucear a unas tres millas de la costa. A bordo del yate permaneció sólo el timonel. Al cabo de unas dos horas, emergieron ambos y con ayuda del muchacho, izaron tres jaulas, cada una con varios compartimentos de diferentes tamaños donde recogieran muestras de la fauna

marina. Al rato, se pusieron a trastear los pescados, a ponerlos en pomos de vidrio y bolsas de plástico.

—Tomaron refrescos, conversaron.

Ella estuvo un rato mostrándole algo dentro de un pomo. Nada que pareciera actividad propia de un tipo con planes para huir de la isla.

—A ella la vimos untarse con una crema y se tendió en cubierta a coger sol, y él se tiró con una tabla y se puso a surfear.

—¿Y a qué hora regresaron al muelle?

—Como a las cuatro.

La Capitanía informó que además del descapotable blanco de Alberto, los esperaba una camioneta de la firma TEXINAL, en la que el chofer y su ayudante cargaron todos los pomos.

La mujer y Alberto partieron en el convertible, seguidos por la camioneta.

El delegado de la seguridad en la Marina, informó que la mujer se llamaba Raquel Hurtado, era una investigadora del Instituto de Biología Marina de la Universidad, autorizada por el Ministerio del Interior para pescar en cualquier punto de las aguas cubanas y trasladar las piezas capturadas adonde ella estimara conveniente. El capitán Bastidas meneó la cabeza: sólo una persona de sangre muy fría, podría haber actuado como lo hiciera aquel día Alberto Ríos, a sólo 30 horas de haber sido interrogado como posible cómplice de un homicidio.

En Inmigración, Bastidas verificó las informaciones de Bini sobre Aldo: sí: desembarcado en Rancho Boyeros el sábado 17 de julio, figuraba inscrito en el Hotel Nacional; pero cuando Bastidas fue a buscarlo, nadie respondía en su habitación, ni al llamado de los altavoces.

Lo llamó entonces al teléfono de la calle 21.

—¿Ola? —era la voz de Bini.

—¿Tan rápido regresaste de Regla?

Ella no se mostró asustada ni molesta de que Bastidas pidiese hablar en privado con Aldo.

—Tenga la bondad de esperarme en el vestíbulo, junto al teléfono. Voy

enseguida —le anunció Aldo, en tono afable.

Y a los quince minutos confirmaba lo que Bini le dijera.

Bastidas indagó sobre las personas con quienes cenara la noche del sábado 17.

Él le dio el nombre de un viceministro de la Construcción y de un importante funcionario del Ministerio del Turismo. Y añadió que cerca de la medianoche, muy agotado por el viaje y la prolongada cena, había regresado al hotel a acostarse.

Al día siguiente, el viceministro confirmó la versión. Y en efecto, durante la cena, Bianchi se veía agotado, tras el largo viaje.

## 13. MEDIDAS CAUTELARES

El martes 10 de agosto, a las 10 de la mañana, Bastidas obtuvo la orden de captura.

Consultada la seguridad del Hotel Copacabana, se supo que el objetivo se encontraba ocupado con sus libros en una mesa del área de la piscina.

Bastidas y Pedrito llegaron a las 11:00.

Cuando Alberto se enteró de que iban por él, y vio al oficial más viejo señalarle un sobre amarillento, su primera reacción fue de incredulidad: aquello no podía ser una orden de arresto... Bueno, sí, quizá necesitaran interrogarlo de nuevo, y por eso el papel; pero no podía ser cierto que quisieran detenerlo... ¿A él?

De pie junto a su mesa, al borde de la piscina, el oficial le informó que Sabina López Angelbello había confesado todo.

—¿Todo qué?

—El arrollamiento del ciclista, con el vehículo que usted conducía.

—¿¡Yooooo!?

—Sí, usted; y hay dos empleados del Tritón que atestiguan haberlo visto con ella en el hotel. Lo siento, pero debe acompañarnos.

La sorpresa e incredulidad se convirtieron en miedo. Mucho miedo. Miedo a lo peor.

—Usted está autorizado a leer lo manifestado por Sabina López, o a oír la grabación si desea...

«¡Putra madre! Me encontraron...», pensó.

Aquel infundio, sólo podían haberlo armado sus enemigos de siempre. Los mismos de los dos atentados en Montevideo. Era algo inesperado y

terrible.

Bajó la cabeza y se cubrió la cara con ambas manos.

Bastidas y Pedrito se miraron. ¿Iría a llorar, ahora? Parecía a punto de un desmayo.

—¿Se siente mal?

—Permítanme un segundo —atinó a decir, con una mano en alto.

La noticia fue un mazazo en la mollera. Lo mareó. Respiró hondo para controlar la taquicardia y disnea. Hizo esfuerzos por serenarse.

—Déme dos minutos, por favor —dijo, sin dejar de cubrirse la cara.

—¿Le traigo un poco de agua? —ofreció Pedrito.

Alberto no respondió. Negó con la cabeza y volvió a inspirar con suavidad.

¿De modo que Bini, la hija de puta, colaboraba con ellos...?

¿Cómo la habrían reclutado? ¿Cuándo?

Y si era así ¿por qué no lo mataban de una vez?

¿Qué esperaban? ¿Qué pretendían con esa patraña del atropello al ciclista?

De pronto, su temor y su indignación se desenredaron. Separados, ya no lo abrumbaban. Por fin pudo inspirar hondo. Y tomó rápida conciencia de su situación: no debía permitir que la alarma le indujera conjeturas sin fundamento. Y a pesar de la taquicardia, que no cedía, levantó la cabeza y pidió ver la orden de detención.

Bajo la sombrilla multicolor, leyó brevemente y devolvió el papel. Se quitó los espejuelos, cerró los ojos y se apretó el tabique. Se veía ya más recuperado.

—Está bien ¿qué se le va a hacer? —dijo por fin, con una discreta mueca de contrariedad—. Déme unos minutos para vestirme.

No hizo una sola pregunta.

Recogió sus cosas y entró a una taquilla de donde salió enseguida, precedido de una ráfaga de colonia.

Vestía una T-shirt azul de tela calada, unos pantalones color perla y mocasines negros. Llevaba consigo el enorme maletín de cuero repujado, también negro, donde guardara sus libros y materiales de escritura.

Al salir, hubo un momento de vacilación.

—¿No podría seguirlos en mi auto?

—Lo siento, pero no es posible —dijo Bastidas, y le señaló el patrullero.

Alberto se ubicó atrás con Pedrito; y Bastidas junto al chofer uniformado.

Se dirigieron a la unidad en silencio.

Alberto decidió no abrir la boca hasta oír lo que Bini depusiera. La oiría con atención. En alguna parte debía incurrir en contrasentidos que él pudiera refutar.

Al entrar al vetusto edificio, ya se había recuperado bastante. Deprimente aquel pasillo atestado de caras torvas, ojeras, mujeres sufridas.

—Sígame —le dijo el policía más joven, y lo hizo pasar a un salón donde le exigieron sus efectos personales: maletín, llaves, reloj, bolígrafo, espejuelos, documentos, dinero.

Un cabo muy joven, pálido y miope, que merendaba en ese momento, le recibió los objetos. Selló el maletín con una cinta y amontonó el resto sobre el buró. Colocó una hoja en una Underwood antediluviana y se puso a teclear con un solo dedo. Acercaba mucho la cabeza para mirar el teclado. Con el mismo esfuerzo de ojos fruncidos, alternaba sus aproximaciones al pan con tortilla, para asegurar el mordisco.

Cuando terminó la lista de los objetos incautados, se la dio a leer. Alberto firmó un recibo y salió acompañado del policía que lo condujo a un despacho. Allí lo esperaba el capitán Ignacio Bastidas, según podía leerse en el cartelito de acrílico que tenía sobre el escritorio.

Según Bastidas, Alberto tenía derecho a oír la declaración de la testificante. Y la oyó completa, en adusto silencio. A medida que Bini exponía lo sucedido, él empalidecía de ira.

Lo que en realidad se proponía el policía, era observar las reacciones de Alberto, a medida que oyera los detalles. Y otra vez, lo que vio el veterano policía, convencido de su intuición, no fue la expresión facial de un culpable; no eran los evasivos movimientos oculares del que se ve descubierto, sino un estallido de indignación. Era el desconcierto de un inocente.

Y Bastidas pensó entonces en el negro Azúa.

«Es una locura», se dijo.

De todos modos, hablaría con el Negro.

Listo.

Darí­a por terminada la instrucción del caso y pondría al argentino a disposición de la Fiscalía. Ya no podía retenerlo por más tiempo.

Alberto seguía oyendo transfigurado: «... imagínese capitán, Tito hizo lo que pudo por no arrollarlo, pero le dio tremendo toletazo, y el hombre, con bicicleta y todo, salió volando como un muñeco. Tito y yo nos apeamos enseguida para ayudarlo, pero el pobre...»

—Me basta; no quiero oír más esa porquería —dijo Alberto y volvió a cubrirse la cara con ambas manos.

A una señal de Bastidas, Pedrito apagó la grabadora.

—¿Tiene algo que añadir?

Alberto miró al techo y respiró hondo.

—Ni añadir, ni quitar: ante semejante infamia lo único que quiero es comunicarme con gente de mi firma para que me contraten un abogado.

La confesión de Bini no le permitió detectar ningún bache. ¿Sería posible que ella sola urdiera todo aquello? Tanto cinismo y desparpajo lo confundían.

Cuando lo sacaron al patio, donde dos negros discutían en voz baja, reapareció su desaliento y le acometió otro acceso de miedo.

De aquella grabación surgía ante él, inopinado, un monstruo fabulador.

¿Quién era Bini, entonces?

Ninguna felacia, por cierto, como él la etiquetara. ¿Quién putas era esta Mata Hari cubana, urdidora del infundio de los zapatos, ladrona de su carné, actriz en las bambalinas del hotel, que con tanto verismo y detalle narrara el accidente del auto empantanado y la colisión de Tito con el ciclista?

Pero..., lo del auto, sí, era cierto. Se lo robó a su padre... Era asunto probado por la policía.

¡Qué incertidumbre! ¡Qué confusión! ¡Qué hija de mil putas! ¡Quién se iba a imaginar que Bini pudiera tenderle aquella cama! ¡Qué manso! ¡Qué

pelotudo! Se había dejado mover el piso por una putita de mierda.

Un policía se llevó a los dos negros y Alberto quedó solo en aquel banco del patio. Hizo un nuevo ejercicio de relajamiento y pudo reflexionar con más distancia y objetividad.

No no no: Bini no era ni podría ser una Mata Hari. Ni Sarah Bernhardt. Bini era Bini. La que él conocía. Absurdo atribuirle la capacidad de armar en pocos días semejante rompecabezas; ni de estar al servicio de sus enemigos de siempre.

Bien vistas las cosas, aquel no era el estilo de sus enemigos. De haber sido ellos, ya lo habrían matado. Les hubiera sido fácil boletearlo en La Habana, donde él circulaba sin escolta. Pero además, sus verdaderos enemigos ¿que ganarían con armarle una trampa para hacerlo caer preso, y por una bobada como aquella?

No. Ellos nunca se conformarían con una pena tan leve. Querrían verlo muerto; pero antes torturarlo, decapitarlo, cortarlo en pedacitos. Al ver que él se les regalaba así en La Habana, ni siquiera le habrían disparado. Lo habrían secuestrado, y un día aparecería su cadáver mutilado, o hinchado en el mar, o en un campito con la boca llena de hormigas. Y chau.

En eso vio al ayudante del capitán en el extremo del patio. El muchacho le hizo una seña para que lo siguiera y lo condujo al despacho de Bastidas. Allí lo esperaba el abogado de TEXINAL, que acababa de leer el testimonio de Bini.

—¿Un café? —le ofreció Bastidas, al verlo entrar.

—No, gracias —dijo Alberto, aunque lo deseaba.

Dentro de lo que cabía, aquel cana era amable. Durante la entrevista, a pedido suyo, le informó que por arrollar a un ciudadano y darse a la fuga, una persona como él, sin antecedentes penales, extranjero, recibiría una condena máxima de dos años; quizá menos.

Tras ponerlo a oír la grabación, se prestó para localizarle por teléfono al abogado; y ahora, les cedía un despachito donde pudieran conversar en privado.



Tras haberse empapado de los detalles de la acusación, el abogado no creyó en su inocencia. Ni siquiera intentó darle ánimos. Con solemnidad, le dijo que las evidencias y declaraciones en su contra, no permitían ser optimista. Alberto debía disponerse a lo peor. Si no surgía una forma de probar que a la hora del arrollamiento, él se hallaba en otro lugar; o que no se había hospedado en el Hotel Tritón aquellos días, sería muy difícil defenderlo.

Pero prometió ocuparse de que la firma TEXINAL le contratara cuanto antes un defensor en el exterior.

Esa misma tarde, Alberto fue puesto a disposición del fiscal.

A las cinco, lo montaron en un camión celular rumbo al Combinado del Este. Ingresaría como recluso provisional sospechoso de homicidio, en espera del correspondiente juicio.

Al día siguiente, por orden de la Fiscalía, se procedería también al arresto cautelar de Sabina López Angelbello.

**V**

## 14. AQUELLA NOCHE, EN LA CALLE O

Y no sólo recordás el mágico encuentro en la Calle O: te ves todavía en el avión. La euforia del arribo se ha desatado entre los cubanos. Vos te sumás y les hacés coro cuando cantan la Guantanamera, guajiraguánnnn tanamera. Hay unos tipos simpáticos, pintores y escultores santiagueros que vienen de montar una exposición en Roma, y en torno a ellos y su botella, se ha formado un grupito festivo. Cuando se les acaba el ron, vos comprás otra botella, y aparece un payador, repentista le llaman los cubanos, y se pone a improvisar versos para todos, y algunos están un poco pasaditos de trago; pero a vos no te ha hecho efecto.

Estás más bien triste, y en ese estado nunca te emborrachás. Por las ventanillas no ves nada; sólo oscuridad, lucecitas dispersas, como en el campo. El avión empieza a corcovear cuando pierde altura.

Estás cansado.

Y deprimido. Este viaje lo habías proyectado con Pía.

Te duele haberte separado. Fue piola contigo, pero la cosa no funcionó, y como siempre, la culpa es tuya. Tenés el concienzómetro por el piso.

Ojalá puedas distraerte un poco en La Habana. De verdad que te merecés un descanso. Lástima que sólo disponés de cuatro días. El domingo 9 por la noche, tomás el avión de regreso.

A lo mejor conseguís solearte un poco en alguna playa. Dicen que en Cuba el sol de mayo es fortísimo.

Ufff... Nadie sabe cuánto necesitás este descanso tras el quilombo que fueron los últimos días en la empresa. Dieciocho, veinte horas diarias de laburo... Lamentás haberte comprometido con Gonzalo y Aurelia. Querrías tirarte a dormir apenas te instales en el hotel.

Mirá, mirá: ya se prendieron los avisos de aterrizaje...

Te despedís del grupo, bueno, en Cuba nos vemos, Aldo Bianchi, mucho gusto, y todos te dan sus nombres y te ofrecen sus casas, y volvés a tu asiento en primera, y te ajustás el cinto y tratás de ver algo, pero es noche cerrada...

El avión sigue perdiendo altura.

Anuncian que van a aterrizar en unos minutos.

Vos insistís en mirar por las ventanillas pero no ves nada, la oscuridad es total.

Putá madre, no te gusta aterrizar sin ver... Y cuando ya están a cien o doscientos metros del piso, es que empezás a distinguir los edificios del aeropuerto, y unas luces mortecinas, y del otro lado cuatro o cinco aviones, y a poco divisás la pista. Ya están a punto de tocarla.

Te acomodás en el asiento y cerrás los ojos, y esperás hasta que buuum, bum, bum, tres rebotes y un aplauso.

Tu asiento es el segundo del sector de primera y casi no llevás equipaje de mano. Te parás junto a la puerta, y cuando la abren, juaaaaaaaa, el aire caliente y perfumado de un secador de pelo, igual que en Bahía y en Cartagena.

Es como un jarabe que se te cuele en los pulmones.

Para eso de los olores vos tenés mucha memoria y el trópico es inconfundible, huele igual en todas partes.

Lo malo es que a la media hora te acostumbrás y ya no te das cuenta...

Bueno, al pie de la escalerilla está el autobús carretilla ese...

Sos de los primeros en salir de Inmigración, y la Aduana te deja pasar sin revisar el equipaje.

Al Hotel Nacional llegaste en 25 minutos. Un bacilón, como dicen en Cuba, anticuado, señorial. Deben haberlo construido en los años cuarenta, una onda Riviera francesa, techos de puntal alto, mucha clase, buen servicio, con el mar enfrente, vasto jardín interior, palmas enhiestas, piscina... Y en el mismo centro de La Habana. Ventaja de las ciudades con mar.

El calor perfumado, nocturno y húmedo, te transmuta en un personaje

exótico, protagonista de una aventura. Te excita, como en los carnavales de tu niñez, con sudor de mujeres y olor a éter. De pronto, el cansancio se te ha sedimentado. Te entran ganas de caminar un rato por la ciudad, deambular, hacer tiempo hasta la hora de llamar al Gordo.

Tomás una ducha, te aligerás de ropas, y ya de regreso en el lobby, comprás un plano y una guía de La Habana.

Son las ocho y cinco. A la salida del hotel, hacia la izquierda, ves más movimiento y empezás a andar por una calle en bajada. Al mirar el cartel de la esquina ves un redondel, pero nada te indica si es un cero o la letra o. Detestable manía gringa de poner números y letras en las calles.

Cruzás a la vereda de enfrente y delante tuyo van dos pibas discutiendo: «No, chica, no, te digo que no...» Y que esto y que lo otro... Y ahora se paran en medio de la cuadra. La más alta, una mulata garbosa, muy bien hecha, gesticula y habla en voz alta. Está ofuscada, suelta las palabras por andanadas, se traga las eses, se traga sílabas enteras, y aunque vos la entendés bien, se te pierden algunas cosas. De pronto, suelta algo que no esperabas oír en las calles de La Habana: «Un felacio, eso es lo que es tu Rodolfito, un puñetero felacio, y lo mejor que tú haces es mandarlo pa'l carajo ahora mismitico...»

¿Habrás oído mal? ¿Palabra cubana? ¿Tresó habría estado en Cuba? ¿Habría aprendido la palabra aquí? Y no podés evitar la indeseable visión de Tresó, su voz, su risa, el brillo de aquel revólver que te metió en la boca, en la esquina de Lavalle y Talcahuano.

¿Tresó en contacto con esa piba?

Pelotudeces tuyas. Ilusiones idiotas. No puede ser.

La conmoción te irrita y al mismo tiempo te entristece, pero te les acercás más, te situás hacia el cordón de la vereda para no perder lo que dice la grandota, que sigue gesticulando, y asegurando que un tipo así siempre te trae problema.

«Con esos felacios lo mejor es...»

Con el índice y mayor tijeretea en el aire, en señal de corte.

La otra, una rubia petisita, argumenta que Rodolfo no es malo, que tiene buenos sentimientos...

«Yo no digo que sea malo; pero aunque tenga la mejores intenciones, siempre te va a hacer daño».

Y a vos, fruncido, respiración cortada, la palabra te descompone, te pincha, repica en tus orejas... A menudo has revivido la increíble escena, las emociones, la taquicardia del momento.

Hasta entonces, vos creías que felacio era un término inventado por Tresó, por burlarse del Gelasio tuyo. Y hasta una vez buscaste la palabra en diccionarios comunes y en diccionarios médicos, y no existía. Tresó se burlaba de vos, se reía a carcajadas: «Pero che, que papanata el viejo tuyo; o a lo mejor andaba en pedo cuando te fue a anotar al registro. ¿Cómo te va a poner un nombre tan pelotudo? Y seguro que te lo escribieron con faltas de ortografía, porque vos lo que sos es un felacio, jaaa, ja, ja...»

En realidad, el Gelasio te lo añadieron por insistencia de tu abuela, en honor de San Gelasio, que aparecía en el santoral ese día; y ahí nomás te clavaron el nombrete... Mala suerte.

Y ahora, parado delante de las pibas, en la Calle Cero o en la Calle O, porfiás en preguntarte si Tresó no habrá pasado por Cuba. A lo mejor fue él, quien les enseñó la palabra.

¿No sería una palabra del argot cubano? A juzgar por la vehemencia de la muchacha, podría tener un significado muy análogo al que le daba Tresó.

Dispuesto a salir de dudas, te acercás un poco a la más alta: «Señorita, disculpe...»

Ambas se vuelven a mirarte con una sonrisa acogedora. Te están dando entrada.

¿Serán yiras?

Y como no se te ocurre otra cosa, le soltás tu pregunta a quemarropa: «¿Me puede explicar, por favor, qué significa felacio en Cuba?»

Las dos se carcajean a coro. Se doblan de la risa. La petisa se tapa la cara, para ocultar un portillo.

Por fin, la parda grandota te pregunta si sos argentino...

«Sí ¿cómo se dio cuenta?»

Ella se asombra:

«¿Cómo es posible, chico, que tú no sepas lo que quiere decir felacio? Si

esa es una palabra de tu país. A mí me la enseñó otro argentino...»

Recibís un jeringazo en vena. Adquirís de pronto una lucidez febril. Te vuelven flashes de Tresó, su violencia, sus secuaces, y en un segundo tomás la decisión de invitar a esa piba, de hacerle la corte, de encerrarte con ella donde sea. Cualquier cosa, con tal de saber quién es el argentino que le enseñó esa palabra. Tenés que interrogarla a fondo, pero sin levantar la perdiz.

Parece fantástico, pero nada impediría que Tresó hubiese venido a esconderse en Cuba. La palabra, por loca coincidencia, pudo enseñársela alguien que la aprendiera de él; o bien, que una vez acuñada por Tresó, prosperara en la Argentina, se divulgase, y ya fuera parte del léxico de algunas personas.

De todos modos, esta muchacha es la punta de la madeja. Y para obtener cualquier resultado, tenés que comenzar por ella.

«El que me la enseñó se llama Alberto —añade ella—. ¿Lo conoces?»

Vos le aclarás que no, y por supuesto te abstenés de mostrarte interesado.

«... y Alberto me la enseñó para que yo no dijera groserías, y resulta que yo misma, por juego, empecé a decirle felacio y felacia a todo el mundo, y figúrate, jodedera va y jodedera viene, total, que se la aprendieron todas mis amigas; y ya ninguna de nosotras dice comepinga, que es como le llamamos a eso los cubanos...»

Al oírle la palabrota, la otra suelta una carcajada estruendosa. Un peatón se detiene a mirarlas divertido.

Ahora, la parda también se contagia, y al reírse, ambas se doblan, casi en ángulo recto.

La petisa se da unos manotazos obscenos en la otra mano, sobre el hueco del puño. Qué groseras. Tienen que ser putas, pero vos les preguntás ahora qué significa comepinga; y ellas vuelven a desternillarse, y por fin las invitás a tomar algo en un bar y cuando se sientan a la mesa, las dos se ponen a aclararte que comepinga, vaya, como decírtelo, aquí se le dice comepinga a cualquier comemierda, a un estúpido, a cualquier imbécil, pero la parda bonita te revela, ahora con cierta timidez, que comer pinga es también una forma muy grosera de lo que se llama felación.

El que la piba se valiera de aquel tecnicismo, no sólo te sorprende, sino que emanado de sus labios gordos, húmedos, blandos, inopinadamente te excita, y te atraen sus ojos pícaros, descarados. La extraña situación, el calor, la humedad, te provocan, e invitás a la parda. Sólo a ella.

De pronto, la has visto apetecible. Debe tener unos veinte años, alta, cintura estrecha, bella dentadura, piel tersa.

Y se te antoja echar una cana al aire en la noche de mayo, embriagarte de trópico caliente.

A lo mejor te hace funcionar.

Pero, claro, si es un bombón... Bombón de chocolate, labios blandos, culo mórbido...

¿Y si no funcionás?

Pero, qué te importa, boludo. Además, con probar no perdés nada... Si sale mal, no es más que una yirita. Lo único importante, que no podés perder de vista, es hacerte amigo de ella y hoy mismo, o mañana, o pasado, sacarle información sobre el tal Alberto... Tenés que localizarlo, verlo...

«Te invito a cenar», le decís.

Ellas cruzan una mirada de entendimiento profesional. La petisa blanca mira la hora y suelta un uyyy, y se despide con prisa, sí, chau, mucho gusto, tiene un compromiso.

La parda se llamaba Bini. Cuando te quedás solo, le agarrás una mano y ella te aprieta.

¡Putá madre! ¿Qué te está pasando con esta piba? Por un lado querés indagar sobre el argentino ese, pero de sólo pensar que pueda ser Tresó te dan unas ganas terribles de coger. ¡Qué retorcido!

Cuando te levantás y salís del bar, empezás a volar. En vez de dar pasos, pedaleás hacia atrás, reculando en una bicicleta aérea.

Cuánto desasosiego por una palabra... Por esa palabra, muletilla de Tresó. Y no has tomado nada para estimularte. Ni estás borracho. ¿Alguna vez te ocurrió algo similar?

Bini no acepta ir al Hotel Nacional, te dice que allí los porteros son unos felacios, ja ja, y que no la van a dejar entrar, y te lleva por allí cerca a un



edificio, un décimo piso, de una amiga suya dueña de un apartamentito anexo que alquila por horas.

Como te queda a sólo dos cuadras del Hotel Nacional, vos no encontrás reparos. Y en cuanto se quedan solos, ella te mete un mordiscón en un pectoral, y te desabrocha la camisa, y los pantalones, y vos, erecto como nunca, sorprendido de vos mismo, la dejás que siga haciendo lo que quiera, y te afloja el cinto y te baja los pantalones, y te hace girar y te muerde las nalgas con una voracidad auténtica, y te besa, y te dice que es una felacia, y que cuando vos le preguntaste por la palabrita, pusiste una cara que ella se llenó de humedad. Vos te dejás caer boca arriba en la cama, y ella ni siquiera se desviste, y en segundos te provoca un orgasmo fulminante, y es entonces que se desnuda y te coge de una mano, y te lleva a la ducha y te lava, y te acaricia y te ofrece sus senos, y te besa y te arrastra de nuevo a la cama, y te hace besarla y tiene un orgasmo rápido que te provoca un segundo, y casi de inmediato una tercera erección, algo de lo que no te imaginabas capaz, y en sólo cuatro horas hacés prodigios cuantitativos. Y no has sentido hasta ahora el menor cansancio, y ella es ocurrente, la ves jugando contigo, diciendo cosas propias de una niña de diez años, y el tal Alberto era de apellido Ríos, un argentino que vivía en Cuba, dueño de un yate, ella estuvo varias veces con él, pero hace ya tiempo que no lo ve, un tipo raro, con un gallo tatuado entre las piernas... Y a vos se te dispara otra vez la taquicardia, se te contrae el plexo, porque ya estás seguro: lo del felacio más el tatuaje ya te permiten asegurar que ese Alberto Ríos no es otro que Tresó, él mismo, y al saberlo, e imaginar que vas a cobrarte las que te hizo, te excitás más, qué horror, aquello es de nunca acabar, y ella te dice que vos sos dulce y suave, y vos ves a Teresita rodeada de Tresó y su pandilla, tipos jóvenes, sonrientes, bien peinados, con buenas pilchas, perfumados los hijos de puta... Y qué curioso, el mal recuerdo esta vez no te inhibe, al contrario, querés más sexo. Por Dios ¿qué te está pasando? Querés más senos, más cintura, para abrazarte de la vida, y la besás y la penetrás con más fuerza, y ella te dice groserías roncadas, sórdidas y cariñosas, y te provoca un orgasmo completo, como no lo tenías desde niño, y al caer boca arriba sobre la cama, ella se te encima, y te apoya la cabeza sobre el pecho, y vos te abrazás de esa mujer, de esa puta niña que

acaba de entrar en tu pasado, y le pasás la mano por la nuca, por la espalda, y te dejás invadir de una sórdida alegría, y tragás saliva, como ante una golosina, porque ya sabés que muy pronto vas a poder, por fin, sacarte las ganas de pasarle la cuenta a un gran hijo de puta.

Dos veces lo tuviste a tiro y tu gente falló. Él se dio cuenta de que no lo mataron de milagro. Vio que el retiro en Montevideo y sus pistoleros alquilados, ya no le podían garantizar la indemnidad, y prefirió tomárselas. Pero fijáte cómo son las vueltas de la vida...; de qué forma tan estúpida viniste a descubrirlo...

Ibas a moverte con extrema cautela para no volver a espantarlo.

Al principio no sabías bien. Por momentos, te entraban ganas de asesinarlo a mano, partirle el cráneo con un hierro. Pero después te decías:

«Pará un poco, che, no te embales...

»Primero tenías que asegurarte de que Alberto Ríos y Tresó eran la misma persona...»

«¿Más comprobaciones? —te impacientabas—. ¿No te alcanza con que el tipo ande hablando de felacios y con un gallo tatuado entre las piernas? ¿Qué más comprobaciones querés? No pueden ser coincidencias...»

Pero no podías matar a un tipo sin tener la seguridad total. Y a Bini no debías preguntarle nada. A lo mejor eran más amigos de lo que ella te dijo, y de pronto le comentaba que otro argentino andaba por ahí averiguándole la vida. Si lo ponías en guardia, seguro que se las volvía a tomar.

Fueron horas de un interminable monólogo estéril. No te decidías. No sabías cómo actuar.

Pensaste indagar un poco en la Embajada Argentina...

Peligroso: mejor esperabas a que ella sola te volviera a mencionar al tal Alberto. Y ahí sí, como quien no quiere la cosa, podías tirarle de la lengua. A ella le gustaba hablar...

En casa de la prima, no cerró la boca un segundo; y en el teatro, mientras oían al cantante, ella tarareaba y te hacía comentarios; y lo mismo cuando fueron a lo del padrino: vos de lo más interesado con lo que el tipo te decía, pero Bini lo interrumpía, quería asesorarte ella misma, hasta que el viejo se

calentó y la mandó a callar, ja ja. Por cierto un tipo macanudo, rodeado de un ambiente loco, cautivador. Decía que los que no creen viven en la oscuridad. Lo mismo que vos le decías a tu hermano y a Gonzalo cuando se burlaban de tu fe. Y con los rones que te mandaste en casa del padrino, al mediodía te vino el antojo de ir a la playa, y tirado boca arriba en la arena, te acordaste del yate que tenía Alberto Ríos, y le tiraste el anzuelo a Bini de que te gustaría navegar un poco. Ella picó en el acto: dijo que vos podías alquilar un yate en la Marina Hemingway, pero se arrepintió y propuso otro embarcadero. No quería encontrarse allí con Alberto, que le iba a hacer reclamos porque ella no volviera a llamarlo, ni a navegar con él en el Chevalier...

«¿Chevalier? Qué bien...»

Aquel día, a las seis de la tarde, regresaste con ella a casa del padrino para el anunciado bembé. Fantástico, muy vital todo, los tambores, los cánticos, los bailes; y el ron caliente y barato, en aquel patio de tierra, te sabía mejor que el de siete años.

Por la madrugada, cuando ya muy excitada, Bini quiso estar contigo, el padrino no permitió que se fueran. Dijo que era una ofensa al santo, e insistió en que se acostaran en un cuarto que él mandaría prepararles; y la abuela, noventicuatro carnavales, les puso como único abrigo sobre la cama, una bandera rusa que alguien se robara de un torneo boxístico, y como en la casa andaban cortos de mantas... Y vos aguantando la risa, pero la vieja no andaba descarriada, porque a pesar del calor de mayo y de la profusa actividad amorosa, a las cuatro de la mañana se colaba entre las rendijas de la madera una brisa de lo más fastidiosa. Y tuviste que recurrir a la bandera, y a las siete, Bini dormía a pata suelta, y vos saliste sin hacer ruido y te fuiste a buscar un taxi.

En la oficina de Cuba-Autos contrataste un Toyota por los tres días que aún permanecerías en La Habana. Y tras haber comprado en la tienda del hotel algunas botellas y todo lo necesario para una espaguetada, apretaste el acelerador y llegaste a la Marina Hemingway en media hora.

Enseguida localizaste el Y. CHEVALIER, un yate pequeño de bandera

francesa, amarrado a uno de los muelles. No viste a nadie a bordo.

Con el pretexto de que te gustaría comprarlo, te presentaste en la administración a pedir datos sobre el dueño. Hablaste como italiano, porque si Tresó se enteraba de que lo andaba buscando un argentino, podía darle mala espina. Y así averiguaste dónde vivía, el teléfono de su casa y el de la oficina. Listo. Era todo lo que necesitabas.

En Regla, Bini te esperaba sentada en la cama, chupándose el dedo.

Sobre la mesita de noche, sobrevivía la botella mediada de ron que ella se llevara al cuarto por la madrugada.

El padrino y su familia celebraron la pila de comida y bebida que les llevaras. Celebraron también las tres mantas de regalo, y sobre todo, la vajilla. Durante las compras, vos recordaste que no tenían más que tres platos hondos y dos vasos de vidrio. El ron lo tomaban a pico de botella o en vasos de cartón, y para comer un sopón que hicieran durante la fiesta con una cabeza de chanco, esperaban a que alguien terminara con un plato, para lavarlo y prestárselo a otro. ¡Qué quilombo! Pero era una indigencia alegre, sin complejos, conmovedora. Cuando hay, hay; y cuando no hay, a joderse. Así decían ellos. Y entonces les compraste cuatro vajillas iguales, de las más baratas, para seis puestos cada una. Quedaron muy contentos. Ahora sí, se podrían dar reuniones con mucha gente.

Y otra vez sacaste cuentas. Te quedaban cuarenta y ocho horas en Cuba. Tenías que aprovecharlas para asegurarte de que Alberto Ríos era Tresó. Y la única forma, verlo con tus ojos.

Luego vendrían días de loca actividad.

## 15. RIGOBORIO Y EL CAMBERTO

Los 34 grados de aquel cinco de junio en La Habana, con una humedad del 98%, golpeaban más que los 43 de una ciudad seca.

Los turistas sudorosos, de rostros enrojecidos, se sacaban fotos, se quitaban la ropa, se rascaban los torsos desnudos. Gozaban o fingían gozar. En todo caso, los nacionales ahorran energías a la sombra y calculaban muy bien antes de emprender el cruce de una calle.

Cuando Luis Julián salió de su casa, a las cinco y media de la tarde, el calor persistía. Luis Julián comenzó a descender por la calle Patria, cuando un jeep ruso tocó bocina y le frenó al lado.

—¿Adónde vas, Lucho?

Un militar uniformado se apeó a darle un beso.

—¡Coño, Rigoberto, como diez años que no te veía!

—Pero tú sabes que yo te quiero, mi tío...

—Coño, sobrino, ya no estoy tan seguro...

—Ay, tío ¿te vas a poner ahora con la mariconá de que no te visito? Tú sabes cómo es eso: los hijos, la mujer, el trabajo, la Universidad... ¿P'adónde vas? ¿Te llevo a algún lugar?

—No, chico, voy a una cuadra de aquí, a casa de un socio. ¿Y qué tú haces por aquí?

—Vine a hablar contigo.

De regreso a su casa en compañía del sobrino, Luis Julián se enteró del motivo de la visita.

—En el barrio le están poniendo tarros a un socio mío...

—Ay, m'hijo, eso no es nada; en esta época el tarro es cultura...

Rigoberto pasó por alto la broma.

—... y al socio ese, yo le debo tremendo favor; y figúrate, me ha pedido ayuda a ver si puede coger a la hijoeputa in fraganti, con pruebas, para asegurarse la tenencia de los hijos.

—¿Y qué tú pue' hacer?

—Figúrate, él le está armando una trampa, y le hacen falta unas impresiones digitales. Dice que le resultaría fácil hacer que el tipo ponga los dedos en un vaso, una botella ¿m'entiendes cómo es? Lo que mi socio necesita, es probar que el amante entra en la casa cuando él no está. Pero lo que no sabemos, es cómo revelar las huellas...

Luis Julián había sido durante 32 años, técnico en dactiloscopia de la Policía Nacional Revolucionaria. Jubilado el año precedente, se dedicaba a leer novelas y a ver béisbol.

De no haber sido su sobrino, habría rechazado aquel pedido. A policías retirados de una actividad técnica, se les prohibía poner su capacidad al servicio de particulares.

Pero Rigo no era un particular. Era su sobrino, coño. Su propia sangre. Imposible negarse.

—Pero tú sabes que nadie puede enterarse de que yo...

—¡Coño, tío, qué pasa! Yo también soy policía...

—Está bien, pero me haría falta una buena cámara...

—Yo tengo una KODAK. Te la puedo prestar.

—Está bien, pero las huellas no me las traigas antes del martes...

—No, chico, eso puede demorarse varios días, hasta que mi amigo pueda cogerlas... Él, lo que necesitaba, era saber cómo hacer...

Luis Julián siguió monologando pensativo, sin oírlo:

—... porque tengo que pasar por el laboratorio a ver si consigo polvo de albayalde y un poco de sulfuro de amoníaco...

—Sí sí, yo voy a estar en contacto con él, y apenas las tenga, yo te las traigo...

—Entonces, si es posible, tráiganmelas, a más tardar a las dos horas de quedar impresas. Así todo es más fácil...

—¿Y si no se puede?

—Tráemelas igual, aunque tengan varios días; pero si son fresquitas, todo resulta más fácil y más rápido.

Acto seguido, se dedicó a instruirlo sobre cómo manipular el material sin afectar las huellas. Si era un vaso, para cogerlo debían introducir los cinco dedos en forma de paracaídas, y abrirlos adentro. Debían hacer presión con los dorsos y uñas contra el vidrio. Si era una botella, cogerla por la base, con los dedos bien pegados a la superficie donde estuviera apoyada. Y de ninguna manera transportar el material en bolsas de plástico, papel o tela. Debían fabricar, con cartón duro o madera, una especie de guacal, que oprimiera el vaso o botella por la base y el orificio de salida, sin entrar en contacto con los lados.

Los 12 grados centígrados de Montevideo, aquel quince de junio azotado por un viento Pampero de 100 kilómetros, que ya llevaba una semana inundando la ciudad de lluvias horizontales, sugerían unas vacaciones en Brasil y no estar sentado, sin calefacción, ante una computadora de la Corte Electoral.

Hasta el teléfono, timbraba acatarrado:

—¿Olá?

—Buenos días. Con el doctor Felipe Almanzor, por favor...

—Sí, soy yo ¿quién habla?

Del otro lado, una voz cascada entonó una copla andaluza:

—... En España dejaron los moros / con el cuento del maharajá...

Felipe sonrió y cantó los otros dos versos de la cuarteta:

—... dos babuchas, la Torre del Oro / y la costumbre de no trabahá.

—¡Camborio, viejo y peludo! ¿De dónde salís?

Aquella copla, que les sirviera una vez como contraseña para una tarea de la Orga, le recordó que el Camborio era entonces locutor de una radio montevideana.

A pesar del Pampero, se encontraron en un café del centro.

El Camborio le explicó que hacía ya más de una semana, andaba buscando las impresiones digitales de un tipo.

—Traté de conseguirlas con un boludo de Relaciones Exteriores, que prometió colaborar, pero al final se echó p'atrás.

Y le entregó un papel con las señas.

Felipe era abogado en la Corte Electoral. Allí estaba el Registro Cívico Nacional, con las huellas dactilares de todos los votantes.

—Las huellas, me las voy a tener que afanar, pero no hay problema —le aseguró Felipe—. La gente anda tan abombada con este frío, que ni se dan cuenta de lo que hacen los demás. Hoy mismo te las consigo. Pasá por mi oficina mañana, después de las nueve, y preguntá por Rosalía. Ella va a tenerlas en un sobre a tu nombre.

En efecto, Rosalía le entregó un sobre bien cerrado, donde se leía: Antonio Torres Heredia, E.M.P.

El Camborio no sabía que significaba E.M.P.

—Quiere decir «en manos propias» —aclaró Mediavida.

—Ya me imaginaba que vos habías sido un burótintas cagacrata.

El Camborio era un maestro de las aliteraciones. Desde el año 70, cuando él y Mediavida pasaran dos meses recluidos con un rehén de la Orga, inventaron el jueguito para no aburrirse: «Don Quimancha de la Jote», «Los tisia de la Malagres», «El gabigari del doctor Calinete», «Blancanito y los siete enanieves»...

Esa misma tarde ampliaron las hueles digitallas de los dedos pulgar, índice y mayor al tamaño de una hoja de oficio, tal como se les pidiera. Y las seis hojas salieron de Montevideo por fax, dirigidas a un núfono de telémero en la ciudad de Roma.



## 16. AHORA ES CUANDO

Eso de ir a ver al padrino, para que hablara con Rigoberto, y Rigoberto con el dactiloscopista, fue puro cristianismo tuyo. Y exageración; porque entonces ya no te cabía ninguna duda de que Alberto Ríos era Tresó. Después de verlo, de haber estado a su lado; de oír la misma voz con sus odiosas resonancias; de reconocer sus gestos y su parada compadrita con una pierna tiesa y la otra esparrancada ¿por qué te empeñaste en verificarlo con las huellas digitales?

¡La puta, che, qué exagerado!

Aquel sábado, sentado en las graditas del frontón lo viste jugando; y, no jodas, era él. Y cuando se tiró a nadar y salió con el pelo pegado al cráneo, se veía igualito que con el corte al cepillo, su misma cara de juventud... ¿Qué duda podía caberte?

Ese día debiste ponerle otro fax al Camborio para que no se molestara más en buscarte las huellas de Tresó en Montevideo. Ya no las necesitabas. Lo tenías enfrente. Era él. Te rompía los ojos. Era, además, el mismo que le enseñara lo del felacio a Bini, y ella te dijo que tenía un gallo tatuado en la entrepierna.

¡Por favor!

No se puede ser tan pusilánime.

Pusilánime e irresponsable. Porque en la piscina corriste un riesgo innecesario. Cualquiera pudo verte llevándote el vaso.

Y ahora que el tipo está en cana, es cuando tenés que ser más cauteloso. Tenés que entrenar a Bini con el máximo rigor. Durante el juicio, su actuación debe ser impecable. Un error de Bini y todo tu plan se va a la mierda.

## 17. IMPECABLE PREPARACIÓN

Mirabas el mar aquella noche; su negrura detrás de las luces del Malecón, el cielo estrellado. Planeabas comprarte una casa en una playa cubana, tener un patio con árboles, un velero. Sacabas cuentas. Si te retirabas de los negocios, con sólo vender el edificio de Monte Mario, sin tocar las acciones de la empresa, te sobraría para vivir varias décadas en Cuba. Bien visto el asunto, algún día dejarías de laburar... Y qué mejor retiro que disfrutar de Bini y del delicioso quilombo del padrino... Bailar, oír música, comunicarse con la eternidad a través del ron y los tambores, salir a pescar mar adentro; en fin, un moderado hedonismo para el final de la vida; y como decían los andaluces, en verano a la sombra y en invierno al sol.

No visitabas tierras calientes desde hacía varios años, cuando estuviste en Maracaibo. Y al respirar el mismo aire salino y dulce, desbordabas de alegría adolescente; y en tu médula, aquel calor eléctrico de los carnavales en Buenos Aires.

Al bajarte del avión en Rancho Boyeros, recordaste los pomos de éter que perfumaban el barrio; y el olor de las mujeres excitadas, que disfrazaban sus voces, te provocaban con caretas y antifaces, y a vos te entraba una borrachera y unas ganas de amar...; y eso mismo te ocurría con Bini; o no con Bini, sino tal vez con su medio festivo, su clima, su temperatura, su propia irracionalidad carnavalesca.

Cuántos a tu edad no ambicionarían costearse un retiro en un clima así, bajo una palma, abrazado de una cintura joven, de unos muslos duros, con una barca para recorrer esos mares de ensueño...

Y según Gonzalo, con saberte dos trucos para vivir en Cuba y nada más que mil dólares mensuales, se lograba un nivel decoroso; y vos calculaste que

con cinco mil, o sea, la mitad de lo que gastabas para vivir en Roma, aquí vivirías de puta madre, como dicen los gallegos. Y tu capital seguiría creciendo sin romperte la cabeza...

Pero en el fondo, vos siempre supiste que aquellos planes no eran más que un regodeo estéril. Nunca fructificarían; porque vos ya no estás capacitado para sobrevivir sin trabajar. Al poco tiempo de inaugurar tu programa cubano-andaluz, con el mar, las palmas, los tambores ancestrales, la irracionalidad carnavalesca y un bando de sirenas como Bini, igual te morirías de aburrimiento.

Sabías muy bien que vos no podías vivir sin algún rompedero de cabeza. Tu proyecto de pasarle la cuenta a Tresó con tanto tremendismo, podía traerte líos. Lo más sencillo y menos peligroso, para cumplir con Teresita y tu conciencia, habría sido meterle un tiro en la calle y chau, olvidarte para siempre de ese hijo de puta. Pero a vos te gustan los líos. Ese es el problema.

Cuando recibiste de Montevideo las impresiones digitales de Tresó y comprobaste que coincidían con las del vaso, comenzaste a redondear tus ideas, todavía dispersas.

Tresó andaba por toda La Habana en un convertible y sin escolta, como Perico por su casa, pidiendo a gritos que lo mataran. Y meterle un par de tiros era pan comido. Pero al mismo tiempo, meterle un tiro y nada más, era un desperdicio. Una muerte así no pagaba sus crímenes. Y si en Cuba existían facilidades para armarle una celada, vos ya no te conformabas con que el miserable muriera de un tiro. Querías que sufriera, que sintiera terror. Y que el sufrimiento y el terror lo acosaran durante el resto de su vida. La eternidad en un infierno no pagaba lo que te hizo. Y como Neruda a Franco, vos le deseabas «... que un río de ojos cortados pase mirándote, sin término».

Tras cavilar un par de días, se te ocurrió empalarlo.

«Pesado esputo, estiércol de siniestras gallinas de sepulcro», decía el poema contra el Generalísimo. Y a vos también, el humor sombrío de aquellos días te volvía vesánico. Revolvías el odio de Neruda con el humor negro del Príncipe Vlad, que gustaba de banquetear y agasajar a sus visitas en

medio de un círculo de antorchas. Sólo que las antorchas alternaban con afiladas picas sobre las cuales agonizaban siempre algunos empalados. El príncipe decía que las quejas de los moribundos eran el mejor condimento para sus manjares.

Vos apelarías a un empalamiento más técnico. Te buscarías un local de techo alto, del que colgarías unas roldanas. Luego, amarrarías ambos pies de Tresó a las puntas de una tabla, de modo que le quedaran abiertos unos cincuenta centímetros. Y así, desnudo, amordazado para que no se oyeran sus gritos, amarrado de pies y manos, lo izarías mediante las roldanas hasta tenerlo, patiabierto, a tres metros de altura. Al final, te pondrías a afilar la pica delante de él, para verlo sufrir. Y lo matarías poco a poco... El primer día, le enterrarías sólo unos quince centímetros, e irías aumentando hasta que le cupieran 40 ó 50 centímetros; pero cuidando de que no se deslizara por completo, para que te durara vivo por lo menos una semana, durante la cual le tomarías abundante fotos, y hasta un video, para regalar a la mafia de sus compinches.

Aquella vesania onanista te duró un día entero; pero terminó por revolverte el estómago. Ese día no pudiste comer nada. Y te persuadiste de que vos no eras el Príncipe Vlad ni el Marqués de Sade.

No ibas a empalar a nadie, ni a arrancar ojos, ni uñas.

Lo único que podías hacer, era ajusticiarlo. Se lo debías a tus muertos. Y lo harías.

Pero ahí empezó otro problema: ¿Cómo conseguir un arma de fuego en La Habana?

Importarla era un riesgo enorme. Si te agarraban con ella encima, aunque no hubieras disparado un tiro, irías unos días en cana y nunca más te darían una visa para entrar al país; y adiós Bini, adiós todos tus proyectos.

Pedir a alguien que te introdujera el arma, era insensato. A ningún amigo lo ibas a poner en semejante riesgo. Y el trato con delincuentes europeos o latinoamericanos, que lo hicieran por dinero, era generar la posibilidad de futuros chantajes.

¿Tratar de adquirirla dentro de Cuba?

Más difícil aún. Hubieras tenido que vincularte con hampones peligrosos.

Las pocas armas de fuego que circulan en poder de delincuentes cubanos, a veces han sido adquiridas mediante despojo y asesinato de algún policía. Y eso se paga con la pena de muerte. Negociar un arma con tipos de esa calaña, que mañana podían caer presos e implicarte, era una insensatez.

Pensaste entonces en envenenarlo, o en apuñalarlo, o en destrozarle el cráneo con un bate de béisbol, o en ahogarlo en el mar, o en atropellarlo con un coche. Pero todas esas variantes te exigían cercanía física, amén de que te resultaban asquerosas. El tener que prever los detalles, el imaginarlos, te abrumaba. A tus propios ojos, te transformabas en un monstruo, un miserable.

Al final renunciaste a toda sevicia. Vos no servías para eso. Lo único que podías hacer era meterle un tiro, y volviste al callejón sin salida de cómo conseguir un arma de fuego en Cuba.

Y en esos días de incertidumbre, Bini te despertó una madrugada. Tras aterrizar en La Habana esa misma tarde, apenas la habías visto unos minutos, mientras te acompañaba en el taxi. La dejaste en casa de la abuela, porque esa noche cenarías con funcionarios y ella sobraba. Además, acabarías muy tarde, y ya te mortificaba el agotamiento.

Pero a eso de las tres de la madrugada, Bini te llamó. Atascada en un barrizal con un coche de su papá, necesitaba que alguien le echara una mano. Te dio cita frente a la entrada del restaurante La Giraldilla. Vos, recién llegado, y que aún no habías contratado un coche para tu estancia, fuiste en un taxi.

Sin ninguna dificultad, conseguiste desempantanar el coche y sacarlo mediante un rodeo por una zona encharcada pero firme.

En eso arreció la lluvia. Y tronaba sin descanso, con reventones ensordecedores que te erizaban. Bini miraba al cielo con temor. A cada nuevo estampido, cerraba los ojos, sollozaba, hundía la cabeza entre los hombros, se tapaba los oídos. Te pidió que la abrazaras. Por fin te arrastró hacia el interior del auto y escondió la cabeza entre tus piernas. Era un animalito aterrorizado. Te pidió que la abrazaras fuerte, más fuerte. Con los ojos húmedos, se puso a contarte que a un primo suyo, en Oriente, lo mató un rayo. Y vos la acariciabas, y ella se abrazó de tu cintura, acurrucada.

Cuando cesó la tormenta eléctrica y las cascadas de truenos se oían lejanas, era ya muy tarde. ¿No se habría despertado su padre? Ella te aseguró que dormía siempre como un tronco, y para despertarlo, a veces tenían que darle golpes. Además, esa noche se acostó un poco tragueado, porque los vecinos, con el dominó, siempre le metían duro al ron. Así te dijo.

Cuando salieron a la Autopista, vos ibas al volante. Ella insistió en manejar, y vos no accediste: ese no era momento de ponerse a practicar. Ella empezó a refunfuñar y a lloriquear y a decir que a ella nadie le enseñaba a manejar, nadie le hacía los gustos, y por eso, ahora se iba a parar de cabeza, y empezó a hacerse la niña caprichosa, y a hacer piruetas dentro del coche y vos a reírte, y ella apoyando los pies en el techo y la cabeza en el asiento, y desde esa postura te sacaba la lengua y te decía felacio, y te ponía un tenis sobre la cara para que no pudieras manejar, y vos quitándotela de encima, y tratando de ver en medio de la lluvia que no cejaba, hasta que de pronto, zas, ella salta hacia la parte de atrás del carro y te empieza a hacer cosquillas y te tapa los ojos, y a vos las chiquilinas te dan cada vez más risa, no podés parar, ni podés controlar su jugueteo, hasta que por fin ella empieza a hacerte cosquillas y a manotearte en la bragueta, y a desprenderte el cinto, y la pretina, y vos, erección itinerante, bajo la lluvia, nuevo récord, terminás por dejarla hacer, y te echás atrás, y la muy inconsciente se te encarama por detrás, y te abre la camisa, casi te la arranca, y se te desliza cabeza abajo sobre el pecho y comienza a morderte las tetillas, y vos, otro irresponsable, reventando de risa, te le entregás, que haga lo que quiera, y ella sigue bajando, hasta que zas, te sale por la derecha el ciclista, y por más que trataste de esquivarlo, le diste de lleno, y el pobre, con bicicleta y todo rebotó contra un árbol a unos cinco metros de la orilla, y vos conseguiste frenar el carro sobre el mismo borde de la cuneta a contramano. Ella fue la primera en bajarse. Vos le tomaste el pulso, le apoyaste la oreja en el corazón y nada: estaba muerto. Ella lloraba y se retorció las manos, y te suplicaba llevarlo a un hospital, pero vos la convenciste de que era un disparate: nada se podía hacer por el pobre tipo.

Por fin se fueron del lugar hasta un punto céntrico donde la hiciste apearse y tomar un taxi para regresar a casa de su abuela. Le diste las llaves

del coche y la alarma, para que las repusiese sobre la mesa de noche del padre, de donde ella se las quitara. Y vos te fuiste con el coche a un barrio apartado y allí lo abandonaste; pero primero limpiaste todos los lugares donde podían quedar huellas tuyas o de Bini: manivelas, palanca de cambios, freno de mano, tablero, vidrios, espejos, alfombrillas.

La idea de endilgar el arrollamiento del ciclista a Tresó, te vino recién al otro día del accidente. Y se te ocurrió un plan grandioso. Lo harías meter preso en Cuba, aunque sólo fuera por un par de años y con cualquier pretexto.

Te entusiasmoste. Aquel plan sí, valía la pena. En primer lugar, porque lo harías pagar por lo que no hizo, y eso lo enfurecería, o por lo menos lo haría sufrir.

Durante el cumpleaños de Gonzalo, se te ocurrió una idea para averiguar dónde se hallaba Tresó en la madrugada del accidente. Era importante cerciorarte de que a esa hora no estuviese en algún lugar, donde otros pudieran atestiguarlo.

Ya los detalles del nuevo plan te venían en cascada. Una jugada inteligente. Un castigo más eficaz que todos los que imaginaste antes.

¿Y Bini? ¿No metería la pata?

No, Bini era una piba inteligente; y vos la ibas a preparar con impecable minucia.

## 18. EL TOCORORO

El jueves 22 de julio, a las 06:30 Alberto Ríos acababa de levantarse. Tras apagar el aire acondicionado, descolgó el intercomunicador y apretó el botón de la cocina. Sus dos empleadas llegaban sobre las 06:00.

—Jugo de naranja, jugo de mango, jugo de fruta bomba, café con una cucharadita de azúcar —y colgó.

Cuando se dirigía al baño, sonó el teléfono.

A esa hora podía ser una larga distancia de su hermano...

—¿Sí?

—¿Alberto? —oyó una voz femenina—. Soy Bini.

—¿A esta hora? —pero lo alegró el llamado.

—Sí, soñé contigo y estoy loquita por verte.

—¿Necesitás plata? —Alberto se puso en guardia.

—No, al contrario: te llamo para invitarte a comer en el Tocatoro, y pago yo.

—¿Te sacaste la lotería?

—Más o menos, y gracias a ti.

—¿Gracias a mí? ¿Y lo único que se te ocurre es comer conmigo?

—No sólo comer contigo, felacio. Quiero comerte a ti, completo, desde la punta de los pies... Yo no sé qué me ha pasado, pero hace días que estoy arrebatada por verte. Y esta vez no te va a costar un centavo. La que paga soy yo.

—¿Y si estás tan apurada por que no me llamaste el fin de semana? Vos sabés que esos son mis días para vos...

—Pero si me cansé de llamarte... El domingo pasado, como a las dos de la mañana me entraron ganas de ti, y te llamé, pero tú no estabas...



—¿El domingo? No seas mentirosa, Bini. A las dos de la mañana estaba acostado...

—Sí, pero con alguna puta que te estaba mamando una oreja, porque no oíste el teléfono...

—Te equivocás, piba; yo estaba solito, y eso de que me llamaste es cuento...

—Te lo juro, Alberto, y volví a llamarte como a las seis de la mañana, y tampoco contestaste...

—Mirá, Bini, si querés verme, no te hace falta meterme esos cuentos, ni decirme que me vas a invitar. ¿Cuánto precisás?

—Te juro que te quiero invitar a comer.

—¿Cuándo? ¿El sábado, el domingo?

—No no, tiene que ser hoy mismo. ¿Qué te parece en el Tocatoro? De verdá que pago yo, y puedo hacerlo gracias a ti.

—Pero contáme ¿cómo fue eso?

—Te lo cuento esta noche en el restaurante ¿te conviene a las ocho?

Muy intrigado, Alberto aceptó.

De todos modos, supuso que pagaría él. De seguro, la muy cabrona lo llamó porque precisaba plata. Y si no era demasiado, él se la daría. Valía la pena recuperarla.

Desde hacía como tres meses no la veía.

Entre todas las putas cubanas, Bini era por lejos la que más le gustaba. Y no sólo en la cama; también le gustaba su desfachatez, y que puteara de frente, sin hacerse la víctima de la crisis cubana, ni dárselas de intelectual. A él, lo trataba de igual a igual. Podía ser alegre como una chiquilina, y al mismo tiempo violenta, loca, y hasta un poco peligrosa. Ya conocía la cana. Y era también muy orgullosa: una vez en que él dejó caer un billete al piso para que ella lo recogiera, se fue sin cobrarle y estuvo varias semanas rehuyéndolo. Desde entonces, por temor a espantarla, él la trataba con cierta deferencia.

Pero algo debió pasarle, porque desde mayo no la vio más. ¿Se habría enamorado? A lo mejor ya no seguía en la putería.

Y ahora ¿qué bicho le habría picado?

No creía que ella lo hubiera llamado el fin de semana; ni que esa noche fuera a pagarle una cena en el Tocaroro; ni mucho menos, que tuviera tantas ganas de comérselo, como dijera.

Pero su reaparición lo intrigaba.

A las ocho en punto, Alberto ocupó una mesa para dos en el Tocaroro. Escogió la parte de afuera, arrinconada entre helechos. Ordenó un Chivas Regal on the rocks y examinó el ambiente. Se alegró de regresar a aquel restaurante. Desde mayo, cuando estuvo su hermano, no lo visitaba.

Como siempre, se encontraban casi todas las mesas ocupadas, y predominaban los turistas y residentes extranjeros.

A su izquierda, en una mesa de doce o más personas, celebraban algo. Ya en la tanda de los brindis, alguien pronunciaba un discurso en inglés, con una copa de vino en alto. Alberto no alcanzaba a distinguir las palabras.

Del otro lado, un trío de guitarras dedicaba una ranchera a dos mexicanos bien educados, condescendientes y resignados, que masticaron su langosta estoicamente, hasta el final de la ejecución. Cuando el trío se preparaba para una segunda ranchera, los comensales intentaron librarse mediante una rápida propina; pero no era tan fácil. Agradecidos por la propina, esta vez les dedicaron un corrido, que los pobres se masticaron en silencio.

Alberto confirmó que la fatalidad de los tríos cubanos seguía vigente. ¿De dónde habrían sacado que a los turistas les gusta oír destrozar su folklore?

Desde sus primeros choques con tríos, Alberto disimulaba su acento argentino para exonerarse del inevitable tango a la cubana.

Cuando el trío dejó la mesa de los mexicanos, se acercaron a animar la soledad de Alberto. El les rogó que no lo distrajeran, porque en ese momento valoraba unos negocios que iba discutir poco después con alguien.

—La música sirve de inspiración en los negocios —propuso el más ensañado del trío.

—Si, es cierto —dijo Alberto con cara de pocos amigos—, pero a mí me gusta tanto la música que no me aguanto y me pongo a bailar solo. Figúrese, bailando me olvido de los negocios.

Y les sugirió que inspiraran a los gringos en la mesa de los brindis.

De pronto vio que eran las ocho y quince y se asustó.

¿Sería posible que la loca de mierda le hubiera dado una cita en blanco para tomarle el pelo? Y fue en ese instante que la vio entrar.

Por primera vez, no vestía de puta. De todas las mesas se volvieron para mirarla. Venía muy maquillada, con el pelo tirante y recogido en un moño. Llevaba un vestido blanco de hilo, de falda a media pierna y cintura muy ceñida, con encajes finos en la orla del escote. Lucía sus hombros y cuello perfectos y caminaba muy despacio, mirando en derredor con urgencia.

Se le alumbraron los ojos al verlo en la mesa del rincón.

—¡Qué fenómeno, che, cómo has cambiado!

Sin embargo, el atuendo elegante no cambiaba al felino montaraz que antes vestía minifaldas y blusitas baratas.

—¡Qué ganas tenía de verte, Alberto! —y lo besó de lleno en la boca.

Los labios gruesos, blandos y calientes, y aquella voz ronca, con sus cadencias chusmas, le reiteraron el efecto estimulante.

—Me tenés abandonado, no me llamás nunca...

En pocas palabras, Bini le contó los motivos del llamado y la invitación.

—Resulta que el sábado pasado jugué cien pesos a la bolita...

—¿Las bolitas? —y muy sorprendido, Alberto hizo, con el pulgar e índice, el gesto de los niños cuando juegan a las canicas...

—No, a la lotería... Aquí se juega por la de Venezuela —aclaró ella—. Y resulta que me gané 7000 pesos.

Alberto sacó la cuenta de que representaban 350 dólares. Él le daba cien cada vez que la veía. ¿Qué carajo se propondría ahora?

—Lo que pasó fue que la noche del viernes soñé contigo, y cuando se lo cuento a mi prima Chacha, ella saca una cuenta y me dice: «¡Juégale al 54!».

—¿Y qué tengo que ver yo con el cincuenta y cuatro?

—Es una cuenta que saca ella: suma las letras del nombre, las multiplica por siete y le agrega cinco. Alberto tiene siete letras, y siete por siete son 49, y cinco más, da 54. ¿M'entiendes cómo es?

Alberto no pudo menos que encogerse de hombros y soltar la risa.

¡Cuba, qué loca es Cuba!

—Y entonces, no sé si porque me diste suerte en la lotería —prosiguió Bini, que acaba de situarle su pie descalzo sobre una rodilla— me entraron unas ganas de templar contigo, como nunca.

Él ladeó la silla, cogió el pie de Bini y se lo acomodó en su entrepierna. Ella apretó los ojos y se mordió con lujuria.

—Te lo juro, Alberto... Así mismitico fue. En cuanto me dijeron que había ganado en la bolita pensé en ti y me mojé toda. Eran como las dos de la mañana del domingo, y dícame mi prima: «Chica, te ganaste 7 000 pesos en la bolita...» ¿Y tú sabes lo que yo hice enseguida?

—Sí, te mojaste, seguíme contando —y se desabrochó la bragueta para que ella pudiera introducirle el pie. Ella se deslizó en el asiento para acceder a su objetivo.

—*I love this fucking country* —dijo en eso un gringo en la mesa de al lado.

—*So do I* —añadió Alberto y se empinó un trago de whisky.

—Sí, claro, me mojé, como ahora, papi... —y con los dedos de los pies le pellizcó el hierro—; pero eso no es nada...

Alberto vio al *maître* acercarse y se enderezó en su silla. Ordenó un surtido de mariscos asados, especialidad del *chef*, y pidió otros dos Chivas a la roca.

—... y entonces, con las ganas que tenía, y los 7000 pesos que me trajo el bolitero, díjeme: «Me voy a bacilar con Alberto»; y ran, cogí el teléfono y te llamé, pero tú no estabas...

—Ya te dije que no te creo...

Ella retiró el pie que todavía le apoyaba en la rodilla.

—¿Me vas a decir mentirosa en mi propia cara? —y lo miró con furia—. No sólo te llamé a esa hora; después te llamé un montón de veces, porque no me podía quedar dormida...

—Pero si yo no me moví de casa. Te juro que a esa hora yo estaba acostado, y no me levanté hasta las seis...

—No sé —dijo ella, enfurruñada—. Yo seré puta, pero no mentirosa. Y tú verás que te voy a pagar la comida y que no vine a sacarte fulas. Si lo único que quiero es estar contigo, chico... Mira.

Abrió su cartera y le mostró un rollo de dólares.

—Lo que gané en la bolita lo cambié en dólares, para pagarte los tragos y la comida.

—Vos sabés que yo no te voy a dejar pagar...

—Sí, me vas a dejar pagar, porque me lo mandan mis santos.

Halagado y divertido ante tanta irracionalidad, se enteró de que el padrino de Bini, tras consultar a Orula, le había ordenado no tocar un centavo de aquel dinero ganado en la bolita de Venezuela: debía gastárselo completo con el hombre que le trajera aquella suerte.

—Por eso, *man*, no te puedo dejar pagar...

Al cabo de algunas horas, en el apartamento de la calle 21, Bini sacaba de su cartera el carné de Alberto Ríos y lo ponía sobre la mesa de luz.

—Se tragó el cuento completo, Aldo...

—Aldo no, carajo —la reprendería él.

—Ay, perdóname, Tito.

Le contó que después de hacer el amor, Alberto se levantó desnudo para ir al baño.

—Y ahí mismo le saqué la billetera del pantalón y le cogí el carné.

Aldo sonrió: su plan se consolidaba: a la hora en que él arrollara al ciclista, Tresó dormía solo en su casa de Atabey.

Ya: todo listo, entonces, para enfilarle los cañones.

## **19. COMBINA, COMBINADOR**

El Combinado del Este se halla en el kilómetro trece de la Monumental, en un punto idealmente distante y cercano de la capital. Como prisión, fue inaugurada en 1977. No lejos de la costa, ofrece un entorno apacible, sin ruidos, grato de ver y respirar.

Los edificios 1, 2 y 3 y el Pabellón Disciplinario, constituyen la cárcel en sí, con camas para casi 5000 presidiarios. Existe, además, el Edificio de la Dirección, que dispone de locales para servicios, administración, albergue de los guardias, etc.

El Edificio 2 alberga en sus dos primeras plantas, delincuentes comunes de media y alta peligrosidad. En la tercera planta, sobre el ala sur, están los homosexuales pasivos, y en el ala norte, los activos.

En el cuarto piso, ala norte, hay delincuentes de todo tipo, pero ninguno de alta peligrosidad para la convivencia carcelaria. Y en el ala sur, están los reclusos extranjeros, sometidos a un tratamiento más benigno.

El Combinado debe su nombre a la doble función de penal y planta del prefabricado CP 109, perteneciente al Ministerio de la Construcción.

Los reclusos que lo deseen, pueden someterse a un plan de rehabilitación, que consiste esencialmente en trabajar. Eso les permite obtener una rebaja considerable en las condenas. Se supone que así soportan mejor las penurias del cautiverio, limpian el cerebro de telarañas, y ganan algún dinero.

Sin embargo, al trabajo en la planta de prefabricado no asisten los homosexuales, porque siempre, aun involuntariamente, causan disturbios. Por las mismas razones, tampoco se admite a los reclusos de alta peligrosidad, ni a los extranjeros.

Los homosexuales y los extranjeros realizan también actividades

laborales y artísticas, pero en sus propios edificios.

Alberto ingresó al Combinado el 10 de agosto a las seis de la tarde. En el camión celular, viajaron con él otros dos presos, que montaran en la Fiscalía. Los tres iban esposados.

Uno de ellos, hombre trigueño, fornido, muy alto, que bordeaba los sesenta, se tendió en una de las dos banquetas corridas y la ocupó completa. Alberto y el otro preso se le sentaron enfrente.

Sin hablar, como si los otros no existieran, el viejón se acostó de lado sobre el banco, apoyó la cabeza sobre un puño, y cerró los ojos.

Alberto quedó frente a los pies del viejo, junto a la puerta del camión. A su izquierda, en el extremo, un poco terciado sobre los barrotes que lo separaban de la cabina del chofer, se sentó un rubio muy flaco, de edad indefinida y una escualidez impresionante. El hombre fijó la vista en la ventanita enrejada de la puerta, con una sonrisa inconclusa, triste. Alberto pensó en la Mona Lisa.

Durante todo el trayecto, los tres guardaron silencio.

En el curso de las últimas horas, en varios y fugaces instantes de desconsuelo, Alberto se había refugiado en la instintiva esperanza de estar viviendo un mal sueño. Pero ahora, una realidad muy concreta, materializada en el traqueteo de aquel camión, en su olor a gasolina mal carburada, y en las estampas torvas de los dos delincuentes que tenía al lado, le sugerían la idea de que el sueño era otro. Sueño eran las pistas que corriera esa mañana temprano; sueño, su rutina de natación y lecturas durante tantos meses. Su vida cambiaba por minutos.

Ahora, su destino seguro e inmediato era el Combinado del Este. Y su destino a largo plazo, una gran interrogante.

¿En qué terminaría todo aquello?

Optó por no pensar en el futuro; pero no pudo librarse de su ominoso presente, fruto de su relación con una enigmática prostituta cubana.

Cerró los ojos y siguió rumiando.

Desde el momento de su detención, se consoló con la esperanza de hallar

algún medio que probara su inocencia.

Recordó que dos días antes, en el Copa, desestimaba las sospechas de la policía. Fundadas en el error de su inscripción como huésped del Hotel Tritón, y en unos zapatos cuyas huellas se detectaran junto al cadáver de un ciclista, eran insostenibles. El error saltaría de un momento a otro. Todo se esclarecería. De alguna forma, la policía descubriría que el Alberto Ríos registrado del 24 al 26 de julio en la habitación 322 del Hotel Tritón, no era él. Y como no podía aquilatar en ese momento la magnitud del lío en que lo metieran, determinó no angustiarse. Ya se vería.

Unos días antes, cuando se le extraviara el carné, no sospechó de Bini. Ahora, en cambio, tras haber oído la grabación, le resultaba evidente: tuvo que robárselo ella, en su propia alcoba.

Quizá con idea de hospedar a otro tipo en el Tritón...

¿A otro tipo?

¡Claro...!

Cuando el camión celular se ladeaba en una curva cerrada, lo vio todo claro. Bini se robó el carro para darse el gusto de manejar; pero después, sola o acompañada, atropelló al ciclista.

Sola, no; con seguridad, iba acompañada.

Sí; y el acompañante no quiso que se descubrieran sus andanzas con una puta; ni ir preso por borracho y cómplice de un homicidio.

Existía un acompañante. Esa era la clave.

Quizá se trataba de un punto con guita; o de un jerarca del gobierno; o de algún extranjero, que por tirar una cana al aire, se veía de pronto amenazado con un escándalo y la cárcel.

Sí; quienquiera fuese, pudo ofrecerle cinco o diez mil dólares para declarar esa sarta de globos. ¿Y qué no haría por diez mil fulas una putita como Bini?

Claro: arrollado el ciclista, el tipo supuso con toda lógica, que la policía iba a sospechar de Bini. Diversos motivos permitían enfilarle los cañones: primero, por ser hija del mecánico y hallarse de madrugada en la misma casa donde se guardara el carro; y luego, por ser una jinetera prontuariada y ex presidiaria.



El tipo debió temerse que, descubierta Bini, tarde o temprano dieran con él. Por eso, prefirió fraguar aquella historia y endilgarle el muerto a otro. Si la descubrían, ella iba a ir en cana de todos modos. Pero achacándole el muerto a otro, por lo menos se ganaría un montón de guita.

Sí, pero... ¿por qué lo escogerían justo a él?

¿Y cómo podían estar tan seguros con la talla de los zapatos? ¿Sería posible que el mismo día en que le robó el carné, Bini le hubiera robado alguna plantilla de los muchos pares que él casi no usaba? Pero si los zapatos eran los del crimen, entonces no fueron obtenidos a posteriori... Sí, debieron asegurarse de eso antes de atribuirle el atropello del ciclista. Increíble prolijidad en todo.

Si lo escogieron a él, fue porque Bini lo sugirió; entre otras cosas, por constarle que él nunca dormía acompañado ni fuera de su casa. Y al no tener testigos, era el candidato ideal para achacarle un arrollamiento en la madrugada. Quienquiera fuese el cómplice de Bini, debió encargarle que le robara un documento para inculparlo con los zapatos y el hotel. Un montaje habilísimo.

Lógico: y para facilitarse el acceso a su casa, Bini lo embalurdó con el cuento de la lotería venezolana y subsiguiente calentura.

A todas luces, las fantasías de Bini, de la camarera y del tal Jaén, estaban untadas con mucha guita...

Con alivio, Alberto ratificó la convicción de que sus verdaderos enemigos no habían dado con él.

Por ese lado, podía quedarse tranquilo.

Al inicio, la sorpresa y el miedo, lo indujeron a pensar en ellos. También lo deprimía la cruda situación de verse interrogado por sospechas de homicidio.

Un frenazo lo obligó a acodarse sobre el asiento, para no irse de lado. Al abrir los ojos, alcanzó a ver al viejo resbalando acostado. Para no caerse tuvo que apoyar un pie en el piso.

—Me cago en tu madre —profirió, con una mirada furibunda hacia la cabina.

Cuando se reacomodó, boca arriba, torció un poco las esposas, para poder

taparse los ojos con un brazo.

El otro preso, arrinconado contra los barrotes, apoyaba los pies sobre el banco y se abrazaba las rodillas con las manos esposadas. Era tan flaco y largo, que sin dificultad podía apoyar la frente sobre un muslo. Trabado en aquel ángulo, no parecía haberse despertado con el frenazo.

Alberto cerró los ojos y siguió rumiando.

Sí, todos untados.

Recordó que cuando Bastidas le ofreciera darle a leer lo de Jaén, él, abrumado, le pidió que se lo resumiera en dos palabras; pero el cabrón insistió en leerle los párrafos más indignantes; sobre todo aquel en que ante una foto suya, de los archivos de Inmigración, Jaén asegurara, sin ningún titubeo:

—Sí, ese mismo es.

—¿No tiene ninguna duda? —le preguntaban.

—No; yo fui el que lo inscribió en el hotel y lo vi a medio metro. No puedo equivocarme. Esa es la foto de Alberto Ríos.

Y la mucama lo describió como un hombre alto, de más de cincuenta años, que usaba barbita y tenía el pelo blanco, muy largo.

Los compraron. Hijos de puta. No les importaba mandarlo en cana por ganar guita.

Hijos de puta, no: sobrevivientes. Otro ejemplo que avalaba sus teorías sobre supervivencia y crueldad.

¿Cuántos más estarían comprados en aquel hotel?

O a lo mejor disfrazaron a alguien, con barba y melena para que se pareciera a él...

En cuanto al carné, Bini sabía que él lo guardaba en la billetera, junto con dinero y tarjetas de crédito, en el bolsillo trasero del pantalón. Le vino a la mente una ocasión, con la hija de puta a su lado, en que tuvo que sacarlo bajo protesta, a pedido de una camarera. Por falta de equipos para comprobar falsificaciones, en algunas tiendas y restaurantes, se pedía un documento de identidad a todo cliente que pagara con billetes de cien dólares. Recordó también que la última vez, él se había levantado de la cama desnudo, para ir al baño. Ella tuvo sobrado tiempo de sacarle la billetera del pantalón, que él

dejaba siempre sobre el mueblecito de tijera, junto al ropero.

Abrió de nuevo los ojos, excitado.

¡Qué hija de puta!

Se esforzó por recordar sus desplazamientos durante los días 24, 25 y 26 de julio. Quizá encontrara algún detalle que desmintiese la patraña de su estancia en el Tritón.

El sábado 24, el mal tiempo le impidió navegar. Tras un amanecer muy ventoso, con la mar revuelta, llovió desde media mañana. En INTERNET, la situación meteorológica se veía muy desfavorable para embarcaciones menores. Desalentado, permaneció durante la mañana sin salir de su casa; y recordó varios llamados telefónicos equivocados; quizá de Bini y el cómplice, para controlar sus movimientos. Al mediodía, almorzó en el Hotel Sevilla con el Dr. Pazos; y por la tarde, pasó a la computadora las notas que recogiera durante el diálogo. Por la noche vio unos videos hasta pasada la una.

El domingo, desde temprano trabajó en su libro; y a eso de las once, se fue a Capdevila a jugar tenis. Allí mismo almorzó algo en la cafetería del club. Por la tarde hizo una siesta breve, trabajó otro rato, leyó un par de horas; y desde las diez, se encerró con una mujer a la que despidió poco antes de la medianoche. Pero nada de lo que hizo, impedía que en esos mismos días anduviese enredado con otra en el Tritón.

El lunes persistía el mal tiempo. Por la mañana temprano, no pudo correr sus pistas ni acudir al Copa. Aprovechó el hueco para visitar a un dibujante y discutir unas láminas que necesitaba en su libro; a las once acudió a un cita arreglada por Raquelita con un ornitólogo de la Facultad de Biología. Como era día feriado y el hombre vivía en el Vedado, se reunieron en la cafetería del Habana Libre. Por la tarde tuvo que ir a casa de Fischer, para firmar unos documentos de TEXINAL. A eso de las cinco, cuando mejoró el tiempo, se fue a dar un zambullón al Copacabana, pero tuvo que abstenerse porque volvió a llover. Por la noche, en la casa, cenó lo que le dejara la cocinera y leyó acostado hasta tarde.

Supuso que durante esos tres días, Bini y compañía le siguieron los pasos.

De hecho, ninguna de sus actividades de esos días, le servía de alibí;

porque pudo perfectamente llevarlas a cabo y estar al mismo tiempo hospedado en el Tritón.

Quienquiera le hubiese armado aquella trampa, sabía hacer sus cosas. La mierda le rebasaba la mollera. Debía meterse en la cabeza que la cana por dos años, era lo más probable.

Desde ese mismo instante, en el camión en marcha, comenzó a darse psicoterapia. Lo primero era no desesperarse. Le tocaba perder. Mala suerte. Pero dos años en cana no eran el fin del mundo. Ninguna tragedia. Ya vendrían tiempos mejores. Y mientras tanto, calma, ecuanimidad, como hace la gente inteligente. Dos años pasan volando... Con tal de que las condiciones en la cárcel fueran aceptables... Ojalá pudiera conseguir una celda individual.

El camión se detuvo ante la garita de la Posta 1. Al lado, hacia la izquierda, una reja electrónica exhibía un cartel: UNIDAD COMBINADO DEL ESTE.

El guardia que acompañaba al chofer, se apeó y presentó unos papeles. Otro uniformado, provisto de un fusil automático, salió de la garita, se encaramó en el estribo trasero del camión celular y escudriñó en su interior. Regresó a la garita, escribió algo, y un compañero descolgó un teléfono.

En el camión, detrás de la reja que separaba la cabina del chofer, se corrió una ventanilla a todo lo ancho. El chofer miró hacia atrás y dejó la ventanilla abierta.

Alberto pudo ver correrse la reja de la Posta 1. Primero, de un tirón, se separó un extremo y la puerta quedó detenida, cimbrando. A poco, se deslizó con más lentitud, mientras en la garita se oía un zumbido.

Alberto oyó voces y risas, pero no distinguió lo que decían.

El preso que iba a su lado, veinticinco años quizá, abrió la boca por primera vez:

—De vuelta al gao —dijo con un bostezo, entre burlón y resignado, y alzó las muñecas esposadas como para estirarse.

—¿Cuál gao, tú? —reaccionó el más viejo—. Si tú nunca has estao aquí.

—¿Ah, no? ¿Y qué tú sabes de mí?

—Na más que de verte, sé qu'eres un comemierda, y un numeritero, y que este no es tu gao, porque nunca has estao aquí.

—Oye, vamo a respetarnos que yo...

—Y este tampoco entró nunca al Combinado —lo interrumpió el viejo con su vozarrón y señaló a Alberto, sin siquiera molestarse a mirarlo.

—Tiene razón —se rió Alberto—. Yo jamás he estado acá.

Al oírle la ye y la jota ríoplatenses, el viejo cambió por completo. Se le iluminó la cara; se le dulcificaron los ojos. Se sentó por primera vez, y señaló a Alberto. Parecía maravillado, como ante un hallazgo. Se desentendió de la discusión con el otro que, desacreditado y un poco confundido, refunfuñaba pingas y cojones, pero en voz muy baja, y en evidente retirada.

El viejo debía medir un metro noventa. Era macizo, tenía el pelo gris y una calva central.

—¿Argentino? —y señaló a Alberto.

—Sí ¿cómo te diste cuenta?

—Por el chamuyo, che Garufa —y remedó el habla porteña—. ¿Cómo no voy a darme cuenta?

—¿Y qué es eso del gao? No entiendo —dijo Alberto, que quería seguir echando leña al fuego.

—El gao es la casa, el bulín, el cotorro, ¿m'entendés, pibe?

Y didácticamente se puso a cantar, muy afinado y con buena voz, un fragmento de Mi noche triste:

*Ya no hay en mi bulín,  
aquellos lindos frasquitos  
adornados con moñitos,  
como cuando estabas vos...*

—Todos de un mismo color —le rectificó Alberto, el cuarto verso.

—Sí, todos de un mismo color, tenés razón, Garufa...

Y ya no habló nada que no fuera en porteño canyengue de la guardia

vieja. Una caricatura, en verdad; pero él estimaba que lo hacía muy bien.

El otro preso recuperó su octavo de sonrisa, pero ahora matizada con cierta alarma.

—Los tangos son mi vida...

«Cada loco con su tema», pensó Alberto, risueño.

El viejo informó que en el tanque le decían Gardelón, y también Epilepsia, pero se llamaba Epifanio Salazar, y lo que más deseaba en la vida era ir alguna vez a Buenos Aires, la tierra de Carlitos, pero ya el tenía cincuentitrés, iba a ser difícil...

—Yo entré aquí en el 77. Soy de los fundadores, Garufa... Y hasta me tocó dar pico y pala para terminar las construcciones, porque yo ya estaba en cana. Veintidós años me comí aquí; pero ahora sólo vengo por ocho.

Y ocho fueron las puñaladas que le dio a un singao que le quiso templar la jeva.

—Pero si todo sale bien, voy a cumplir na más que cinco.

Y con cincuentiocho años y los pesos que iba a ahorrar en el tanque, a lo mejor podía conocer la Boca, el Caminito, la calle Corrientes, Barracas al Sur..., y se puso a cantar Mi Buenos Aires querido.

Torcía la boca y abría los ojos, igual que Gardel; e imitaba a la perfección su nostalgia sobreactuada... Pero él la sentía. Ese Buenos Aires que nunca conociera, también era suyo.

«Y no canta mal el viejo loco...»

De pronto, el camión se detuvo junto a un edificio de cuatro plantas. Se abrió la puerta e hicieron bajar a Alberto.

—Epilepsia va directo al Edificio 2, y el otro al 1 —dijo uno de los guardias, con una planilla en la mano.

—Chau, Gardelón, gracias por los tangos —alcanzó a decir Alberto.

—Chau, Garufa, vos también vas pa'l dos; a ver cuando nos vemos, pa chamuyar un rato al vesre.

Alberto se aproximó al camión para despedirse con un ademán.

Y se alejó acompañado de un guardia, contento de su encuentro con Gardelón. Ojalá lo volviera a ver pronto. Si aquel orate tangófilo estuvo 22 años en cana allí mismo, debía conocer muy bien las combinaciones del

Combinado del Este.

## 20. VIUDA ALEGRE

Diez de la noche.

Cien metros antes de su destino, el pasajero dice:

—Déjeme aquí —y desde el asiento de atrás pasa un billete.

El taxista lo coge y cuando enciende la luz, ya el pasajero se ha apeado.

El taxímetro marca 8.40 y le han dejado diez dólares.

El chofer no tiene tiempo de agradecer la generosa propina. Sólo alcanza a ver al cliente que se aleja hacia atrás.

Por el acento, parecía argentino.

—¿Aquí vive Baltasar París?

—Vivía... Falleció hace unos días.

—Ah, perdone, señora... Cuanto lo siento...

—¿En qué puedo servirle?

La mujer lo escruta, temerosa, sin abrir del todo la puerta...

—Mire: yo vengo de la Argentina, y me encargaron entregar esto para él.  
¿Se lo puedo dejar a usted?

Es un hombre alto, gordo, con un bigote blanco. Usa gafas oscuras y una gorra vasca.

La mujer coge, con cierta indecisión, el abultado sobre de manila.

—¿Y de parte de quién...?

—De Julio Rodríguez, un argentino que se hizo amigo de él cuando estuvo de paseo por aquí; y ahí le manda alguna zoncera, creo que un regalito para las hijas... Eso fue lo que me dijo.

—Bueno..., muchas gracias, señor, pero pase... —y abre la puerta de par en par.

—Le agradezco señora, pero otra vez será. Llegué muy cansado del viaje



y todavía me quedan algunos encargos que entregar. Siento lo ocurrido. Adiós...

El hombre se toca la punta de la gorra y se aleja sin más. Ella lo ve bajar de prisa los peldaños. Con insólita prisa, para su gordura y edad.

Al salir a la calle, el hombre camina unos metros hasta la esquina; dobla en ella, continúa por la misma acera hasta la otra esquina; doblar por segunda vez y monta en un carro que lo espera con el motor encendido.

—¿Todo bien? —le pregunta una mujer, sentada al timón.

—Con tantas precauciones, esto no podía salir mal, Aurelia. Dale, vámonos rápido.

Ya el vehículo se ha alejado unas tres cuabras, y la viuda de París no acaba de abrir el paquete. Le pusieron tantos sobres, uno dentro de otro, con varias capas de cinta pegante, que se le dificulta abrirlo. Piensa en alguna broma de mal gusto.

Por fin, el último sobre contiene unos billetes.

¡Dólares!

¡Billetes de cien!

Doscientos billetes de cien.

La viuda comprende.

Aquello no viene de ningún Julio Rodríguez.

Viene de la conciencia atormentada del que arrolló a Baltasar. Pero como nadie podrá ya devolverle a su marido, la viuda se callará la boca. Nadie de su familia, ni de la familia de Baltasar, se va a enterar de que ella ha recibido ese dinero.

Es la primera alegría de su viudez; y no la compartirá con nadie. No quiere la casa llena de parientes.

Mañana saldrá a comprar ropitas para las niñas.

## 21. EL PENADO 14

Lo condujeron primero a una oficina, donde le hicieron llenar unos formularios y le dieron una tarjeta amarilla. De allí, se lo llevaron a pie hasta un edificio cercano, para recoger sus «provisiones»: pantalón y chamarreta grises; una sábana, media pastilla de jabón de lavar ropa y una cuchara.

Lo sorprendió que le dejaran sus propios zapatos con los cordones. En las cárceles que él conocía, a nadie le dejaban sus cordones.

Al salir, un guardia lo escoltó, también a pie, hasta el Edificio 2. Era un joven de aspecto sonriente. Durante el trayecto, le anticipó que lo colocarían en una celda ya ocupada por tres reclusos que penaban por delitos de tránsito.

—Seguro que Mariano te pone con los tránsitos. Allí vas a estar cómodo.

El Mayor Mariano Robles Marín, especialista de muchos años en reclusos extranjeros, era el jefe del ala sur, en el piso cuarto del Edificio 2. Alberto fue cordialmente recibido en su despacho, donde se dejó aleccionar sobre el funcionamiento del ala sur, que sólo albergaba a extranjeros.

—Dentro de lo que cabe en una prisión, son gente tranquila.

Los muy agresivos, extranjeros o no extranjeros, permanecían en celdas individuales del Pabellón Disciplinario.

Entre la gente tratable entre comillas del ala sur, figuraban diecisiete asesinos, algunos muy neuróticos, fugados de los EE.UU., México, el Caribe, con los que debía guardarse cierta distancia, pero no podían considerarse peligrosos...

Alberto le refirió su interés por escribir un libro, y cuánto lo ayudaría el poder ocupar una celda individual. En fin, él tenía recursos, su cónsul, sus socios de la firma podrían ayudarlo, e incluso ayudar al penal, si hacían falta algunas cosas...

—Mire, Alberto —le aclaró Mariano, sonriendo—. Si usted quiere una celda individual, yo se la doy, porque ahora mismo hay tres disponibles. No tiene que ofrecernos nada. Debo advertirle que al penal le hacen falta muchas cosas: a veces escasea la ropa, el jabón, el papel higiénico, y cualquier ayuda sería bienvenida. Pero aquí tenemos prohibido aceptar donaciones de los reclusos. Una bobería, pero es así. De todas maneras, los extranjeros pueden recibir aquí todo lo que deseen para su uso personal; y en el caso de los delitos involuntarios, como el suyo, va a recibir de mi parte y de todo el personal del piso, la mayor colaboración posible. Díganos sólo qué cosas le hacen falta...

—Bueno, Mayor, libros, papel, utensilios de escritura, mi computadora portátil, y si fuera posible, una dieta vegetariana, algunas bebidas...

—¿Alcohólicas? —preguntó Mariano.

—¿Sería posible, mayor? —aventuró Alberto, que hasta ese momento sólo pensaba en refrescos, café, etc.

—El alcohol está prohibido, pero en celdas individuales, con gente civilizada, que no se emborrache de forma notoria, ni comparta con los demás reclusos, siempre pueden hacerse excepciones...

Desde ese primer encuentro, Alberto sacó a plaza sus mejores artes de seducción.

De entrada, no supo si aquel amable carcelero, era un gil de mierda al que podía meterse en el bolsillo, o un bandido sobornable que sabía hacer su juego.

Su primera impresión apuntaba más bien a un gil. Ya se vería. Tiempo al tiempo.

Sobre el propio buró de Mariano, Alberto redactó una lista de sus necesidades. La administración del penal se comprometió a enviar un fax a la firma TEXINAL. Alberto pedía a sus asociados, sobre todo, libros de su biblioteca, un termo, café, té, y un surtido de whiskys de los que tenía en su casa. También les sugería que se hicieran acompañar del cónsul argentino. Los diplomáticos podían visitar a sus compatriotas reclusos, toda vez que lo desearan.

Estupenda acogida.

La celda individual que le asignó Mariano, de nueve metros cuadrados, quedaba en el extremo opuesto a la puerta de acceso al pasillo, en la zona más silenciosa del ala sur.

Al comprobar que los pies le sobresalían unos diez centímetros de la cama, Alberto no pudo evitar una reflexión sobre lo incómodo que estaría Gardelón. La ducha y el retrete no eran más que simples agujeros en el piso y techo.

No existía lavabo ni agua corriente.

El propio Mariano, que lo acompañara hasta la celda, le dio algunos consejos para que todo le fuera más fácil.

El agua era uno de los problemas en el Combinado. La ducha salía de un tubo mocho de plomo, y funcionaba sólo durante diez minutos entre las 18 y 18:10.

—Añada al pedido unos cubos de plástico; que le traigan cinco o seis, para que pueda acopiar bastante agua.

Mientras tanto, para los próximos días, Mariano le prestaría unas botellas de Tropicola familiar. Así iría remediándose.

Al quedarse solo, se le repitió una fría sensación de irrealidad.

Sí, estaba preso y aquella era su celda.

Y todo tan precipitado... Una andanada de sorpresas en pocas horas: disgustos, rabias, miedos, orden de captura, el cinismo de Bini y Jaén, la Fiscalía, las esposas. Y de pronto ¿qué hacía él esposado, junto a dos patibularios en un camión? Y pensar que ese mismo día, hasta las once de la mañana, era un hombre libre, que leía bajo una sombrilla y tomaba notas para un ensayo, junto a la piscina del Hotel Copacabana.

«A llorar atrás del biombo»; y con las manos en la cintura, empezó a planear cómo organizar mejor aquel espacio, cuando le trajeran todo lo que encargara.

Como todos los «provis», Alberto había suscitado alguna curiosidad; pero cuando se supo que era otro tránsito, la mayoría perdió interés.

El ambiente del Ala Sur, no parecía de una cárcel. Por lo menos, no de las que él conocía. Que él supiera, en ninguna parte del mundo, guardaban por separado a los presos extranjeros. Y claro, la ausencia del hampa nacional, y de criminales agresivos, permitía un régimen de gran benignidad.

La primera sorpresa, fue el trato de los carceleros, en general amistoso y hasta festivo; y no sólo con él, sino con la mayoría de los casi 200 extranjeros reclusos en el ala sur.

Sin embargo, cuando los sacaron al patio, se les reunieron unos 300 cubanos, delincuentes comunes, alojados en el Ala Norte del cuarto piso, en su mismo edificio.

Aquello no le gustó nada.

Uno de los guardias le esclareció que los comunes alternaban con los extranjeros no sólo en el patio, sino también en el área de participación del cuarto piso, donde veían TV y tenían diversos entretenimientos. Y las sanciones eran severas para el que agrediese a un extranjero. Los cubanos temían a Mariano, que se volvía una fiera cuando tocaban a los suyos.

En el patio disponían de un frontón y de instalaciones para *soft ball*, volley y basket.

Interesado por los deportes, Alberto indagó si habría problema en que él se acercara a verlos en sus juegos.

El guardia dudó en responderle.

—Te van a pedir cigarros, fulas... Pueden tratar de asustarte; pero si tú no les tienes miedo, te dejan tranquilo.

—Como los perros —redondeó la idea Alberto—; que si te huelen el miedo, enseguida saltan a morderte.

—Así mismo es —prosiguió el guardia—: Pero si tú quieres practicar hand ball, la cosa puede coordinarse con Mariano.

Aquella era una noticia estimulante... Practicar *hand ball* o *squash* sería una maravilla. Lo mantendría en forma. Y preveía que hacer gimnasia en su

celda pequeñita, sería muy engorroso.

—Si quieres, yo mismo le hablo —ofreció el muchacho, un negro muy espigado, de unos treinta años, que por lo musculoso y atlético, impresionaba como karateca.

—Sí, te lo voy a agradecer...

—¡Che, Garufa! —oyó de pronto.

Alberto giró y se llevó una mano a los ojos, como visera. A unos veinte metros divisó a Gardelón.

—¡Ah! ¿Ya conoces a Epilepsia? —se sorprendió el custodio.

—Nos trajeron en el mismo camión.

Al verlo acercarse decidido, Alberto le tendió una mano y se dieron un apretón.

—Pero qué alegrón, che... ¿Así que a vos también te guardaron en el Edificio 2?

—Y en la celda 1414...

—¿De veras, Gardelón? Así que sos el Penado 1414, jaaaa, ja, ja...

—Quevachaché, Garufa...

Siguieron bromeando en lunfardo tanguero.

Gardelón mostraba una convincente alegría por el reencuentro. Le palmeó los hombros como a un viejo amigo. Desde que se acercara, ignoró al guardia, que permaneció junto a Alberto. El viejo les sacaba la cabeza a los dos.

—Vení, así conocés a los chochamus, los socios míos —le propuso, por fin.

Alberto miró de reojo al custodio, que le hizo una imperceptible seña aprobatoria.

Un cuarto de hora más tarde, tras haberse lucido con sus compinches hablando en lunfardo argentino, Gardelón resolvió decidió homenajear a su nuevo amigo y le ofreció un tango.

—¿Cual querés que te cante? ¿Te gusta Garufa, por ejemplo?

—No, cantáme El penado catorce.

Los «socios» de Gardelón eran Nitrato y el Ruso, dos condenados a

treinta años. Al rato se sumó el Guajiro, un mulato impresionante, con una cicatriz gorda y roja que le atravesaba la cara al sesgo, desde la frente izquierda a la mandíbula derecha.

«La gran puta: un machetazo así, tuvo que dárselo un zurdo...»

Partida una ceja a la mitad, destrozado el ojo y la nariz, al hablar hacía unas muecas de espanto.

«Parece Frankenstein, forcejeando pa cagar».

De los cuatro, sólo Gardelón pasaba de los cuarenta. Y se veía que ahí todo el mundo lo respetaba.

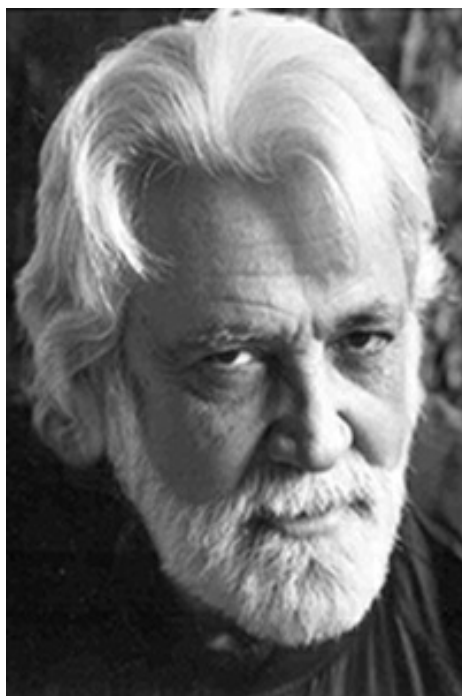
Al ver a Alberto en aquella compañía, los demás presos comenzaron a mirar de soslayo, pero guardaron una respetuosa distancia. Alberto percibió la evidente curiosidad que despertara el desenfado de Gardelón con él. Sin duda, todos se preguntaban quién sería el Nuevo.

Por la tarde, ya en el ala sur, Alberto se enteró de que el Ruso era un mandante de los más duros. Nitrato y el Guajiro eran sus lugartenientes, y Epilepsia una especie de consiglieri, al que el Ruso consideraba su padre.

Se enteró también de que Epilepsia, tras haber pagado una condena a treinta años, reducida a veintidós, vivió en libertad sólo unos pocos días: los suficientes para cobrarse un tarro que le pusiera otro preso al salir, su compañero de años.

Epilepsia había anunciado su venganza y regreso en breve. Lo informó incluso a las autoridades del penal. No se iba a demorar nada. Había pedido que le guardaran su misma cama en la galera del Ruso. Antes de irse, le confió a Nitrato sus pertenencias, menos el cepillo de dientes. No eran muchas sus pertenencias: dos cancioneros de tangos, un afiche de Carlos Gardel y el cuadrado sin vidrio de la Pura. Al dorso, con una letra infantil, Gardelón había escrito: «Mi santa madre en 1933».

El cepillo de dientes se lo había confiado al Guajiro, que nunca se lavaba los suyos. Así no se lo usaba.



DANIEL CHAVARRÍA (Uruguay, 1933), ex profesor de latín, griego y literatura clásica en la Universidad de La Habana, se distingue como narrador prolífico de novelas, cuentos y periodismo político y literario. Ha traducido al español obras de distintos idiomas y elaborado guiones para cine y TV. Sus novelas le han valido numerosos premios internacionales, entre ellos, el «Planeta-Mortiz, 1993» en México y el «Ennio Flaiano 1998», a la mejor novela no europea publicada en Italia, ambos para *El ojo de Cibeles*.

Chavarría es el único autor latino ganador del «Edgar Allan Poe», otorgado por la Mystery Writers of America en New York 2002, a la traducción al inglés de *Adiós Muchachos*. En España obtuvo el «Camilo José Cela 2003» del Ayuntamiento de Palma, en Mallorca. En Cuba setenta nueve premios nacionales, más el Internacional «Casa de las Américas 2000» y el «Alejo Carpentier 2004»; y varias veces el premio «Puertas de Espejo», que se confiere cada año a la novela más solicitada en la red nacional de bibliotecas públicas.

En el año 2010 obtuvo el Premio Nacional de Literatura, máximo galardón cubano; y su equivalente en Uruguay, el Bartolomé Hidalgo. Entre



sus obras más difundidas, figuran *Joy*, *El ojo de Cibeles*, *Allá ellos*, *Aquel año en Madrid*, *El rojo en la pluma del loro*, *Una pica en Flandes*, *Priapos* y *Viudas de sangre*, que reaparecerán junto a dos títulos nuevos en la Feria Internacional del Libro de La Habana 2013, dedicada al autor.